

V

8

400

MEMORIAS de un agente de policía

MARINA
CRISTINA - S

Traducción de La Vida Literaria.

Publicada con autorización de la Casa Editorial B. Bauzá de Barcelona.



R. 59.903

MMLAG

IMPRESA DE LA UNION MERCANTIL

Calle Martinez de Aguilar (antes del Marqués), núm. 8

MEMORIAS

DE UN AGENTE DE POLICIA

JUGADORES Y FALSARIOS

I

Locuras de la juventud que tuvieron por principal causa el juego, y cuya narración no tendria interés alguno para mis lectores, me obligaron a entrar en las filas de la policia municipal de Londres, en las cuales alcancé llamar la atención del jefe de la «fuerza civil» (1). Esta atención me fué concedida por la habilidad y valor que demostré descubriendo un crimen que hacia mucho tiempo permanecia impune,

(1) Los ingleses llaman «the force» (la fuerza) al cuerpo entero de la policia de Londres, que se compone de cuatro mil hombres.

y apoderandome de sus autores y de sus cómplices. Este crimen habia costado la vida y la fortuna a uno de los principales negociantes del West-End, de Londres.

No pude devolverle la vida; pero sus hijos recobraron una gran parte de su fortuna.

Una mañana, pues, el jefe de la policia inglesa me mandó llamar, y después de una conversación de más de una hora, me manifestó no solamente la satisfacción que experimentaba por la conducta que yo habia observado en el asunto en cuestión, sino que dejó entrometer además que, según toda probabilidad no tardaria en presentarse la ocasión en que recurriria a esa destreza y valor de que acababa de dar

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

una tan brillante prueba, para un asunto de la más alta importancia.

—Yo creo por lo demás, me dijo en el momento de despedirme de él,—haberos encontrado en otra parte, caballero. Entonces ocupabais en el mundo una posición muy distinta de la que ocupáis ahora.

Luego, viendo que yo manifestaba cierta turbación:

—¡Oh! —continuó,—no os alarméis caballero Waters, no tengo el menor deseo de penetrar en las profundidades de vuestra vida privada; Waters es un hombre bastante generalizado en todas las clases sociales para que no sea esta la primera vez que resuena en mi oído; por otra parte puede ser que me engañe aunque mi memoria sostenida por un largo ejercicio me sea raramente infiel.

Y aquí la sonrisa tranquila de mi jefe tomó una expresión un poco irónica.

—Sea lo que fuere—prosiguió—el testimonio de la honorable persona cuya recomendación os ha valido el puesto que ocupáis en la fuerza, (ya he examinado detenidamente este asunto desde que oí citar vuestro nombre), este testimonio digo, es una garantía suficiente, y si de algo se os debiera hacer un cargo sería solamente por imprudencia y lefura, pero no por cosas graves. En estas condiciones completamente honrosas para vos, no tengo el derecho, ni el deseo de preguntaros más. Mañana según toda probabilidad os mandaré llamar.

Luego, con un signo de cabeza, en el que podía leer una perfecta benevolencia, mi jefe me despidió.

Mientras me dirigía a casa, reso-

naban en mi oído, como se comprendiera estas palabras.

Me había visto en otra esfera social.

Esta es la cuestión, como dice Hamlet.

¿En dónde me había pues conocido?

Excavando profunda y escrupulosamente mis recuerdos, recordando en efecto M... me había visto y oído que había visitado muy raras veces a Londres durante el tiempo de mi prosperidad, y que en las cortas apariciones que allí hacía, nunca me presentaba en el mundo, fui conducido allí por los mojonos que mi memoria había levantado en el camino de mi pasado, a creer que si en efecto M. me había visto y oído nombrar, no podía haber sido sino en provincias.

Al entrar en casa, relaté esta conversación a mi mujer a fin de que juntando sus recuerdos a los míos, llegásemos a un resultado.

Entonces mi mujer me recordó que M... había estado una vez en Doncaster durante las carreras de caballos, en las que yo había ganado una suma considerable con apuestas hábilmente empeñadas.

(1). Llámase oficiales de los tectives, según creo, a los agentes encargados de seguir la pista a los grandes criminales en todas las clases de la sociedad; este cuerpo de policía forma una rama particular de la fuerza municipal. Compónese de pocos hombres, pero superiores de buena presencia, de esmerada educación, que hablan tres o cuatro idiomas y tienen el aspecto de ocupar una posición desahogada. Estos oficiales cobran buen salario.

«Publicada con autorización de la Casa Editorial B. Bauzá de Barcelona».

A pesar de haberme anunciado M... la probabilidad de un mensaje para el día siguiente, pasáronse tres días sin que oyese hablar de nada.

En fin el cuarto se me mandó una invitación para pasar a su despacho.

Supé entonces con satisfacción, pero no sin sorpresa, que iba a ser empleado inmediatamente para una comisión que los oficiales de los «detectives» (a) más segaces y experimentados hubieran tenido a honor el emprender.

—Hé aquí,—me dijo M... presentándome una lista de nombres con observaciones escritas al margen de cada nombre,—hé aquí un estado exacto de los personajes que componen esa banda de jugadores, estafadores y falsarios, que, hace más de un año, sumergen a Londres en la mayor desolación. Vuestra tarea será descubrir la guarida de esos bandidos y apoderaros de una prueba de tal evidencia que pueña, delante de un tribunal, convencer de su culpabilidad. Hasta ahora hemos sido burlados por la destreza de esos pícaros; pero opino que lo hemos sido también por el excesivo celo de los agentes de policía que hemos empleado. Es preciso no caer en la misma falta, mi querido señor Waters; mis recomendados son tunantes rematados, y, os lo prevengo, necesitareis mucha paciencia y sutileza para sorprenderles en sus chirimbitas y ponerlos en manos de la justicia.

—Haré cuanto pueda,—contesté con una modestia que pareció de buen augurio a M...

—Una de sus más recientes víctimas —continuó— es el joven Mer-

ton, hijo del primer matrimonio de Lady Evertón; su señoría se ha dirigido a nosotros para que la ayudemos a sacar a su hijo de las garras de esos miserables; hoy a las cinco de la tarde pasareis a su casa sencillamente en traje de calle, y obtendréis de ella todos los informes que podrá proporcionaros relativos a este asunto. Acordaos de noticiármelo todo directamente y de no dirigiros más que a mí para todo lo que podais necesitar.

Provisto de estas instrucciones y de otras menos interesantes, que es inútil mencionar fui despedido por M...

Por difícil y diré hasta peligrosa que fuese la tarea que se me acababa de confiar, la acogí como un alivio y una distracción a la monotonía de mi servicio diario.

Apresuréme en consecuencia a llegar a casa, y como, gracias a la previsión de mi mujer, la mayor parte de mis trajes se habían salvado felizmente del naufragio de mi fortuna, vestíme con toda la elegancia posible y a las cinco en punto me dirigí al palacio de lady Evertón.

Indudablemente se me esperaba, pues no tuve más que pronunciar mi nombre, y al instante fui conducido al salón, en donde encontré a su señoría y a su hija, joven bella y elegante.

Las dos esperaban, en efecto, mi llegada.

Lady Evertón mostróse asombrada a mi aspecto. Yo había frecuentado siempre la buena sociedad, y en estas circunstancias había procurado recordar mis modales de caballero. Difería yo pues tan esencialmente según toda probabilidad,

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

de la idea abstracta que se había formado del agente de policía, que hasta después de recorrer el billete de qué era portador, su mirada altiva e incrédula no se suavizó hasta el punto de descender a una majestad condescendiente.

Al cabo de algunos segundos, después de llevar dos o tres veces su mirada de la carta a mí y de mí a la carta:

—Sentaos señor Waters—dijo su señoría ofreciéndome una silla—este billete pone en mi conocimiento que sois la persona encargada de sacar a mi hijo de la peligrosa posición en que por desgracia está metido.

Fui bastante necio para que al principio me resintiese por la frialdad de la noble lady, y estuve a punto de contestar que me había, en efecto comprometido a poner en manos de la justicia a una cuadrilla de estafadores y de jugadores de la que su hijo formaba parte, y que había ido allí para recibir de ella todos los detalles que podían guiarme para llevar a cabo esta misión. Pero el recuerdo de mi actual posición presentóse felizmente con viveza en mi espíritu; comprendí pues que esa elegancia que en otro tiempo me era habitual, no era ahora mas que un disfráz y en vez de permitir a mi lengua que vengase a mi susceptibilidad demasiada ligeramente despertada, contéme con indicar mi conformidad respetuosa con un profundo saludo.

Su Señoría hizo pues su narración y obtuve en sustancia los detalles siguientes:

II

Carlos Merton, en los pocos meses que habían transcurrido desde que entrara en su mayor edad, habiéndose en manos de esos jugadores y luddros cuya destreza se ejerce mitad en el mundo, mitad en los garitos particulares, que a fuerza de astucia y agilidad escapan a la vigilancia de la policía, la pasión del juego parecía haberse apoderado de él con extraño furor. Casi todos los días, o por mejor decir, todas las noches de su vida febril y atareada, se pasaban delante de un tapete verde. Una serie de desgracias de las cuales no sospechaba la causa y que él atribuía a una mala suerte perpétua, le perseguía constantemente y no tan solo había disipado todo el dinero contante que había heredado, sino también enormes sumas que arrancara a la loca indulgencia de su madre; además había firmado como se practica en tales casos, muchos billetes, pagarés, obligaciones y letras de cambio, lo cual formaba una suma espantosa.

El agente principal de ese pillaje y de esos robos que debían arruinar a ese desventurado joven, era un tal Sandfort, individuo de un exterior sumamente agradable; era el espíritu director, el jefe, el alma en fin de ese grupo de tunantes que yo estaba encargado de vigilar y de coger en flagrante delito.

Y cosa extraña, que acontece casi siempre respecto de la víctima con los verdugos; el joven Merton tenía la más ciega confianza en la delicadeza de ese hombre, y aunque se hubiera visto despojado por ese

...verea completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

malvado y por su pandilla, a él se hubiera confiado, y a él pedía socorro para salir de la desesperada situación en que se encontraba.

Las tierras y propiedades de la familia Everton, a falta de hijos varones, pasaban a un pariente lejano del difunto lord, de modo que si el joven, hijo único de lady Everton llegaba a sucumbir a consecuencia de esa vida febril, que llevaba o a recibir la muerte en una de esas frecuentes disputas que nacen en el juego y que muchas veces acaban en el mismo terreno, amenazaba una ruina inmediata a su madre y a su hermana. El patrimonio de lady Everton era poco considerable y su fortuna personal mediana; los sacrificios que había hecho por su hijo, habían reducido esa fortuna casi a nada; lo que quedaba de ella bastaba apenas o mejor no bastaba siquiera para cubrir las deudas que Carlos Merton había contraído y por las cuales se le perseguía rigurosamente en el momento que se había acudido a la policía para este asunto.

Yo escuchaba con el más profundo interés la narración de lady Everton, durante la cual noté más de una vez por los pormenores que respecto a las maneras y a la persona del señor Sandfort me daba, que ella conocía personalmente a ese pretendido noble que había sido presentado por el joven Carlos Merton a su madre y a su hermana.

Excusando mi persistencia, hiceles repetir una y más veces esos pormenores y cada vez insistía sobre ciertos puntos físicos que despertaban extraños y dolorosos recuerdos en mi espíritu.

pletamente provisto de datos de que

Una sospecha, nacida de los primeros apuntes que me había mandado la policía, tomaba poco a poco cuerpo en mi espíritu; de suerte que antes de concluir lady Everton su narración, llegué a convencerme de que se trataba simplemente de uno de mis antiguos conocidos, y que Sandfort no era otro que el hombre a quien yo mismo era deudor de mi propia ruina, y a quien había jurado pagar con usura el mal que me había hecho, en el caso de encontrarle y que la ocasión me fuese propicia.

Como se comprenderá bien, tuve naturalmente la prudencia de guardar para mí esta opinión, y después de recomendar respetuosamente, pero con seriedad, a la madre y a la hermana del joven Carlos Merton el más absoluto secreto para con su hijo y su hermano respecto a la comisión de que estaba encargado me despedí de aquellas señoras contenta por haber a cabo el plan, que me había trazado.

Convino además entre su señoría y yo que en vez de ir personalmente en adelante a su palacio, circunstancia que podría despertar las sospechas de los que teníamos interés en mantener en la más completa confianza, le daría cuenta de mis acciones o le pediría nuevos detalles que podría tener necesidad por medio del correo.

Y durante todo el trayecto que separaba el palacio de Everton de mi modesta vivienda, me repetía: ¡Si fuese él! Y la sola sospecha que podía ser ~~de~~ agolpaba la sangre en mi corazón con una violencia que me ahogaba.

¡Ah! me decía, si como supongo ese Sandfort no es otro que el mi-

MEMORIAS

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

serable Cardon, el buen resultado de mi plan será una victoria real, un verdadero triunfo, y no será preciso que lady Everton reanime mi celo prometiéndome una recompensa.

¡Buéno! Una fortuna destruida, una existencia desgraciada, un porvenir perdido, una joven dulce y hermosa, precipitada por su causa, de la comodidad y hasta de la riqueza, en la más profunda miseria, serán suficientes para estimular al ser más cobarde que jamás se haya arrastrado por la tierra.

¡Ah! Haga Dios que mis sospechas sean ciertas, y en este caso, cuñado, Sandfort Cardón, pues el vengador te sigue la pista.

Lady Everton me había advertido que Sandfort iba habitualmente a la Opera durante el baile. Dirigime al teatro, y como si mi intención hubiese sido tomar un palco, me hice enseñar el registro de contaduría. De ese modo pude saber el número del asiento que él ocupaba.

Aquella misma tarde se anunció una brillante representación, y yo resolví empezar desde luego mi tarea.

A eso de las diez hallábame en las butacas; el baile iba a empezar, pero como el telón no se había levantado, pude permanecer en pie en mi asiento, y con el auxilio de mis gemelos inspeccionar a mi placer toda la sala.

El palco de mi hombre estaba vacío.

Pero la contrariedad que esto me causó no fué más que de un instante; cinco minutos habían transcurrido apenas cuando se abrió la puerta y vi con una alegría inmensa que, como yo lo esperaba, el propietario Sandfort no era otro que

Cardon; pero Cardon más elegante, más insolente, más triunfante que nunca. Daba el brazo a un joven perdido, de aire ambacocrático, que conocí sin esfuerzos ser Carlos Merton, comparándole con el retrato que de él había visto en el salón de lady Everton.

La semejanza era perfecta.

En seguida tomé mi partido; esperando unos minutos pude dominar mi emoción, y aprovechando el que el telón no estuviese aún levantado salí de la sala, subí al primer piso y entré atrevidamente en el palco.

Toquele ligeramente en el hombro y se volvió con prontitud.

La vista del fabuloso basilisco, cuya mirada, según se cree, tiene el poder de dejar estupefactos a los que se encuentra, no hubiera producido más sorpresa y terror que le causó mi vista en el primer momento. Sin embargo, mi aspecto era completamente amable y conciliador, gracias a los esfuerzos que hacía sobre mi mismo, y era imposible que viese en mi semblante la menor huella de los sentimientos que hervían en mi corazón y la mano que le alargué no era más que una invitación a la renovación de nuestra pasada amistad.

Waters—balbuceó por fin, acogiendo con afabilidad el signo de benevolencia que yo le ofrecía.—Waters ¿quién diablos hubiera pensado encontraros aquí?

—Ciertamente no vos, Cardon, pues que me miráis como si fuese un espectro y no un antiguo camarada.

—Waters— me dijo con viveza— para conversar largamente y a nuestras anchas, podríamos irnos ahora mismo al salón de descanso. Luego

volviéndose hacia el joven Carlos Merton y para contestar a una mirada interrogadora:

—Es un antiguo amigo mi querido lord—dijo—aplaudid por los dos; tengo algunas palabras que decirle, pero dentro de un instante estamos de vuelta

Cardon se lanzó al corredor, a donde le sigui, y como todo el mundo había entrado ya en la sala nos encontramos solos o poco menos

—¡Vaya con mi excelente Waters! —exclamó Cardon, recobrando su sangre fría habitual desde el momento que vió que nadie podía oírnos—; escuchadme, querido amigo pero creí comprender, cuando os dije, que estabais... Veamos ¿como lo diré? Ayudadme, pues, ¡qué diablos! Si ¿no es verdad? Arruinado, perdido... he ahí cómo eso se llama... ¡Pardiez, nadie mejor que vos podía saberlo!

—Yo no pienso nada, mi querido Cardon; tres meses atrás hubiera todavía podido sospechar algo; pero ahora que mi digno y anciano tío me ha hecho la gracia de fallecer...

—¡Ah, ah!—interrumpió Cardon—El buen hombre ha muerto, ¿palabra de honor?

—¡Eh! Ya lo veis amigo mio, estoy todavía como M de Malborough; todo vestido de negro

Cardon afectó una sensibilidad cómica.

—Querido mio—me dijo—recibid mi pésame aunque en el fondo estoy convencido que la catástrofe no ha sido tan triste para vos como puede hacerlo creer vuestro traje negro.

—No deja de haber verdad en el fondo de lo que decís Cardon y yo sabeis que nunca he puesto en duda

cosa y es, que en el ataud de mi tío he sepultado todos mis hábitos de otro tiempo. Al diablo las cartas y los daños; he prometido solemnemente a mi mujer no volver a tocar las unas ni los otros.

La mirada fría y apagada del demonio encarnado, pues he sospechado siempre que Cardon era el demonio brilló con una expresión burlesca y llena de duda al oír esas buenas intenciones salidas de los labios de un jugador arruinado como era yo.

Pero se contentó con replicar:

—Muy bien Waters. Teneis razón querido mio; pero venid conmigo, quiero presentaros a lord Merton.

—¿Uno de los nuestros?—preguntó riendo. Os lo aseguro. A propósito Waters—añadió con tono confidencial y cariñoso—por razones de vuestra perspicacia; pero sabed una familia... que os explicaré mas tarde me llamo ahora Sandfort.

—¡Sandfort!—repeti.

—Si, no lo olvideis; pero entremos, ó el baile habrá concluido ya.

Volvíamos a entrar y fui presentado a Carlos con las fórmulas convenientes y como un antiguo y verdadero amigo que Sandfort había perdido de vista hacia muchos años.

III

Al concluirse el baile, Sandfort propuso entrar en el café de Europa que estaba situado enfrente del teatro; la proposición fué acogida y salimos.

En lo alto de la escalera que conduce desde los primeros pasos al vestibulo, tropezamos con mi comisario M..., el cual, como nos-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

otros, y al mismo tiempo que nosotros salía del teatro.

M... contestó con un ligero saludo a las excusas del joven Merton y su mirada vagó un instante friamente sobre nosotros, sin que se le escapase el más leve signo de reconocimiento, o más bien de fingimiento. Yo pensé que en efecto no me había reconocido bajo mi nuevo traje, pero al volver los ojos, después de bajar algunos escalones, quede desengañado; un rayo de luz que expresaba a la vez la satisfacción y me alentaba salió del arco de sus cejas, brilló y se apagó con suma rapidez; él ignoraba cuán poco estímulo necesitaba yo para llegar al fin que nos habíamos propuesto el uno y otro.

Sandfort pidió vino de Champaña del cual nos bebimos alegremente tres o cuatro botellas. Sandfort, sobre todo, parecía completamente satisfecho; estaba, según costumbre, hablador, pero brillante; locuaz, pero espiritual; su conversación chispeaba de anécdotas escandalosas, no veía en mí sino una nueva presa, un incauto rico y tan fácil de arruinar la segunda vez como la primera lo había sido, y su corazón, ávido, se embriagaba anticipadamente con la victoria que estaba cierto de alcanzar sobre mis buenos propósitos y los juramentos de prudencia que había hecho a los dioses del matrimonio.

Entre las doce y la una de la noche, Sandfort nos propuso condescendernos a casa de «uno de sus amigos» en donde encontraríamos buena y alegre compañía. La proposición fué acogida por Merton, que encontrando sin duda que beber vino de Champaña era un placer de

masiado inocente, manifestaba síntomas de impaciencia. Yo me levanté y tomé mi sombrero para salir con los otros.

—¿Nos acompañareis, Waters?— preguntó Sandfort—Supongo que no hay en los archivos conyugales juramentos consignados que os impidan ya que no juguéis mirar cómo los otros juegan.

—No—le dije—pero dadme vuestra palabra de honor que no me comprometeréis a jugar.

¡Oh! Os la doy con todo mi corazón, prometiéndos a fe de caballero, que vuestra virtud no sufrirá ninguna tentación.

A los diez minutos de andar, llegamos delante de la puerta de una casa en la que reinaba una completa tranquilidad, situada en una de esas numerosas calles que dan al Strand.

Sandfort dió de cierta manera un golpe bajo y sordo, que fué contestado en seguida; luego cambió a través de la puerta el santo y seña que yo no entendí y entramos.

A la luz de una lámpara suspendida en el corredor, subimos al primer piso; los postigos de esta habitación estaban cerrados y acolchonados cuidadosamente, de manera que desde la calle era imposible sospechar lo que allí pasaba. La pieza estaba espléndidamente iluminada y se veían dos mesas; a un lado una para jugar a la rolina, y en el otro otra con dados y cartas.

Las dos mesas estaban en plena actividad.

En otra había profusión de vinos licores y golosinas.

Yo eché una rápida mirada so-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

bre esta sociedad, la cual se componía de doce o quince individuos entre todos; cuatro o cinco de los concurrentes como Merton, pertenecía visiblemente a las clases más elevadas de la sociedad; los otros eran truhanes, del género de mi amigo Sandfort Carton.

Temblé un instante a la vista de aquellos semblantes siniestros bajo sus elegantes trajes, de que alguno de los personajes de aquella amable sociedad llegara a conocer el verdadero motivo que me conducía entre ellos; pero pronto reflexioné que mi temor era imaginario, y que era poco probable, haciéndome solo tres o cuatro meses que pertenecía a la policía, y no habiéndome extra limitado de un barrio, situado a otro extremo de la ciudad, que ninguno de aquellos señores fijara su atención en mi figura.

A pesar de eso, algunas miradas ansiosas e interrogadoras se dirigieron a Sandfort al presentarme yo, y un sujeto grueso, que afectaba el acento americano, se mostró su momento indiscreto respecto a mí.

—Respondo de él—dijo Sandfort—y ¡qué diablo! cuando respondo de alguno espero que no habrá en esta respetable sociedad nadie que se atreva a dudar de mi palabra.

Luego añadió quedito a su oído algunas frases que hicieron pasar una sonrisa sarcástica por los labios del obeso señor, y que operaron al instante un cambio completo en sus maneras para conmigo.

Esto me tranquilizó, pues aun que tuviese en los bolsillos de mi pantalón un par de pistolas de dos tiros que mis manos no soltaban ni un momento, no me encontraba sino medianamente tranquilo entre aque-

llos picaros que hubieran estado mejor en una cárcel que en el salón donde nos encontrábamos juntos en todos.

El juego estaba entonces en todo su furor, al cabo de algun tiempo se me invitó ceremoniosamente a que tomase parte en él sin dar al parecer ninguna importancia a mi negativa.

Cinco minutos después se volvió sin embargo, a la carga, esta vez me defendí mas obstinadamente; entre los concurrentes se cambiaron algunas miradas que significaban que era preciso dejar a mi conciencia tiempo para dormirse. En fin al tercer ataque cedí; pero con la condición que no jugaria más allá de una guinea, a lo que se me contestó que en aquella casa no se jugaba para ganar sino para divertirse, que podría jugar lo que quisiera, y me senté a una mesa, teniendo por adversario al grueso americano.

Este hombre era muy ladino, y tuvo la delicadeza de dejarme ganar primero, de manera que al fin de la noche me encontré rico de seis libras esterlinas que habian pasado directamente del bolsillo del diablo al mio.

Mientras barajaba no perdía yo de vista al joven Merton, que por su parte jugaba a los dados, y que estaba completamente absorto por las peripecias del juego. Parecióme que perdía sumas considerables y que, no trayendo dinero encima, las satisfacía con letras de cambio. El pillaje organizado contra el desventurado joven era realmente audaz, y era menester ser muy novicio para no conocer que era juguete de gentes hábiles e insolentes a la vez;

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

Merton por fin no parecía sospechar ni remotamente el complot y se dirigía por los consejos de su amigo Sandfort, quien no tocaba dacos ni cartas.

A eso de las seis de la mañana se separó aquella respectable sociedad saliendo por la puerta trasera, y recibiendo al partir el santo y seña para la noche siguiente.

Algunas horas después hallábase en casa de M..., dándole cuenta del estado de las cosas. Quecó en cantado de mi estreno, y aplaudió mi buen éxito, recomendandome precaución y paciencia.

Hubierame sido fácil, puesto que conocía el santo y seña, apoderarme aquella misma noche de toda la cuadrilla, pero eso no hubiera sido cumplir sino a medias mi misión. Algunos de aquellos miserables, y Sandfort, entre ellos, además de su industria de jugadores, eran sospechosos, si no de fabricar, al menos de poner en circulación billetes de Banco falsos, extranjeros. Era necesario obrar de manera que se pudiese adquirir una prueba legal de ese nuevo delito, y por fin poner todos los medios posibles para coger al mismo tiempo entre las manos de aquellos despojadores las obligaciones billetes y letras de cambio del joven Carlos Merton.

Nada importante pasó durante los siete u ocho días que siguieron.

Continuábase pasando la noche como de ordinario y cada vez Merton se hundía más y más en el abismo. Una de esas noches vino con las joyas de su hermana, que perdió sin que nadie pensara en preguntarle siquiera cómo aquellas joyas de mujer se encontraban en su poder. En fin, las deudas «de honor» como

abusivamente se continúa llamando a las deudas de juego, subían a un total tan crecido, que Sandfort le hizo comprender que si no liquidaba ese espantoso atraso contratando un empréstito sobre sus propiedades, y empleando la suma de este empréstito para retirar su obligación, nadie querría jugar con él.

Es preciso decir que ante esa imminente ruina, en la cual no solamente iba a caer él, sino en la que arrastraría a su familia, Carlos Merton vaciló un momento.

Pero para seducirle se empleó un medio; este medio, tan sencillo que rayaba en tonto, nunca ha dejado de producir efecto. Merton creíase sumamente hábil en el ecarté, y se adoptó este juego; se le dejó ganar muchas partidas, con vergüenza aparente de los jugadores vencidos. Este era el lazo en el cual había yo sido cogido en otro tiempo, lo que me hizo descubrir más fácilmente. Por lo demás, yo tenía la convicción de que se meditaba un gran golpe.

Durante estos ocho días, como se comprenderá bien, no estuve ocioso; hice saber confidencialmente a Sandfort por conducto que él creía segurísimo que yo no permanecía en Londres sino para recibir una suma de cuatro o cinco mil libras esterlinas, cuya suma no era más que una pequeña parte de la herencia de mi tío Passgraves. Esta misma persona había añadido que tan pronto como recibiera esta suma, saldría de Londres para volver a la ciudad de provincia que yo había escogido para residencia habitual.

Era preciso ver el brillo de los ojos de Sandfort y de sus acólitos cuando anuncié negligentemente lo que sabían ya.

¡Ah Sandfort! ¡Ah, amigo mío Sandfort! Con toda tu astucia, te conducia a mi vez como a un ciego idiota, pues era ser lo uno y lo otro creer que el hombre que habías arrastrado, casi deshonrado, olvidar tan facilmente el mal que le habías hecho.

El asunto tocaba a su desenlace; era preciso que la crisis fatal o favorable ocurriese en la noche. Merton habia dado hipotecas, habia recibido dinero y sus letras de cambio debian de ser pagadas al día siguiente. Por mi parte habia anunciado como al descuido, que debia al mismo día también cobrar las cinco mil libras esterlinas por las cuales solamente me habia quedado en Londres.

Deslumbrado por sus nuevos triunfos al carté y estimulado por su amigo Sandfort, Merton habia tomado durante la noche que me acordó a la del reembolso, una fatal resolución que le sugirió su suerte durante las noches precedentes. Era, en vez de pagar pura y simplemente lo que debía, jugar con dinero contante sumas iguales a las de sus obligaciones; de este modo si la suerte continuaba sonriéndole, podia volver a ganar en una noche lo que habia perdido en seis meses.

Por su parte, suponiendo que ellos ganasen, y debian naturalmente hacer esta suposición los adversarios de Carlos Merton podian encontrarse al día siguiente por la mañana, no solamente dueño de billetes, obligaciones y letras de cambio sino también de la suma que habia tomado a préstamo para pagarles.

Sandfort se arregló de manera

que la proposición saliese del mismo Merton.

Aunque esta proposición halagaba sus mas ardientes deseos, levantó al pronto una verdadera oposicion por parte de los jugadores, pero a la insistencia de Merton, insistencia sostenida por Sandfort la sociedad acabó por rendirse.

Convino en que el carté seria el juego por medio del cual probaria Merton de recobrar sus billetes, su fortuna y con su fortuna la tranquilidad de espíritu que tan completamente habia perdido.

Después de tomado ese acuerdo, gozoso Merton y apoyando la mano en el brazo de Sandfort.

—Te juro Sandfort—dijo— que si la suerte me es propicia, será la última vez que mis manos toquen cartas ni dados.

¡Lastima que Merton no viese la sonrisa burlona que se dibujó en los labios de sus amigos de juego, cuando Sandfort les participó esta resolución de Merton!

Decidióse que la partida tendría efecto dos días después por la noche; esta partida, a causa de su importancia, pues se trataba de más de medio millón, debía revestir casi la solemnidad de un duelo.

IV

El día o mejor dicho la noche tan ardientemente deseada por Carlos Merton y sus adversarios, por los ladrones y el robado, llegó por fin.

Yo la esperaba con una ansiedad no menos febril que los jugadores, principales ladrones, los cuales no debian ser más que ocho entre todos. Yo era el único extraño admitido para asistir a la partida, privá-

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

legio debido a los pretendidos legados que acababa de recibir.

Como prueba de interés y bajo la promesa que me hizo de un secreto inolvidable, me aventuré a dar un consejo a Mertón

Le dije:

—Antes de empezar el juego mañana por la noche cuidad que las escrituras y obligaciones que habeis firmado, las joyas, que habeis perdido, así como una suma igual, sea oro sea en billetes, a la suma que quereis arriesgar, se depositen en frente de vos sobre la mesa.

Prometiéndome imponer esta condición sin permitir de ninguna manera que se apartasen de ella.

¡Pobre joven! No sospechaba toda la importancia de esta condición.

Por mi parte tomé todas mis disposiciones como para un combate.

Acababa de dar la media noche, cuando, gracias al santo y seña que se me había dado la víspera, fui recibido.

En el momento de mi llegada tenía efecto un vivo altercado entre Mertón y sus adversarios; el joven exigía según mi consejo, que se presentase una suma igual a la que él traía, pues lleno de confianza en la suerte de los días precedentes, esperaba que esa suerte no le abandonaría en el momento supremo. Estaba resuelto a recobrar sus pérdidas hasta el último maravedí y aunque sus títulos, sus letras de cambio, sus obligaciones, las jo-

hermana y una fuerte cantidad de Billetes de Banco se encontraban ya expuestos encima de la mesa, faltaba todavía otra suma casi tan considerable para completar el total de lo que Mertón tenía delante de sí.

Mi llegada produjo su efecto.

—A propósito señores— exclamó Sandfort viéndome entrar—Waters puede sacarnos de apuros, Waters, ¿has cobrado la suma que te toca de la herencia de tu tío?

—La traigo encima en billetes de Banco.—contesté.

Entonces me dijo al oído:

—Prestame cien mil francos y dentro de una hora te devolveré ciento cincuenta mil.

—Gracias— le respondí firmemente—jamás doy mi dinero antes de haberlo perdido.

Sandfort contestó a mi negativa con una mirada que ciertamente hubiera querido cambiar en una hoja de puñal.

En fin, como no tenía la suma y era imposible realizarla, por haberse registrado ya los bolsillos de todos los que estaban presentes salió uno de los asociados en busca de las cuatro o cinco mil libras que faltaban.

Media hora estuvo ausente pasaba la cual volvió con un puñado de Billetes de Banco. Como yo lo esperaba, esos billetes sobre un Banco extranjero eran falsos.

Carlos Mertón los examinó y los contó sin descubrir nada; era preciso un ojo más ejercitado que el suyo para reconocer el fraude.

El juego empezó.

A medida que la escena se desenvolvía, se reproducía tan vivamente en mi memoria lo que había pasado durante la noche en que perdí mi fortuna, que empecé a sentirme atacado por una fiebre irresistible, y atontado por la excitación, sentíme arrastrado por ese vértigo solo conocido por los jugadores; pero comprendí a tiempo que no estando interesado en la partida, mi tur-

La novela completa se vende en la Administración a 1.50 ejemplar.

bacion podía parecer sospechosa y apuré uno tras otro algunos vasos de agua que calmaron como por encanto las pulsaciones demasiado repetidas de las arterias.

Aboluntariamente los jugadores estaban con exceso preocupados para notar mi agitación.

Respecto a Merton, ni siquiera se había tomado el trabajo de fingir con él; desde la primera partida había ya perdido. Las otras partidas se sucedieron sin intervalos, doblándose, triplicándose y cuadruplicándose las puestas; su cerebro se había convertido en un incendio que se comunicaba al resto del cuerpo y empezaba a perder con la loca persistencia de un maniático.

El reloj dió las dos.

El timbre vibró y se apagó y el juego volvió a empezar.

Pero cada golpe había resonado en el fondo de mi corazón. Las dos era el momento que yo había señalado para poner fin a todo aquel latrocinio.

—¡Silencio! ¿Qué es eso?—exclamó de repente Sandfort, cuyo semblante, desde el principio de esta suprema partida, había poco a poco dejado caer la máscara que llevaba delante de Merton.—¡Silencio! ¿No habeis oído ruido como viniendo de abajo?

Si, yo lo había oído; pero lo habíamos oído solamente Sandfort y yo, y únicamente yo podía explicarlo.

—Nada he oído—contestó.

El ruido había cesado.

—Tocad la campana de alarma. Adolfo—dijo Sandfort a uno de los concurrentes que se encontraban en pie delante de él.

El designado con el nombre de Adolfo se acercó a la campana.

No tan solo el juego, sino la respiración de los jugadores se suspendieron para escuchar la respuesta.

Esta llegó.

Era la señal de que nada había que temer.

—No es nada—exclamó Sandfort—continuad.

Luego a media voz y de manera que Merton no lo oyera, murmuró:

—Sería lástima que nos estorbáran cuando la comedia toca ya a su fin.

Yo había dado orden a los oficiales de policía que debían secundarme, que se presentasen de cierto número; dos en traje de sociedad, debían llamar a la puerta de la calle, obtener la entrada por medio del santo y seña y una vez dentro apoderarse del portero en seguida y ponerle una mordaza. También les habían explicado cómo debían contestar a la campanilla de alarma, es decir tres campanillazos a intervalos iguales. Cuando se hubiese contestado con esos tres campanillazos, debían subir todos la escalera en silencio y esperar en la meseta hasta que yo les abriese, mandándoles que entraran en la sala y se apoderasen de los estafadores.

La puerta de detrás, por la cuál acostumbrábamos a salir por la mañana estaba cuidadosamente guardada, pero sin que nadie pudiese notarlo.

Yo no tenía más que un temor, y era que los bandidos tuviesen tiempo de apagar las bujías, destruir los billetes falsos y escaparse por alguna escalera oculta, alguna

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Esta secreta que me fuesen descolocadas.

El momento había llegado y tuve que hacer uso de todo mi valor.

El juego acababa de empenarse con más ardor que nunca.

Eché mano a mis pistolas, levanté el gatillo suavemente y sin ruido en mi bolsillo, a fin de no tener necesidad más que de sacarias para hacer fuego. Sabía que era un juego arriesgado, que tenía que habérmelas con hombres desesperados, sin casa ni hogar y sin esperanzas; pero estaba decidido a jugar el todo por el todo.

En el momento en que todo el mundo estaba absorto contemplando una jugada decisiva, me levanté, dirigime hacia la puerta y la entrecabí, sacando la cabeza fuera, como si, inquieto por el ruido que se creía haber oído y que había alarmado a la sociedad, quisiese conocer la causa de él.

Mi pecho oprimido, se alivió, pues vi la meseta y hasta la escalera llenas de oficiales de policía, silenciosos y sombríos como la noche.

Retiré la cabeza y volví a cerrar la puerta, colocándome de nuevo junto a la mesa a la que Merton estaba sentado.

Este había perdido, naturalmente la jugada, que un instante antes preocupaba a los concurrentes; acababa de hacerse la última puesta, que subía a cerca de dos mil libras esterlinas.

Se jugó y Carlos Merton perdió también.

Pero apenas vió la última carta y que su pérdida estaba consumada; levantóse como movido por un resorte; una palidez mortal cubría su semblante y se veía la desesperación

latir con su sangre en sus hinchadas arterias. Por fin las palabras se abrieron paso a través de su apretada garganta y salieron de sus labios roncas imprecaciones.

Sandfort y sus asociados con los semblantes radiantes de una alegría sordida e infernal, recogieron firmemente el enorme botín que habían cogido en sus redes.

—Traidor, traidor, malvado, malvado—exclamó Merton como herido de un repentino frenesí, arrojando se al cuello de Sandfort—; tu eres, diablo, quien me ha despojado, arruinado, deshonrado.

—Si—respondió lentamente Sandfort, sujetando las manos que le estrangulaban—si, yo soy, y creo que la cosa se ha hecho muy artísticamente y de la manera más completa posible; ahora, si quereis seguir mis consejos, angio mio; sed un buen jugador, aprended con nosotros a jugar a vuestra vez a fin de recobrar vuestra fortuna a costa de algún hijo de familia a quien engañareis como nosotros os hemos engañado; pero en este momento callaos, porque vuestras injurias y vuestros gritos de nada servirán.

Merton echó al miserable que se mofaba de él con esa imprudencia inaudita una mirada hosca y febril y se calló, no porque siguiese el consejo que le daba Sandfort, sino porque no encontraba palabras sin duda que expresasen suficientemente su rabia.

Al propio tiempo, libre ya Sandfort de las manos de Merton, alargó una suya sobre la mesa para recoger su parte de botín.

—Espera, espera, Cardón—le dijo, recogiendo un puñado de billetes fijos—alto ahí; me parece que Me

ton no ha jugado contra dos puestas iguales en valor a las que él ha presentado.

—¿que quieres decir?—preguntó Sandfort.

—Quiero decir que esos billetes son falsos.

—¡Perro!—dijo aullando Sandfort dando un paso hacia mí—¿Tan poco estimas la vida que tan imprudentemente la arriesgas?

Y al propio tiempo hizo un movimiento para arrebatarme los billetes falsos.

Pero conociendo su intención saqué mi pistola de dos cañones, y le detuve apoyándosela contra el pecho.

En el mismo instante toda la banda dió un brinco y nos rodeó con gesto amenazador.

Merton miraba alternativamente a sus adversarios y a mí con aire azorado, sin comprender lo que pasaba.

—Arrojadle los papeles—dijo vociferando Sandfort volviendo en sí de su primer espanto—; agarradle, matadle o somos perdidos.

—¡Vosotros estais perdidos, miserables!—exclamé con una violencia igual a la suya—Entrad, señores, y cumplid vuestro deber.

A este llamamiento entraron mis hombres con la rapidez de un torrente.

Sorprendida, herida de terror, paralizada por la instantaneidad de la catástrofe, toda la banda fué arrastrada sin resistencia, á pesar de estar armados todos los individuos que la componian.

Los ocho miserables fueron conducidos a la cárcel, desde donde tres de ellos, entre los cuales se encontraba Sandfort o Cardon, como

se quiera llamarle, fueron deportados por la vida o condenados a reclusión por tiempo más o menos largo.

Yo habia cumplido mi tarea de una manera que nada dejaba que desear; mis jefes me colmaron de elogios y el feliz éxito de este primer paso coadyuvó a mi adelanto que poco a poco me condujo a la elevada posición que ocupo hoy día en el servicio público.

A Carlos Merton se le restituyeron sus títulos, sus obligaciones, sus joyas y su dinero. Aleccionado por una terrible experiencia, adquirió más prudencia y no volvió a poner los pies en una casa de juego.

Es inútil decir que lady Everton y su hijo procuraron por todos los medios posibles, atestiguarle su reconocimiento. La única recompensa que quise recibir, fué un apretón de manos que el joven me hizo él honor de darme.

JACKSON EL CRUEL

I

En cierta ocasión fui enviado a Farnham para hacer investigaciones judiciales sobre un robo cometido en casa de un hidalgo, mientras que acompañado de su familia hacia un viaje de algunos días a Londres.

Este robo, habilísimamente ejecutado, había perturbado a los «dagbertys» del lugar, personajes que representaban el papel de «sherif» en una comedia de Shakespear.

Sin embargo esto no era un enigma muy difícil de adivinar. Pronto noté que el robo no habia sido co

metido por una persona extraña a las costumbres y al orden interior de la casa; que el culpable conocía perfectamente el valor de los objetos robados, así como el lugar de donde los había sustraído.

Pronto planté mis baterías al rededor de la propiedad a dos hombres seguros, los cuales no debían perder ni un gesto, ni un movimiento, ni una palabra de la habilitísima persona que había descubierto y hecho cometer el robo. Esta zorra era la mujer de confianza de la familia robada. Gracias a una severa vigilancia, tuve pronto la irrecusable prueba de su complicidad.

Una gran parte de los objetos robados fueron encontrados en la habitación de esa mujer y una suma bastante considerable en la de un hombre llamado Davkins, suegro y cómplice de la culpable. Desgraciadamente fué imposible descubrir en qué sitio habían sido escondidos los objetos de plata y varios estuches llenos de joyas. Yo estaba cierto que una parte de esos preciosos objetos había sido vendida, porque la suma de dinero encontrada en casa de Davkins era dos veces superior a la que reclamaba el hijo.

En seguida fué a prender a la sirvienta Sarah y a su suegro, y continué mis pesquisas. Pronto obtuve las pruebas de que después del robo los dos culpables no habían salido de Farnham, por lo que deduje que debía haber algún encubridor en el lugar o en sus inmediaciones.

Davkins había vendido las joyas, pero ¿a quién? Este descubrimiento era el objeto de todas mis pesquisas. Ni preguntas, ni amenazas, ni pro-

mesas pudieron arrancar el secreto a los presos; a todo contestaron con un obstinado silencio.

Solo pude, pues, contar con mi perspicacia, y gracias a Dios, no me faltó esta vez. Todavía no había encontrado ninguna razón plausible para sospechar más de un individuo que de otro cuando la misma Sarah me puso en camino del descubrimiento.

En la víspera del día fijado para el segundo interrogatorio de los presos por el juez de lo criminal, Sarah pidió pluma, tinta y papel para escribir a un tal Jackson, en casa del cual había vivido durante mucho tiempo como sirvienta. Supe el deseo manifestado por la encarcelada, deseo que fué satisfecho en seguida y naturalmente una vez escrita la carta y confiada al carcelero fué el primero en leerla.

Esta carta escrita con cierta circunspección, nada revelaba, pero había en su forma un tono de autoridad y exigencia sumamente extraño, si se tenía en cuenta la posición respectiva de los dos personajes, el uno amo y la otra sirvienta. La demanda contenida en esa carta era de por sí muy sencilla: solo dos términos tenían algo sorprendente.

Sarah decía a su antiguo amo que esperaba de él, en consideración a los servicios prestados en otras ocasiones, que al día siguiente le favoreciera con una asistencia legal.

Las diez primeras palabras del segundo párrafo, «por cualquier razón que sea no debeis desatender mi demanda» estaban subrayadas; además descubrí no sin trabajo, que la palabra «pretexto» había sido reemplazada por la de razón...

—Esa mujer no tenía necesidad

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

de embadurnar papel para hacer esta absurda demanda,—me dijo el carcelero;—el viejo Jackson no gastaría doce sueldos para salvar la vida a nadie de la horca.

—No soy de vuestro parecer amigo mío—contestó al carcelero—Pero decíme, ¿conocéis personalmente al antiguo amo de Sarah?

—No le he visto nunca, señor Waters, pero sé de buena tinta que es pícaro es un prestamista sobre alhajas, un usurero sin ley ni ley, que pide enormes intereses por el más pequeño préstamo de dinero, y que es tal su mala condición respecto a los necesitados que se le designa con el doble nombre de «Jackson el Cruel».

—Muy bien; enviad la carta a su destino sin tardanza y mañana veremos...lo que veremos. ¡Buenas noches!

—Dios y mi corazón os devuelven el saludo, señor Waters; hasta mañana.

Mis presentimientos se realizaron. Un instante después de la entrada de los presos en la sala de justicia, un abogado de Guilfort que gozaba de gran celebridad en aquel condado, se presentó al tribunal como defensor de los acusados.

Habiendo pedido que se aplazase la vista de la causa, fueron de nuevo conducidos a la cárcel Sarah y Davkins y el abogado tuvo la libertad de conferenciar con ellos todo el tiempo que juzgó necesario.

Ninguna duda tenía yo de la complicity de Jackson; pero no tenía derecho de exigir una pesquisa en su casa únicamente porque, a pesar de la extrema avaricia había auxiliado a su sirviente con una asistencia legal; y admitiendo el derecho de esta pesquisa, si era inútil para

descubrir la verdad, podía producir un proceso de difamación.

Escribí al comisario general para pedir al superintendente me permitiera una línea de conducta. Con todo que mi deber exigía que contestarme que mi deber exigía que continuase las pesquisas, pero que estas pesquisas debían hacerse con la mayor circunspección, y que no debía temer la pérdida de tiempo ni de dinero para llegar a apoderarme de las pruebas de complicity de Jackson.

Quise mencionar en su lugar, que después de una larga conferencia con los presos, el abogado Guilfort había ofrecido por fianza una suma bastante considerable, diciendo que Jackson la doblaría si se juzgaba necesario. Esta fianza no había sido admitida.

El fallo de la sentencia de los dos presos fué señalado a los tribunales de Surrey, que no debían abrirse hasta la primavera. Era inútil apresurar mis pesquisas.

Establecí en el lugar tan cómodamente como me fue posible, poco contrariado por otra parte de la soledad campestre, pues estamos en plena siega, y nada hay más agradable, alegre y más animado que la pequeña aldea de Farnham cuando el tiempo es hermoso y la recolección del lúpulo abundante.

Disfrutando con alegría de los encantos de la campiña, continuaba cauteloso en mis investigaciones. El usurero era el objeto de mi atención, y todos los detalles que se me daban respecto a sus gustos, su carácter y sus costumbres confirmaban las convicciones morales

La novela completa se vende en es ta Administración, a 1.50 ejemplar.

tenía de su culpabilidad. Unicamente el amor de una denuncia había podido arrancar de su corazón de piedra el dinero necesario para la defensa de los presos. Pero faltábame la prueba de su crimen, y esta prueba no la tenía, no la encontraba.

Una tarde, solo y tendido en la yerba, meditaba sobre el eterno objeto de mis reflexiones, contemplando con los ojos el encantador espectáculo de la recolección del lúpulo, pero con el espíritu ocupado en mi viejo usurero, cuando el farmacéutico en casa del cual había tomado aposento el señor Harris, vino a mí, y me dijo con aire satisfecho de sus palabras:

—Venid a ver la cosa más extraña del mundo señor Waters, es decir a Jackson el Cruel, su anciana mujer sorda y los jóvenes que viven en su casa; estan los cuatro reunidos en una taberna, y beben hasta dejar su razón en el fondo de las botellas.

—Jackson el avaro gasta su dinero en la taberna!—respondí;—a fe mía, la cosa merece en efecto ser vista.

Seguí al señor Harris y algunos momentos después entramos en la sala en donde se encontraba la extraña sociedad sentada junto a una ventana. El señor Harris me dejó después de mostrarme los cuatro bebedores:

La fisonomía de Jackson correspondía perfectamente al apodo con que le habían adornado. Era un hombre de elevada estatura, huesoso de aspecto frío, espesas cejas y mandíbulas de hierro. El usurero tenía unos sesenta años y sus ojos grises profundamente hundidos en

sus órbitas, lanzaban miradas sin pestañas, luminosas y rapaces.

De más edad que él, la mujer del avaro, parecía tan sorda como la puerta de una cárcel, y su semblante incoloro, frío e indiferente, sólo se iluminaba con un rayo de inteligencia cuando dirigía la vista a los licores que tenía delante.

El joven matrimonio que habitaba la casa del avaro formaba la pareja más gentil del mundo, y eran ambos verdaderamente honrados y dignos de estimación. Pero para ver a esos dos jóvenes tales como la naturaleza los había creado, no debía verseles en el momento en que yo les vi por primera vez.

La hermosa figura de Enrique Rogers, el joven marido, estaba vibrante con los ojos llenos de lágrimas que procuraba retener. La conducta desarreglada de su marido parecía afectarla profundamente.

Hé aquí en breves palabras la historia de la joven pareja.

Los dos habían estado al servicio de un rico baronet cuyo castillo estaba situado a algunas millas de Farnham. Un día, Jackson el Cruel, que había estado empleado en otro tiempo, en un despacho de abogado, descubrió que, por muerte de un pariente lejano establecido en Londres, Enrique Rogers heredaba una suma de mil quinientas libras. Jackson notificó a Enrique este precioso descubrimiento. Pero como se presentasen algunas dificultades para entrar en posesión de la herencia, Jackson ofreció al joven atender a todas sus necesidades y ocuparse de su asunto.

Dióle con gran satisfacción del cándido Enrique, un aposento en su propia morada. El joven ante la

brillante perspectiva que se le presentaba perdió el gusto al trabajo y dejó a su amo. Pero antes de establecerse en casa del aparente amigo que le enviaba la casualidad casóse con la camarera de su antigua ama. La esposa de Enrique era una linda moena llamada Clara.

Desde su casamiento, es decir, hacia tres meses, esperaban los dos esposos, confiando en las palabras de Jackson, una fortuna que debía darle los medios de fundar un pequeño establecimiento.

La mirada indiferente con que Jackson acogió mi entrada me dió a comprender que tanto mi figura como mi empleo le eran completamente desconocidos. Al abrigo de este incognito me fué posible colocarme en la mesa próxima que él ocupaba.

La reunión de esos cuatro personajes presentaba a la vista una singular comedia.

Enrique estaba ébrio. Su ruidosa embriaguez convidaba al festín a todas las personas que quisieran tomar parte en él. Ofrecía pues bebida a diestro y siniestro, gritando al propio tiempo a Jackson, con voz enronquecida por el vino, y con palabras muy poco corteses:

—¡Bebed, bebed, cruel! ¡Pagad, monstruo! Mostradnos el color de vuestro dinero. ¡Bien! ¡Bravo! ¡Más más! Dentro de algunos días arreglaremos esta cuenta. ¡Haced tomar el aire a vuestros escudos, viejo mochuelo! ¡Bebed! ¡Pagad! ¡No sus pires; somos felices!

Jackson pagaba, y al satisfacer las deudas contraídas por Enrique afectaba una alegría cómica, verídica y deramente digna de ser vista.

Era evidente que cada vez que Jackson abría su bolsa, experimentaba en el fondo de su corazón la sensación que siente un hombre cuando le arrancan un diente.

Mientras su boca se contraía por una angustiada sonrisa, sus dientes de lobo dejaban escapar estas palabras:

—Es un buen muchacho, un muchacho generoso como un príncipe, un verdadero príncipe! ¡más generoso que un príncipe! ¡Dios mío Enrique, todavía queréis que dé más! ¡En verdad, considera el dinero como si no tuviera valor y abundase como la arena. Tal vez sea un mal el ser tan pródigos; ¡más no importa! ¡Enrique es un muchacho bueno y generoso!

Jackson entrecortaba estas palabras con frecuentes libaciones, pero bebía como un hombre que procura ahogar un raptó de cólera violentamente contenido.

La joven no bebía ya. Gruesas lágrimas continuaban rodando de sus negros ojos. La amargura de su corazón se manifestaba en sus palabras cuando suplicaba a su marido que dejase la taberna y la acompañase a su casa.

Las reconvenções, los ruegos, las súplicas de Clara no eran escuchadas. Cuando su voz llegaba a oídos de su marido, éste contestaba con burlas a las quejas y á los reproches, procurando hacer reír a su mujer. Llegando al extremo de instarla vivamente a que cantase la primera estrofa de una canción muy en boga en aquella época y que él denominaba la «Espina»....

La joven se negó colérica a cantar.

La novela completa se vende en la Administración a 1.50 ejemplar.

—¡Siempre disputan! ¡Siempre riñen!—dijo Jackson con tono extraño a los espectadores—Siempre están dispuestos a armar contienda.

—¿Quién se encarga de armarla?—preguntó vivamente la joven.—
—¡Nos calumnias a Enrique y a mí!

—Querida mía, dijo sencillamente que no os gusta que vuestro marido sea tan generoso, tan pródigo, he lo ahí todo.—respondió Jackson haciendo una sonrisa horrible, que no quería irritar a la señora Rogers contra su marido.

—¡Generoso, pródigo!— exclamó la joven.—Estúpido y loco, queréis decir. Si, señor Jackson, si, Enrique está loco y vos no estáis mas cuerdo que él. dejándole disponer de vuestro dinero para emplearlo tan mal como lo emplea.

—Siempre disputan, siempre disputan, nunca están de acuerdo—repetió Jackson de manera que la joven no pudiese oírle;—siempre en continua riña.

Casi me era imposible comprender nada de esta escena. Si era verdad que el joven recibía mil quinientas libras ¿por qué Jackson mostraba al menos a mi observación, tan viva contrariedad desembolsando pequeñas sumas que debían serles devueltas con crecidos intereses? ¿Qué quería decir aquel eterno elogio de buen muchacho, de muchacho generoso? Y sobre todo ¿qué significaba la mirada de odio diabólico con que envolvía a la pareja cuando creía no ser visto?

Mucha atención y una larga experiencia me habían enseñado a leer en los movimientos de la fisonomía las ideas interiores de se-

mejantes hombres y veía claramente que Jackson no tenía aun resuelto en su espíritu el plan que quería seguir con respeto a Enrique Rogers. Turbado e indeciso tocante a su joven inquilino, vivía en un mundo de ideas contradictorias y esas ideas se dejaban ver en su conducta y sus acciones.

Rendido por la embriaguez, Enrique se durmió con la cabeza apoyada en el hombro de su mujer; Jackson cayó en un sombrero silencio los bebedores se alejaron unos después de otros, y yo salí de la taberna.

Estaba seguro que Jackson elaboraba sordamente algún siniestro proyecto relativamente a sus inquilinos y el interés que me inspiraban aquellos dos pobres jóvenes me hizo concebir la idea de ponerles sobre aviso comunicándoles mis sospechas.

Para conseguirlo me dirigí al señor Harris. Poco tiempo después, una tarde a eso de las seis, llegó el farmacéutico a rienda suelta en un caballo de alquiler, desmontó como un loco, y con el rostro pálido y las facciones alteradas se lanzó en mi aposento diciendome con voz fatigosa:

—¡Enrique Rogers ha sido envenenado!

—¡Envenenado!

—Si... y por su mujer.

—He aquí un triste asunto, mi querido señor Harris—exclamé disponiéndome a correr en socorro del desventurado Enrique.

—Yo he visto ya y cuidado al enfermo—repuso el farmacéutico— está mejor y me voy corriendo al extremo de la calle para avisar al

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

doctor Edvardus; a mi regreso os contaré lo que ha pasado.

—Aquí en dos palabras la relación del acontecimiento. Apremiado por mis instancias, el señor Harris se dirigió a la morada del usurero para recordar a los jóvenes esposos la promesa que le habían hecho de ir a tomar el te en su casa. Iba a llamar a la puerta de Jackson cuando de repente ábrese esta con violencia para dar paso a la criada del viejo.

—Pronto, pronto—exclamó aquella muchacha viendo al señor Harris—subid Enrique se muere.

El cuerpo del pobre joven estaba frío como el mármol y el farmacéutico advirtió bien pronto que había sido envenenado con una fuerte dosis de ácido sulfúrico (aceite de vitriolo) dosis que había vendido el mismo a la señora Rogers.

Conociendo el antidoto de este veneno, el señor Harris pidió vivamente a Jackson, que se lamentaba en medio del aposento, que le diese un pedazo de jabón o qué llamase a la señora Rogers. Pero después de servir el te envenenado, la joven había salido de la casa.

Jackson con el fin de complacer al farmacéutico, suspendió sus clamores y bajó a buscar jabón.

El usurero empleó en esto tanto tiempo, que impacientado y no pudiendo esperar, hizo caer el señor Harris cierta cantidad de yeso dé la pared y la introdujo en la garganta del enfermo. Este improvisado remedio hizo su efecto y restablecióse la circulación de la sangre.

Jackson volvió a presentarse en el aposento diciendo con aspecto desolado que no había podido en

contrar el más pequeño pedazo de jabón en toda la casa. Algunos minutos despues entró la señora Rogers. Estaba visiblemente asustada por la relación que le había hecho la criada respecto al deplorable estado en que se encontraba su marido.

«Pero sus lágrimas tenían a mis ojos la ternura de las que derrama el cocodrilo»—añadió el señor Harris, pues estaba inclinado a creer culpable a la joven.

«Cuando pregunté a Jackson—prosiguió— en qué había empleado el ácido sulfúrico comprado para él por la señora Rogers, Jackson negó enérgicamente haber hecho este cargo a Clara. Esta, al oír ese formidable mentis, casi loca de terror, lanzó un grito horrible y cayó como herida por un rayo y casi sin conocimiento al pié de la cama de su marido».

Al volver en sí se encontró en la cárcel.

Esta horrible noticia se esparció por Farnham con espantosa rapidez y las pérdidas insinuaciones vertidas por el usurero respecto al desacuerdo de los dos esposos, produjeron su efecto, La voz pública condenó a Clara.

La lucha interior que ocupaba el espíritu de Jackson me quedó desde entonces perfectamente explicada. El envenenamiento de Enrique Rogers era el resultado de sus sombríos pensamientos. Había querido destruir al marido por medio de un veneno y a la mujer por la cuchilla de la ley. Indudablemente le habían sido entregadas las mil quinientas libras y él mirable no retrocedía ante un abominable crimen para lograr su adquisición.

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

Al día siguiente acompañe al señor Harris a casa del enfermo. Gracias al pronto remedio administrado por el farmacéutico gracias asimismo a los inteligentes cuidados del ra Ge peligro.

Me alegré de observar que el joven no ponía en duda la inocencia de su mujer. Pero no sabía a quién atribuir el crimen.

Yo seguía con una persistencia de mal agüero para aquel que era de ella objeto, todos los movimientos de Jackson.

La criada acababa de entrar.

De repente pasó por mi espíritu una idea.

Volvíme rápidamente hacia ella.

—Dime—le dije—¿cómo se explica que en una casa habitada por dos personas limpias y cuidadosas no se haya encontrado un solo pedazo de jabón, cuando el señor Harris lo ha pedido.

—¡Cómo!—exclamó la joven con aire estupefacto. ¡Como! ¿No se ha encontrado jabón? ¿Quién ha dicho eso?

—No, ayer noche al menos no había—se apresuró a responder Jackson echando una mirada expresiva a la criada—no había y si hoy lo hay, se debe al cuidado que yo he tenido de ir a buscarlo esta mañana al pueblo.

La pobre muchacha comprendió por la extraña mirada de su amo, que no debía contradecirle; en consecuencia salió del aposento mufla y cabizbaja. El espanto de esa mujer, la palidez de Jackson, se presentaron a mis ojos como un libro abierto por la Providencia, y en él cual lei con todas sus letras la culpabilidad de aquel miserable.

Ya sólo se trataba de encontrar las pruebas y para esperar ese resultado me era preciso, por de pronto, guardar silencio. Sombria y triste necesidad ante la acusación hecha contra la pobre Clara.

Ciertamente merecía Jackson el nombre de «Cruel» que le había dado la voz pública, y era preciso que su corazón hubiese adquirido la dureza del hierro para no enter necerse con la desesperación de la inocente joven a quien acusaba.

Y en efecto, como yo temía, pero como me era casi imposible creer, el miserable desmintió la aserción de Clara, juró que no le había encargado ir a la farmacia por el ácido sulfúrico y que no lo había visto nunca en su casa; luego se extendió respecto a la mala inteligencia que reinaba sin cesar entre los dos esposos, y en apoyo de esta afirmación apeló al testimonio de una persona de las menos caracterizadas. Esta persona aseguró que la joven la vispera del día en que tuvo lugar el envenenamiento del joven había dejado escapar en alta e inteligible voz estas palabras más que imprudentes: «¡Dios mio, el día en que vuestra misericordia me libre de semejante borracho yo os bendeciré, profundamente!»

Este testimonio, junto con las relaciones del médico sobre las causas del envenenamiento, pareció tan decisivo al magistrado, que a pesar de la compasión que le inspiraban las súplicas de la desventurada Clara fué, conducida otra vez a la cárcel para esperar en ella la reunión del Tribunal de Surrey.

Sali de la Audiencia en un estado de irritación fácil de concebir y pasé tres horas buscando en mi

espíritu, evocadas todas las facultades de mi inteligencia el medio de llegar pronto a un buen resultado. Después de concebir cien proyectos impracticables, me detuve en el que me pareció ofrecer más probabilidades de éxito, y me dirigí a toda prisa a la cárcel de Farnham, en donde se encontraba todavía la acusada Sarah, aquella antigua criada de Jackson, por la cual había dejado por un instante de ser avaro.

Ya he dicho que la encarcelada era excesivamente violenta.

—¡Y bien!—preguntó el carcelero—¿Se halla resignada con su suerte vuestra huésped Sarah?.

—¡Oh! Muy poco, señor Waters; sus palabras son siempre amargas como la hiel y venenosas como la mordedura de una víbora.

—Entrad en su cuarto con cualquier pretexto—dijo al carcelero—y anunciadle sin aparentar dar mucha importancia a ello, que sois de parecer que si estuviese en su mano decir a Jackson que la haga conducir por «habeas» ante un juez del tribunal de Londres, ciertamente se le admitiría una fianza.

El carcelero se apresuró a cumplir mis órdenes, sin saber el motivo porque eran dadas.

Al cabo de diez minutos volvió:

—¡Y bien!—le pregunté—¿Qué efecto ha producido en esa mujer mi noticia?

—Un efecto tan rápido como inesperado; le ha acometido un temblor de nervios y ha exclamado: «¡Plumas, papel, todo lo que se necesita para escribir!».

Y el carcelero continuó:

—¡Arrogante mujer, señor Waters y cuán desembarazados queda-

remos todos cuando salga de la cárcel! Ahora ¿es preciso hacer lo que pide?.

—Sin duda—contesté.

El carcelero cogió papel, plumas y tinta y lo llevó todo a Sarah.

Sarah escribió una carta que estuvo pronto entre mis manos. Esta carta estaba escrita con la misma circunspección que la primera; sin embargo, era mas perentoria y amenazadora. Creo inútil decir que después de ser yo el único lector, fui el único depositario. Di orden de que si pedía de nuevo tinta, papel y plumas, se le entregase todo eso.

Al día siguiente Sarah vió transcurrir las horas de la mañana en un estado de impaciencia febril; era evidente que esperaba una respuesta de Jackson, que no podía darle, puesto que no tenía ningún conocimiento de la carta que se le había dirigido. A las dos su impaciencia rayaba en locura. Volvió a pedir recado de escribir y escribió una tercera carta cuyo sentido era esta vez completamente amenazador y cuyo «post scriptum» exigía una respuesta inmediata.

Por espacio de dos días dejé a aquella mujer sola, y según tenía previsto se puso durante ellos furiosa de indignación y de rabia.

Por fin, cuando al tercer día abrió la puerta de su aposento, Sarah, acurrucada en un rincón saltó hacia mí echándome una mirada de tigre encadenado.

Pareceis muy agitada, señora—le dije con tono tranquilo—¿qué teneis querida mía? ¿Es porque Jackson se rehusa prestaros fianza? Si es este el motivo de vuestra cólera, la comprendo perfectamente, pues me parece que en consideración a cier-

La novela completa se vende en es la Administración, a 1.50 ejemplar.

los secretos que existen entre vos y él, no debiera haber vaciado un instante en prestaros ese ligero favor.

—¿Y cuales son los secretos?— me preguntó Sarah con ojo lizo y feroz.

—Vos sabéis eso mejor que yo señora, aunque podría adivinarlo perfectamente.

—¿Adivinar qué? eamos, decid, ¿qué esperais alcanzar hablándome así?

—Juguemos a cartas vivas. Sarah. —No pido otra cosa; pero empezad vos.

Hice con la cabeza un signo de asentimiento.

—Permitidme deciros, Sarah, aun que no os digo nada nuevo, atendi do que os reconozco bastante talento para haberos dado cuenta de ello, permitidme deciros que vuestro amigo Jackson os ha abandonado completamente y que se decide a Geja luchar sola contra el destino que os prepara el porvenir, y este destino ya lo sabéis, es el destierro a Botany-Bay.

—Y bien—me dijo—, suponiendo que me espera esta desgracia y que Jackson contribuye a ella ¿qué hay?

—Hay, que podéis hacer mucho por vos secundando mis proyectos.

—¿Qué proyectos?

—Dadme primeramente el medio de probar a Jackson que ha recibido de vuestras manos y de las de Davvkins una buena parte de los objetos robados.

—¡Eh! ¿Quién os ha revelado este secreto?

—No puedo deciroslo; pero esto no es aún nada. Escuchad la relación del abominable crimen de que

el miserable acaba de hacerse culpable.

Sarah pareció escuchar con atención. Hiciele la relación exacta y completa del envenenamiento y no le oculté que yo creia a Jackson culpable y a la joven inocente.

—Ahora—le dije,— ¿cuál es vuestro parecer Sarah?

—Exactamente el vuestro, caballero—me dijo—Tan cierto como hay un Dios en el cielo, yo no dudo que sea Jackson quien ha vertido en el té el ácido sulfúrico.

—¡Y bien! Escuchad, pues, las proposiciones que tengo que haceros. Vos habéis servido a Jackson.

—¡Ay! Si.

—Entonces conocéis perfectamente sus maneras, sus costumbres, sus inclinaciones, puesto que habéis habitado la casa... ¿Cuanto tiempo?

—Diez y ocho meses.

—Mè parece pues que con ayuda de este intimo conocimiento, os es fácil sugerirme algún plan o ayudarme a urdir alguna estratagemá por medio del cual pueda descubrir la verdad.

Sarah me examinó durante algunos minutos a fin de leer en mi fisonomía las intenciones que yo tenia realmente respecto a ella: pero sostuve con firmeza ese examen lleno de desconfianza, porque queria proceder concienzudamente con ella.

—Suponiendo—repuso Sarah tras un largo silencio—suponiendo que me sea posible seros útil, ¿en qué y cómo este servicio puede mejorar mi suerte?

—¡Oh! Es muy sencillo y he aqui de qué manera; por desgracia es talis convicta del crimen de que os habéis hecho culpable; vuestra con

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

dena es pues segura, y sobre este punto nada hay que probar. Pero si entre vuestro crimen y la condena salvais el honor y la vida a esta acusada inocente; si, salvando la vida a esta acusada, poneis en manos de la justicia al verdadero culpable del crimen, se implorará en vuestro favor la misericordia de la reina y tal vez logremos disminuir vuestra pena.

Sarah me miró más fijamente aun que la primera vez.

—¡Eh! Si yo estuviese bien cierto de vuestra franqueza—murmuró sondeando mis intenciones con su abrasadora mirada—; si yo estuviese cierto, yo —Pero estoy segura que me engañais.

—No os engaño; no tengo intención de engañaros. Sarah; os hablo con la sinceridad de mi corazón, y creería indigno de mí, aprovecharme de vuestra irritación para obtener de vos lo que os pido. Tomad, pues, todo el tiempo que creais necesario para reflexionar; hoy, mañana, pasado mañana; solamente pensad en esto, Sarah, que el reconocimiento de la ley y la bondad de nuestra reina, pueden devolveros, si no el honor, al menos la libertad. Cuando esteis resuelta, enviadme a buscar; él carcelero tendrá la orden de avisarme a cualquier hora del día o de la noche que esto suceda.

Y, efectivamente, me retiré a fin de dejar tiempo a aquella mujer para reflexionar.

Hay un proverbio francés que dice: «La noche trae consejos». Sin duda este proverbio fué una verdad para Sarah, pues al día siguiente al rayar el alba vino de su parte el

carcelero a casa a buscarme. Al instante pase a la cárcel.

—¡bien!—preguntó a Sarah al entrar en su aposento—¿Parece que estais resuelta.

—Caballero me dijo con vehemencia—aseguradme, afirmadme, juradme por vuestro honor que las revelaciones que deseais, y que, según vos, pueden salvar a la pobre Clara, pueden tambien de rechazo alcanzar me la piedad de nuestra soberana.

Yo extendí la mano.

—¡Os lo juro Sarah!—le dije—Vuestra súplica será elevada a los pies de S. M. y espero que en esta ocasión se mostrará tan buena como poderosa es.

—Entonces, si es así señor Waters si os ayudaré, si os dirigiré. Primeramente respecto a nuestro asunto Jackson es tan culpable como nosotros mismos, pues él sabia que debíamos cometer el robo y ha recibido de mis manos la vajilla y las joyas.

—¡Espero señora que Rogers y Clara no han tomado parte alguna en este hecho!.

—Lo ignoran señor Waters! pero la mujer y Juana la criada de Jackson son sin ser culpables del crimen es tan iniciados en el secreto.

—Pero ya sabeis Sarah, que esto no era la única cosa que esperaba de vos.

—Señor Waters—dijo la encarcelada con febril volubilidad—en toda la noche no he dormido un segundo, pensando solamente en el asunto que os interesa y en el medio de arrancar la verdad del corazón de ese pícaro viejo. Creedme, señor Waters, ahora no obro tan solo impulsada por el odio que siento por Jackson y por el deseo de

La novela completa se vende en la Administración a 1.50 ejemplar.

aligerar mi condena, no lo que me arrastra a quereros ayudar es el deseo de arrancar a la inocente y hermosa Clara de manos del verdugo. Yo también me encontré una vez... ¡Pero ahora no se trata de eso!... Sin duda señor Waters ¿habéis oído decir por Farnham que Jackson tiene un costumbre de hablar durante su sueño?

—Si y he sabido además por el señor Harris, que Jackson había consultado al doctor Edwards sobre los medios que debía emplear para combatir esta extraña dolencia.

—La dolencia no es tan real como piensa Jackson—añadió Sarah—pues las palabras que deja escapar durante su sueño son casi ininteligibles. Una vez, sin embargo, habló distintamente, y por desgracia tenían esta vez sus palabras, un oyeñte. Esta circunstancia cuyos resultados han sido funestos ha vuelto a Jackson tan prudente que no se duerme nunca sino delante de su mujer, cuya sordera es incurable.

—Si las palabras que Jackson pronuncia durante su sueño son incoherentes ignoro como podré hacer de eso un arma contra él.

—¡Paciencia señor Waters paciencia! Escuchad atentamente. Todas las noches pasa Jackson una hora en una casa de juego de infima clase. Allí, sea suerte sea desgracia, gana invariablemente una pequeña suma con la cual se contenta. Una vez hecha la ganancia y esta embolsada, se vuelve a casa y se dirige en seguida hacia el piso bajo, en donde encuentra siempre a su mujer. Cuando tiene la puerta bien cerrada con cerrojos por la parte interior Jackson bebe un gran vaso de Brand y ligeramente mezclada con agua

y se duerme en un sillón colocado a algunos pasos del en que se halla inmóvil su anciana mujer ya está durmiendo ya velando.

—¡Y bien! Admito que duerman los dos—dijo interrumpiéndola—¿pero no veo como...?

—Paciencia, paciencia! Jackson no necesita luz para beber ni para dormir; por otra parte, no siendo un hombre capaz de hacer un gasto inútil, el aposento permanece siempre en completa oscuridad. Si Jackson habla a su mujer es para descargar de su propia conciencia; nunca espera que ella le conteste, pues se ha perfectamente que no ha oído una sola palabra de lo que le ha dicho. Ahora empezad a adivinar lo que tenéis que hacer.

—En verdad, no, Sarah, no adivino.

—¡Cómo! ¿No adivináis! ¡Como! ¿No comprendéis que al despertar Jackson debe encontrar cerca de sí tras los vestidos de su mujer, al señor Waters el oficial de policía? ¿Qué el señor Waters ha oído salir de los labios del dormido todas las revelaciones que voy a hacerle? Primeramente que la vajilla de plata y las joyas vendidas por Sarah y su suegro Davkins están escondidas en el jardín cerca del bosquecillo de lidas y en seguida, que en el pequeño armario de la escalera hay una suma de mil libras, perteneciente a Enrique Rogers y que la llave que cierra aquel armario está siempre en los bolsillos del viejo. Páreceme—añadió Sarah con salvaje energía que se dejó comprender a la vez en su voz y en sus miradas—que echando el rostro del miserable todas esas revelaciones, como salidas de sus propios labios, nada tendréis

que temer de él ni que pedirme a mí.

—¡Que Dios os perdone Sarah! Con vuestra franqueza habeis salvado la vida a una pobre inocente. ¡Ah! ¡Por el cielo, o soy un necio o tenemos en nuestras manos a maese Jackson! Adios, Sarah.

—Señor Waters—exclamó la encarcelada inquieta—temo, preveo, que me olvidareis.

—Os juro qué no.

Sali dejandola a pesar de mi promesa en la duda y la desconfianza.

—En la noche de aquel mismo día en la hora en que Jackson debía hallarse en la casa de juego, me hice acompañar por dos oficiales de policia de Farnham y llamé a la puerta del viejo usurero. Nos abrió la criada y entramos.

—Hija mia—dije aparte a la criada—tengo orden de prender a Juana Biddett sirviente en casa del señor Jackson; vos sois esa Juana y la justicia os acusa en complicidad con vuestro amo en un robo de joyas y objetos de plata.

La criada asustada, quiso escaparse.

—No hagais un movimiento, no lancéis un grito; estáis sola en la casa o poco ménos, pues que vuestro amo se halla en Farnham en casa del doctor Edwards y no hay aqui mas que la anciana Jackson. Quisiera hija mia y vos debéis que rerlo también por vuestro interés, que nadie advierta mi presencia en esta casa.

Juana hizo una señal de temeroso asentimiento y cuando hubo escondido a los dos oficiales, entré en la sala dormitorio. Allí estaba la Señora Jackson la cual no tuvo tiem-

po de verme ni notar que me acercaba a ella pues ántes que pudiera hacerlo ya le había puesto una mordaza y llevado a lugar seguro.

—Ahora—dije a la criada, a quien todavia no le había pasado el susto, y que por consiguiente continuaba obedeciendome—traeme un vestido de tu ama, un chal, una gorra, todo lo necesario para completar un traje de mujer.

Cuando tuve en mi poder esos diferentes objetos, pasé de nuevo a la sala dormitorio, repitiendo mis instrucciones a Juana y dejandola esperar en la clemencia de los jueces, sólo en el caso de obedecerme ciegamente; prometíome, pues, abrir la puerta a Jackson sin informarme ni por un gesto ni por un signo, ni por una palabra, de lo que acababa de pasar.

La sala dormitorio estaba casi obscura; la única luz que habia en ella era la de la luna que penetraba allí por los intersticios de las cerradas celosias. A algunos pasos del apagado hogar habia dos sillones con altos respaldos y que por su posición respectiva, dejaban una regular distancia entre Jackson y su mujer cuando dormian.

—Tened en cuenta—repetí a Juana—tened en cuenta que vuestro interés exige el más absoluto silencio. Si Jackson entra aqui como lo hace todas las noches sin sospechar nada, quedareis libre; si no, yo me encargo de mandaros a Botany Bay. Ahora dejadme solo.

Esta última orden no debía haberla dado pues pronto conocí que mi tocado no era cosa tan fácil como había creído; el vestido me venia demasiado estrecho, viéndome imposible abrocharlo; además las man-

La novela completa se vende en la Administración a 1.50 ejemplar.

gas me llegaban al codo; pero re medié estos inconvenientes envol viéndome el tallé con un gran chal. Sin embargo una vez sentado noté que el vestido de la buena señora era tan corto que se descubrían mis botas enteramente. Me preparaba a remédiala falta de mi distrax cuando oí resonar el aldabón de la puerta de entrada. Era Jackson.

Mi cabeza envuelta en un pañue lo que ocultaba mis lentes, descansaba en el respaldo del sillón.

Jackson entró y como yo estaba escuchando, aseguróme que Juana no le había dirigido ni siquiera una palabra. Fuera ya la criada corrió el cerrojo de la puerta, entró en la sala dormitorio sin desplegar los labios y se echó en un sillón.

—¿Se dice que será ahorcada!— murmuró como si hablase a su mu jer.—¡Ahorcada! ¿Me oyes? ¡Buena! no oye nada; cada día está más sorda y sin embargo grito de modo que todos los vecinos me pueden oír. En verdad el día que el cura le cante los responsos será un día de alegría para mí.

Dichas estas palabras Jackson se levantó dió algunos pasos tanteando en dirección opuesta a la mía; oí el roce del vaso con la botella y el ruido que hizo Jackson al beber; luego, en fin comprendí que había puesto el vaso y la botella en una mesa al alcance de su mano.

Antes de dormirse murmuró toda vía Jackson algunas palabras pero en voz baja y en tono inteligible. Fué durmiéndose gradualmente, pero era un dormir pesado, inquieto, agitado.

Pronto se conoció por sus movimientos que entraba bajo el imperio del sueño, y redoblé mi atención

pués estaba avisado que hablaba alto pero no siempre tan claro que se pudiese comprender lo que decía.

¡Ah!—exclamó de repente con voz estridente.—¿Como lo hareis para procuráros jabón inmediatamente si yo lo escondo el que hay en la cocina y digo que no hay? ¡Ah, estás cogido muchacho! ¡Pero, no no! ¡Yeso!—araña la pared ¿Quién hubiera adivinado que el yeso era un contraveneno? Sin ese infernal Harris yo...

Detúvose de repente; luego al cabo de un instante añadió:

—¿Por qué me mirais así, infernal vestido azul? ¡No quiero decir nada, no, no sabreis nada!

Las palabras empujéronse entonces en la garganta de Jackson y sus frases tan claras hasta entonces se hicieron ininteligibles.

A eso de la media noche, se despertó, bostezó y dijo a la que creía su mujer.

—Vamos, vamos es preciso acordarse; en esta casa hace un frío glacial.

La señora por supuesto no contestó y Jackson se puso a beber.

Mujer—dijo bajando la voz olvidando que ella no le oía ni aun cuando le hablaba alto—me he olvidado un cabo de vela del café, y eso bastará para alumbrarnos.

Dicho esto encendió un fósforo y la sala dormitorio se iluminó.

Pero yo estaba ya de pié, y tenía la mano extendida hacia él.

—Vamos, vamos—repitió mientras encendía el cabo de vela duerme como un tronco—voy a despertarle.

Volvióse y se encontró frente a mí.

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Tenia yo seis pulgadas mas que su mujer y me habia quitado el pañuelo de la cabeza, tirando el chal sobre una silla. Jackson no podía conservar duda alguna. Sin embargo al pronto no me conoció y probablemente me tomó por un ladrón.

—¡Al asesino! —exclamó— ¡Al asesino! Al asesino! AL..

Dejé caer mi mano sobre su hombro y no tuve necesidad de explicar la situación. Gracias a la luz que toalla en la mano y que dejó caer, me habia reconocido, y no pudo menos de fijar en mi una mirada llena de horror y de espanto, y que brillaba en la oscuridad como la de una víera.

—Dadme la llave del pequeño armario de la escalera—lo dije en tono de mando— durante vuestro sueño habeis revelado todos los crímenes de que sois culpable.

Por de pronto Jackson no contestó: un grito inarticulado se escapó de sus labios; luego, con voz jadeante murmuró:

—¡Qué he dicho Dios mio! ¡que he dicho!

—¡Habeis dicho que la plata robada por Sarah y Davkins está oculta en el jardín cerca del grupo de lilas; habeis dicho que el pequeño armario del que os he pedido la llave encierra mil libras que pertenecen al que habeis intentado asesinar vertiendo ácido sulfúrico en su té.

Jackson lanzó un grito terrible, agitóse un momento entre mis manos y por fin me dijo temblando:

—Es verdad, es verdad, soy culpable. Seria inútil, seria absurdo en mi, tratar de negar, pues que lo he dicho todo. Pero estáis solo, y sois muy rico, tal vez sois pobre;

pues bien, os daré mil libras esterlinas.

Al ver que yo no respondia

—¡No es bastante! Quereis más ¿no es verdad? —añadió— ¡Pues bien! os daré dos mil libras en oro si me dejais escapar; de manera que nadie sabrá como ni donde habréis adquirido esa suma; pero quiero huir ¡dejadme huir!

—¿En donde ocultais el jabón en el día del envenenamiento del Gesventurado Enrique!

—En el armario de la escalera Pero ¡qué importa puesto que Rogers no ha muerto! Reflexionad pues ¡dos mil libras en oro todo en oro!

Cogí las dos manos del miserable y el ruido de las esposas le hizo comprender mi respuesta

Entonces salió de la garganta de Jackson un grito de angustia, tan alto, tan penetrante que hizo salir de su escondite a los dos oficiales de justicia; pusimosle una mordaza y media hora después los tres esposos, Jackson, su mujer y la criada Juana, estaban inscritos en el libro de entrada de la cárcel de Farnham

Al día siguiente se puso en libertad a la pobre Clara y supe más tarde con suma satisfacción que los jóvenes esposos, libres de las disputas que les suscitaba Jackson, vivian felices, disfrutando con tranquilidad de la fortuna de que quiso privarles el miserable usurero

Jackson fué condenado a deportación perpétua, pues en el proceso solo se trató del robo, abandonando la acusación del envenenamiento, atendido, que no podrian obtener de este crimen sino pruebas mortales. Su confesión hecha en el primer movimiento de terror, podía ser objeto de discusión.

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

La mujer de Jackson y la sirvienta Juana solo fueron castigadas ligeramente. En fin, Sarah gracias a las eficaces gestiones de varias personas caritativas y de elevada posición obtuvo permiso para pasar al Canadá.

El éxito de este suceso movió mucho ruido y los habitantes del condado de Surrey alaban todavía la destreza del agente de policía de Londres.

EL MONOMANIACO

Al llegar a Londres alquilé una habitación en casa de un cierto señor Rensgrave, en el Mile-End-Road no lejos de la puerta de la Concesión.

Movíome a alquilar esa habitación la circunstancia de conocer yo al tío del señor Rensgrave señor Oxley, que había vivido con su sobrino en el condado de Yorkshire, en donde había habitado yo, hacia diez o doce años.

Al tío señor Oxley, le conocía perfectamente. Respeto al sobrino, señor Enrique Rensgrave sin haberle visto nunca había oído hablar de él repetidas veces. Pero lo que más despertaba mis recuerdos era un acontecimiento trágico que había extendido un velo de luto sobre su vida pasada. Tratábase de una catástrofe acaecida en sus amores. Después de esta catástrofe, había vivido durante muchos meses en un manicomio, y a pesar de haber salido de él con un certificado del médico algunas personas creían que su razón no había ya recobrado enteramente su lucidez.

Sin embargo, sólo después de algunos meses de hallarme instalado

en casa de Enrique Rensgrave, concluí por abrigar también esa creencia, a pesar de que me hubiera sido difícil decir en que prueba basaba esta opinión. Enrique Rensgrave, era dulce y bondadoso hasta la sencillez, y por sencillez entiendo esa cualidad del corazón, que los malos llaman idiotismo; no obstante, su conversación era sensata y su conducta irreprochable; sólo que se conocía a primera vista que era presa de una profunda melancolía, y cuando la conversación de las personas que amaba hacia asomar una sonrisa a sus labios, conocíase perfectamente que aquella jovialidad era la de la resignación. Los que vivían algún tiempo en la familiaridad del héroe de la historia que voy a contar por poca que fuese su penetración, conocían que si la herida de su corazón, cualquiera que fuese se había cerrado, el aguijón envenenado que la causara, permanecía debajo de la cicatriz.

¿Qué dardo era este, que ni la mano del tiempo podía arrancar?

¿Los remordimientos tal vez?
¿Quién sabe!

Por lo demás, tenía colgado en el salón un retrato de una ejecución admirable, y esto daba a conocer a qué género pertenecía la catástrofe de que había sido víctima.

Este retrato era de una joven de diez y siete a diez y ocho años, a corta diferencia, bella, con ojos puros, suaves y dulces, pero cuyas facciones eran pensativas, casi tristes como lo son ordinariamente las de los seres condenados a una muerte prematura.

Una inscripción grabada en la

moldura interior del cuadro, decía en algunas palabras toda la historia de la pobre niña:

«aquí esta inscripción:

«Laura Hargravves nacida en 1804
fue muerta en 1828»

Por lo demás ese retrato mudo recuerdo de los tiempos pasados hablaba a su dueño un lenguaje conocido de él solo. A pesar de que mis conversaciones con el señor Enrique y eso que las teníamos todos los días bastante largas, versasen eternamente sobre las escenas y acontecimientos de que en una u otra época habíamos sido testigos en el condado de Yorkshire, nunca hizo la menor alusión a la inscripción que recordaba. En medio de sus conversaciones, notábase de cuando en cuando ligeras distracciones que hubieran escapado a otro cualquiera, pero que, muy significativas para mí, probaban que el fuego de la locura, lejos de estar apagado completamente en su cerebro, estaba oculto y ardía todavía en su cerebro, ese velo de razón que le escondía a los ojos del observador. Por desgracia, sucedieron (y esto fué poco tiempo después de mi instalación en la metrópoli), sucedieron ciertos, circunstancias que reanimaron esas chispas casi apagadas y las cambiaron en una llama devoradora.

Enrique Rensgrave había sido favorecido por la fortuna, es decir, que sus rentas de bienes raíces se elevaban a cuatrocientas libras este finas al año, a corta diferencia, lo que era más que suficiente para él, pues que sus costumbres privadas eran fugales, económicas y casi avaras. Su madre era limpia, casi elegante, pero a pesar de esa aparicia

cia «flashonable», no tenía criada; una maudadera iba todos los días a arreglar su aposento y a desempeñar los demás quehaceres de la casa. Acostumbraba a comer con mucha sencillez en el «restaurant» o taberna. Su casa, excepto un salón y un dormitorio reservado para él estaba ocupada por inquilinos, entre los cuales había una familia que merecía especial mención.

Esta familia se componía de marido, mujer y un niño de cuatro o cinco años.

El marido era un joven pálido y delgado, de veintiseis años apenas de edad, que se llamaba Irvin.

Este joven sucumbía lentamente atacado de tisis pulmonar. Esa enfermedad la había adquirido según se decía, descuidando quitarse los vestidos mojados que le quedaron después de haber contribuido a apagar un incendio que hacía un año había devorado una fábrica de coches. Ocupábase en el comercio de encajes de oro y de plata y de otras maneras plateadas y doradas para charrateras y correas. Tenía una numerosa clientela entre los establecimientos del West-End, y daba trabajo a una veintena de obreros de ambos sexos. El señor Irvin habitaba una casita aparte edificada al extremo del jardín, compuesta de un primer piso, con taller en los bajos.

Su mujer era una criatura interesante de veintitres a veinte y cuatro años. A pesar de ser hija de un pastor, conociase fácilmente que había sido educada con los más dulces y asiduos cuidados y que su inteligencia había sido cultivada.

Hemos dicho que el resto de la familia se componía de un muchacho de cuatro a cinco años, el cual era encantador, bajo todos conceptos; era uno de esos lindos niños de ojos azules, claros y limpios como el azul de los cielos, de largos cabellos de oro, brillando en torno de su rosero; de mejillas frescas, rosadas y aterciopeladas como un rayo de sol naciente y tenía esa vivacidad impetuosa que indica una salud robusta. Es inútil decir que, con estas condiciones, era adorado de sus padres.

La mujer que se llamaba Ellen, pasaba por una obrera de las más hábiles en ciertos detalles del oficio de su marido, y sus esfuerzos para aligerar el trabajo de este, cuyas fuerzas disminuían cada día, eran inauditos, sin tregua, y visiblemente superiores a su constitución física.

Jamás he visto ternura más dulce más tranquila, más reflexiva, más religiosa que la que esa mujer tenía para su marido enfermo y cuya enfermedad agriaba su carácter. Es preciso confesar que los movimientos de impaciencia que manifestaba eran más bien producidos por la irritación que hace nacer una dolencia continua en los caracteres más dóciles, que por disposición natural. Aparte de estos movimientos Irvín tenía por su mujer una ternura tanto más profunda, cuanto empezaba a comprender que el tiempo que le quedaba de pasar a su lado en la tierra, transcurría con espanto en velocidad.

Respecto a ella, llena de paciencia durante los ratos de ese mal humor a cualquiera lo hubiera sido

imposible no conocer la dulce bondad, la risueña compasión que hacía brillar su semblante. Ellen se embellecía de una hermosura sobrehumana, y para servirme de una expresión de mi mujer, se «angelizaba».

Había para mí, en aquella mujer algo extraordinario, y que, sin poder recordar, en donde, estaba cierto sin embargo de haberla visto; lo que más llamaba mi atención era su mirada triste y melancólica. Esta mirada se había fijado ciertamente en mí. ¿En donde? Lo ignoraba. Erane imposible recordar nada positivo respecto a esto, y sin embargo, estaba cierto de haberla visto como en un sueño, como en otra vida.

En fin, una tarde que yo entraba en mi casa, se me dijo que el señor Irvín había empeorado y que su esposa acababa de enviar a buscar a la mía. Creyendo que podía ser útil en semejante circunstancia, apresuré a atravesar el jardín y subí al aposento del enfermo. La casualidad hizo que en el momento de entrar yo, se encontrara la señora Irvín, iluminada, de cierta manera, tan bien que parándome antes de entrar en el aposento:

—¡Oh!—exclamé—Ahora recuérdame en donde la he visto; cierto, es el original del retrato que hay en la estancia del señor Ransgravvé.

Una risa baja y gutural que resonó cerca de mi oído, hizo que me volviese vivamente; en el umbral de la puerta estaba de pie el señor Ransgrav, pareciendo más bien una estátua de mármol que un ser viviente; lo único que parecía animado en él, era el brillo de su mirada, que se había vuelto fiero; la expresión de su ojo había cambiado completamente

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

y parecia que iba a entrar en ese paroxismo de furor que distingue a ciertos locos.

—¡¡Oh! ¡oh!—dijo entrando.— ¡También vos lo habéis observado! Es el original del retrato que hay en el aposento del señor Rensgravve; hasta hoy no lo habéis notado vos, pero yo hace mucho tiempo que la reconocí. Si, es verdad.

En este momento, sea que la presencia del señor Rensgravve la hubiese asustado, sea que una crisis inmediata le hiciese temer por la vida de su marido. Ellen lanzó un grito; yo cogí a Rensgravve por el brazo y le arrastré fuera del aposento. Había en la expresión de su semblante algo de desesperado que un moribundo no debía ver. Hicéle atravesar el jardín, obliguéle a subir al saloncito y allí:

—¿Qué decís pues?—le pregunté.—¿Cuál es esa verdad que sabéis haber tanto tiempo?

Iba a contestarme, cuando un segundo grito profundo y lastimero atravesó el espacio, saliendo de la estancia del enfermo y llegó hasta nosotros. Los ojos del señor Rensgravve abrieron sus párpados desmesuradamente, se dilataron de un modo espantoso lanzando rayos, y estalló en sus labios una risa triunfante, entrecortada, fantástica.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó—Conozco ese grito. Es el de la muerte. Bienvenida seas, ¡ó muerte! Muerte tres veces bendecida, y que tan a menudo he maldecido en mi ignorancia, cuando la gente me decía que estaba loco y me echaban agua helada en la cabeza.

Estas palabras podían provenir de un excéntrico de evaluación momentánea

como de un nuevo ataque de locura. Resolvi pues, emplear la fuerza y hacer todo lo posible para volverle a la razón.

—¿Qué queréis decir con esas palabras vagas y sin hilación?—le pregunté con el tono más tranquilo que pude afectar—Vamos, sentaos amigo mio; os preguntaba ahora mismo la significación de las extrañas palabras que habéis pronunciado al entrar en el aposento de la señora Irvvin. Os ruego que me deis la explicación de ellas.

—¡Oh. ¡La explicación!—exclamó—No necesito dárosela, y vos lo sabéis tan bien como yo.—Entonces, tendiendo la mano hacia el retrato—Mirad, ahí tenéis la explicación.

—No comprendo bien, amigo mio; ¿queréis decir que ese retrato?

—Quiero decir que vos habéis visto el original; el original es Ellen, la mujer de aquel que está a las puertas de la muerte, y, sin embargo, cosa extraña—murmuró dando una vuelta sobre si mismo—ella no me reconoce. No, estoy seguro que no me reconoce; es verdad que he cambiado mucho y bien tristemente; ¡he vivido un siglo en seis años!—Y se miró en el espejo—Ahora soy un viejo.

Yo quería volverle en su acuerdo, y en mi error, insistía, al contrario en lo que podía hacerle perder la razón.

—Pero—le dije— la señora Irvvin no puede ser el original de este retrato, por cuanto el original se ahogó hace diez u once años.

—Si, si, ciertamente—dijo Enrique Rensgravve—; se ha creído que Laura se había ahogado; todo el mundo se ha creído, yo también lo he

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

creído como los otros, y esta creencia es la que me ha vuelto loco. Mi locura provenía justamente de esta creencia; pero, ahora la recuerdo, cuando tenía momentos de calma, cuando la risueña figura de Laura se me aparecía tal como era en realidad y no tal como la veía en mi locura, es decir con los ojos fijos y verdosos, con su cabellera cenagosa y llena de hierba; cuando se me aparecía contemplándome con su mirada dulce, hablándome con su cariñosa voz que sabía perfectamente que ella estaba viva, y que eran voces falsas las que me decían que había muerto.—Y mostrándome el retrato—: ¡Mirad, pues, mirad, pues—dijo—y atrevedos a decirme todavía que esa no es su imagen!

—Pero ¿la imagen de quién?

—La imagen de la señora Irvin, pues que vos mismos la habéis reconocido hace un instante.

—En efecto—le dije—en el primer momento me ha parecido que la señora Irvin tenía alguna semejanza con ese retrato; pero ahora que he visto el retrato, después de haberla visto a ella, encuentro que no hay más que una semejanza vaga y lejana, y me horrorizo de lo que he creído en un principio.

—No se trata aquí de semejanza real o falsa, pues que os he dicho que el original del retrato y la señora Irvin no son más que una sola y misma persona.

Conoció que no había medio de hacerle recobrar la razón.

—Ya volveremos a hablar de eso, —le dije— hoy estáis enfermo, sobreexcitado y es preciso que os metáis en la cama. Oigo abajo la voz del doctor Gerland, que viene por el

señor Irvin. Al salir de casa de vuestro sobrino vendrá a veros.

—¡No, no, no quiero médicos— exclamó con furor—, no quiero médicos, no me mandéis ninguno, los detesto! En vano les haría ver que no soy loco; echarían agua helada en mi cabeza hasta que nada sintiese, hasta que hubiesen apagado en mi la más ligera llama de vida. ¡No quiero médicos! Me acostaré, supuesto que vos lo quereis; pero ¡no quiero médicos por todo lo del mundo!

Y al decir estas palabras se echaba atrás, tímido como un niño, casi arrastrándose con los ojos fijos en los míos, y sin perderme de vista hasta que hubo cerrado la puerta, con doble vuelta a la llave detrás de mí.

Entonces le oí lanzarse a su aposento, correr los cerrojos, y dar también doble vuelta a la llave.

Yo quedé solo.

Era evidente para mí, que la locura, apaciguada pero no extinguida del todo, acababa de encenderse con más furor, en pocos segundos, en el desventurado Rensgravve.

Yo me hallaba en frente del retrato, queriendo darme cuenta de esa alucinación, que acababa de apoderarse de Enrique; cogí una luz, me acerqué al lienzo y examiné el retrato de Laura con suma curiosidad.

En efecto, no se podía negar, el retrato presentaba una semejanza extraordinaria con la señora Irvin; los cabellos formando gruesos bucles, los ojos pensativos, la morbida palidez de su tez eran exactamente los mismos. La figura del retrato parecía solamente de algunos años más que la mujer del jardín; era todo lo contrario de lo que hubiera sucedido

si el original del retrato hubiese vivido. Era Laura, que hubiera tenido treinta o treinta y un años mientras que Elena no tenía evidentemente más que veinte y dos o veinte y tres años.

Bajé pausadamente la escalera y encontré como había temido a Jorge Irvin muerto al presentarme en su casa.

No necesité subir al primer piso, pues a la mitad de la escalera, me encontré a mi mujer que salta llorando. Iba acompañada del doctor Garland, a quien conté en seguida lo que me acababa de suceder con mi casero Enrique Rensgrave.

Escuchóme con una atención que probaba el interés que tomaba en mi narración, y después de algunas observaciones que demostraban profundos estudios sobre la monomanía prometió volver al día siguiente por la mañana para ver cómo estaba el señor Rensgrave. Convino en que si su estado inspiraba alguna inquietud, yo escribiría al instante al señor Oxley tío del enfermo.

Este acontecimiento me había impresionado vivamente; así es que al día siguiente por la mañana fui a preguntar por el señor Rensgrave estaba levantado desde las seis y su mandadera me notificó que a las ocho había almorzado como de costumbre y que parecía tranquilo y más bien alegre que triste.

El doctor Garland fué puntual. A las nueve le vi entrar. Bajámos y llamé a la puerta del saloncito del señor Rensgrave. Una voz que me pareció ser la suya, respondió a nuestro llamamiento con la sola palabra:

—Entrad.

Yo entré primero, siguiéndome el señor Garland.

Rensgrave estaba sentado a una mesa teniendo varios papeles delante. Ignorando que fuese yo el que había llamado a la puerta preparó se a recibir la visita, y parecía tranquilo e indiferente; pero no pudo dominar un sentimiento de sorpresa y casi de terror cuando vi dibujarse detrás de mi la silueta del doctor Garland. Primeramente se tornó pálido como la muerte; pero en seguida cubrióse su rostro de un color febril.

La impresión que esta visita producía en él me recordó, naturalmente, la historia del retrato. Le busqué con los ojos, y vi que estaba vuelto de cara a la pared.

Rensgrave hacía poderosos esfuerzos para ocultar su agitación, y cuando el doctor Garland le preguntó sin afectación cómo se encontraba:

—¡Ah! Si—dijo—supongo que mi amigo Waters ha querido divertirse con esa absurda historia que le ha impresionado tanto esta noche pasada. Es asaz singular que no sepa comprender una broma tan sencilla. Por ejemplo citaré a Juan Kemble.

El doctor Garland interrumpió a nuestro hombre que, para probar que no estaba loco, empezaba a decir locuras.

—No se trata de Juan Kemble, mi querido Rensgrave—dijo—sino de la semejanza que existe entre Laura y la señora Irvin. Lo que ante todo deseo saber es la historia del retrato.

Rensgrave vaciló un instante y me miró con aire de reconversión; luego fijando sus ojos en el doctor Garland con una expresión

L. novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

de dignidad de que le creía incapaz:

—Caballero—dijo— no sé que nada del mundo me obligue a manifestaros mi opinión respecto a la semejanza supuesta o real que existe entre Laura y la señora Irvin. En cuanto a la historia del retrato, pertenece a los pormenores de mi vida privada y deseo guardar el secreto.

Nada había que contestar a esta repulsa, Rensgrave estaba en su casa y parecía haber entrado en toda la plenitud de su razón. Nosotros éramos intrusos y por lo tanto estaba en el derecho poniéndonos a la puerta:

Saludamos al señor Rensgrave balbuceando algunas excusas y salimos en seguida.

Cuando nos encontramos en mi casa mirandome el doctor Garland de frente:

—¡Y bien!—me preguntó—¿ Qué decís de ese hombre?

—Persisto en mi convicción de que está loco—contesté.

—Si yo soy de vuestro parecer, a pesar de que a fuerza de voluntad ha logrado dar un poco de seguridad a su mirada, había en sus ojos algo que anunciaba la monomanía; pero ahora está sobre aviso, y la prudencia nos manda esperar un nuevo ataque antes de tomar una decisión, tanto más cuanto su primera alucinación me parece sumamente inocente.

—¡Ah!—le dije—Se vé que no estáis presente cuando entró en casa de la señora Irvin y no visteis la llama infernal que brillaba en sus ojos en aquel momento; pero no soy menos de vuestro parecer, y nosotros no tenemos ningún de-

cho sobre ese hombre; con todo—añadí—no le perderé de vista.

El doctor Garland y yo nos separamos prometiéndome él ponerse a mi disposición al primer aviso.

Durante cinco o seis semanas, las cosas siguieron su marcha normal, sin acontecimiento alguno. Sin embargo, desde nuestra aventura, Rensgrave no se tomaba el trabajo de disimular la aversión que yo le inspiraba. En fin, una mañana me avisó con el portero que desocupase su casa tan pronto como concluyese el plazo por el cuál se la tenía alquilada, que terminaba dentro de unas seis semanas.

Durante este tiempo, valiéndome de los medios que estaban a mi disposición, como agente superior de seguridad, dispuse que dos o tres hombres siguiesen las huellas de Rensgrave y le vigilasen.

El excesivo dolor del primer momento que sintió la pobre señora Irvin se había calmado. La primera cuestión que se había presentado después de la muerte de su marido fué atender a su subsistencia y a la de su hijo. Se confió la dirección de su pequeño comercio al jefe del taller, esperando que, llevados por él, los negocios podrian continuar sin peligro.

En cuanto al estado del señor Rensgrave, durante los tres meses que habian seguido al acontecimiento que acabamos de relatar, si bien manifestaba algunas veces su irritación nerviosa de las más violentas, no había, sin embargo, salido de los límites de la razón más tranquila; y aún más; cada vez que había encontrado a la joven viuda habíase mostrado dulce y respetuoso con ella, de modo que empezaba yo

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

a creer que la asustion de la semejanza que habia causado todo su mal no se reproduciria ya.

Me engañaba.

Un Domingo por la noche que estabamos reunidos en mi casa, sentados en torno de una mesa para tomar una taza de te, la señora Irvin, pálida y trémula de miedo, se precipitó en el aposento, con su hijo en brazos, y vino a caer con él sobre un sillón, presa de una agitación tan violenta, que, durante algunos instantes, no pudo ni siquiera contestar a nuestras preguntas; pero yo no necesitaba que contestase a ellas, pues sospeché lo que acababa de suceder.

En fin, cuando la señora Irvin pudo hablar, me contó que, de dos o tres dias acá, Rensgrave la asustaba con su conducta extraña. La esperaba en el tránsito y la dirigia palabras que no podia comprender, tan pronto la llamaba señora Irvin, como Laura Hargreaves. Afirmaba que ella era la misma que habia conocido en el condado de Yorkshire y con quien se habia de casar antes de verificarlo con el hombre que acababa de morir.

Decláale, además muchas otras cosas singulares, como, por ejemplo que porque su hijo con su semejanza con su padre, le traía a la memoria un recuerdo querido, se empeñaba en decir que no habia conocido al señor Rensgrave antes que a Jorge Irvin; que ciertamente si el niño muriese o fuese separado de ella, su memoria recordaria lo que no debia haber olvidado nunca.

—En fin el señor Rensgrave acaba de pedirme que me case con él, lo que no haria por todos los teso-

ros de las Grandes Indias. En vista pues de mi negativa, ha marchado furioso en busca de un papel que probara, dice, que yo soy esa Laura de quien habla. ¿Qué pensáis de todo esto, señor Waters—preguntó la joven—¿No veis algo de amenaza para mi hijo y para mí en las palabras de ese hombre?

Yo no veia otra cosa que un nuevo ataque de locura. Pero esta locura como lo preveia la señora Irvin podia ser peligrosa. Lo que habia de más claro en todo eso, era que Rensgrave todavia en la edad de las pasiones (tenia treinta y cinco o treinta y seis años) se habia enamorado locamente de la linda y triste viuda y que en su nueva locura se habia despertado la locura antigua, la confundia con aquella Laura que, en su juventud, le habia inspirado las mismas impresiones.

En cualquier otra circunstancia, y con un hombre como Rensgrave, no hubieramos hecho más que reirnos de semejante locura. Pero, como lo habia notado la señora Irvin, habia en la mirada de ese hombre una expresión de amenaza con la cual se conocia que no se podian gastar chanzas. Cedimos a sus ruegos pues la joven venia a buscarnos y la acompañamos a su casa para esperar en ella a Rensgrave, que la habia amenazado con volver.

En efecto, hacía apenas diez minutos que estábamos allí cuando su precipitado paso se dejó oír en la escalera. No debia encontrarnos con la joven viuda, y sin embargo no podiamos alejarnos mucho de ella para el caso de una necesidad; de manera que mi mujer y yo entramos corriendo en un gabinetito con puer

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

ta vidriera, desde el cuál podíamos oír y ver cuanto iba a pasar.

Rensgravve entró pálido y trémulo; quería hablar y su lengua balbuceaba; llevaba un papel en la mano, y este papel temblaba como la mano que le sostenía.

Acercóse a la señora Irvin y le puso el papel delante de los ojos.

—Supongo—dijo— que no os atreveréis a decir que no recordáis esta canción, ni que esas palabras escritas al margen no están escritas por vuestra mano, y si os atreveis aquí estoy para sostener lo contrario.

—Señor Rensgravve—respondió la joven con el valor que le inspira la nuestra presencia—, señor Rensgravve, os juro que no conozco esta canción; lo que me decís, es verdad; pero es demasiado absurdo. Trece años atrás, apenas tenía yo nueve años y ya veis que entonces no era más que una niña.

—¡Ah! ¡Persistis, pues, en vuestra negativa, corazón cruel! Después de todo lo que he sufrido por vos, después de los días de lágrimas después de las noches de terror que he pasado desde el momento fatal en que vi retirar de las aguas vuestro cuerpo exánime, desde la hora en que se me dijo que estáis muerta...

—¡Muerta!—exclamó la señora Irvin—¡Bondad divina! No continuéis divagando así, señor Rensgrave. ¡Yo Laura, yo nacida en el condado de Yorkshire, yo ahogada? ¡Pues bastante hay con lo que me decís para perder la cabeza! ¡No, yo nunca he sido retirada de las aguas! ¡Nadie ha tenido nunca motivo para suponer que yo haya muerto! ¡Me asustais, si os digo que me asustais!

—¡Ah! ¡Voto a tal!—exclamó Rens

gravve.—¿Conque vos, yo y ese mal dito Bedford, no fuimos el 7 de agosto de 1821 a Lowfield por mar, y el barquillo en que íbamos no zozobró durante esa lucha terrible entre él y yo, y eso por vuestra causa pues ambos estábamos enamorados de vos? ¡Oh! ¡Pero ya comprendo; es ese niño, y los recuerdos que él despierta en vos lo que impide...

La señora Irvin lanzó un grito penetrante y como yo no había perdido de vista a Rensgravve a través de la vidriera me arrojé en seguida en el aposento; la mano del loco apretaba la garganta del niño; hice que le soltara en seguida y le rechacé con tal fuerza que fué a caer al otro extremo del aposento; pero levantose vivamente, dió algunas pasadas para volver hacia mí, buscando en sus bolsillos un cuchillo u otra arma cualquiera; luego, conociendo, sin duda, su impotencia para luchar cuerpo a cuerpo lanzome una de esas miradas terribles que le eran peculiares y se lanzó fuera de la habitación.

El asunto se había agravado; comprendiéndose que ese hombre persistía en su locura. Aquella misma noche, escribí en consecuencia una carta al señor Oxléy, que estaba en el condado de Yorkshire, participándole lo que acababa de suceder, y encargándole que viniese a Londres para encargarse de su sobrino. Entretanto, redoblamos las precauciones para poner a la señora Irvin y a su hijo al abrigo de las tentativas de nuestro maniático.

Pero los locos tienen en su locura una persistencia y una malicia que inutilizan las precauciones tomadas por los hombres mas sensa-

Por otra parte, el ejercicio de mis funciones me tenía desde el amanecer y algunas veces durante la noche, en los barrios más apartados de aquel en que vivía.

Al entrar en mi casa para comer al cuarto día de haber escrito al señor Oxley, encontré mi habitación y el vecindario consternados. Según me dijeron una docena de lenguas a la vez, la señora Irvin estaba moribunda y la causa de esta espantosa agonía era que el niño Jorge había caído de una manera inexplicable al río y se había ahogado. Al menos esta era la opinión general, a pesar de haber registrado el río inútilmente. El sombrero de castor negro del pobre niño, adornado todavía con su pluma se había descubierto flotando cerca de la orilla, a una distancia considerable del sitio en donde había debido caer y el cuerpo del niño que se había buscado en vano, sin duda había sido arrastrado por la fuerza de la corriente hasta el Támesis.

Una terrible sospecha cruzó en seguida por mi espíritu.

—¿En dónde está el señor Rensgrave? pregunté.

Nadie lo sabía; desde las dos de la tarde, es decir la hora en que había desaparecido el niño, nadie le había visto.

Después de lo que había visto, después de lo que había oído, después del odio manifestado por Rensgrave contra el pequeño Jorge era evidente que nadie más que el había podido cometer el crimen. Empecé, pues, por desembarazar la casa de las numerosas comadres que la llenaban, luego corrí a la de la señora Irvin, en donde encontré al

señor Garland prodigando los primeros cuidados a la enferma. El golpe había sido terrible; temíase un tífus cerebral; el doctor Garland le había aplicado ventosas y esperaba base gracias a este enérgico tratamiento que desapareciera la fiebre.

El médico había tenido las mismas sospechas que yo concebiera, pero se negó a aventurar ningún consejo, abandonándolo todo a mi prudencia. Por desgracia en aquella época era yo un poco novicio en esa especie de asuntos, en los cuales me quedo vanagloriarme de haber adquirido luego, cierta experiencia. Si en el día me volviese a encontrar en las mismas circunstancias, creo que los resultados serían más satisfactorios que lo fueron entonces.

Resuelto a esperar al señor Rensgrave, me puse de acuerdo con el jefe del taller y velamos juntos. La espera, que se prolongaba y que yo contaba por las vibrantes horas de la noche, me producía a cada nueva hora mayor excitación. A las diez estaba convencido de la culpabilidad de Rensgrave; a las once hubiera querido entregarle a la justicia; y a las doce parecíame que no tendría paciencia para eso, sino que le extrangularía con mis propias manos.

Los gritos de dolor que salían de cuando en cuando del cuarto de la señora Irvin eran para mí terribles excitantes; veía a esta desventurada madre condenada a un irreparable duelo por la odiosa locura de un monomaniaco.

A las dos de la madrugada oímos que un paso vacilante se acercaba a la puerta; la mano de Rensgrave estaba tan trémula que necesitó unos diez minutos para meter la llave

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Rensgravve había perdido el doctor creyó prudente abrirle una sangría, pero con todo no recobró el sentido hasta rayar el día; solamente su lengua estaba paralizada, y a pesar de sus esfuerzos no pudo proferir una sola palabra.

El doctor Garland se acercó a su cama, y con voz solemne:

—Caballero—dijo—vuestras horas son contadas; antes de la noche habreis comparecido ante Dios; si habéis cometido el horrible crimen que se sospecha, arrepentios.

El enfermo hizo un esfuerzo para negar; todas sus fuerzas parecían agotarse en el grito que lanzó; pero este grito era inarticulado.

—Si, por el contrario—continuó el doctor—el niño vive, no dejéis por más tiempo a la madre en la terrible desesperación en que la habéis sumergido y buscad un medio de le encontraremos.

cualquiera que nos indique en don Agitó entonces su mano en dirección a su redingote, que nosotros habíamos tirado sobre una silla; comprendí; lo agarré y lo tendí encima de la cama; pero una de sus manos como la lengua estaba completamente paralizada y apenas si la otra podía menearla. Vime, pues, obligado a registrar los bolsillos de su abrigo. Al llegar al del pecho saqué unos papeles, que tendí sobre la cama. El enfermo logró extender un dedo sobre uno de esos papeles lo abrí y lei esta dirección: «—Señor Tompson, en Camder tovvv».

—¿Qué significa este papel —le pregunté—¿Está ahí el niño?

Hizome seña que sí. Sin embargo, no me atreví a dar a la madre más que algunas vagas palabras de con-

suelo, por fiarme poco en las promesas de aquel loco agonizante.

No obstante, había dicha la verdad.

A las tres de la tarde, la señora Irvvin con su pequeño Jorge en brazos entraba en el aposento del moribundo y retiraba, con su dulce y consoladora voz, la maldición que le había echado.

Hubierase dicho que el desventurado monomaniaco no esperaba más que esta encantadora visión para morir; a la vista de la señora Irvvin, que tenía a su niño en brazos, la sonrisa que se hubiera creído destinada para siempre de su descompuesto semblante, reapareció en sus labios; luego esos labios se abrieron para dar paso a un suspiro.

Este suspiro era el último.

X. Y. Z.

Hacia principios del año 1832, varios diarios de Londres publicaron el siguiente anuncio:

«Si el señor Ovven Lloyd natural del país de Gales, empleado como primer dependiente de un gran establecimiento de Inglaterra, quiere enviar su dirección a sir X. Y. Z. en la casa de postas de San Martin el Grande, sabrá una noticia tan ventajosa como inesperada».

Este misterioso anuncio repetido en el «Times» varios dias consecutivos, excitó vivamente mi curiosidad.

Por curiosidad, entendámonos, no quiero expresar el deseo pueril de inmiscuirme en los asuntos de los otros y ponerme al corriente de hechos que no me importan, sino, al contrario, penetrar, en nombre de la seguridad pública, en los motivos de ese pacífico llamamiento.

La novela completa se vende en la Administración a 1.50 ejemplar.

en la cerradura. No me causó pues asombro el verle entrar pálido y trémulo como un espectro.

En efecto a algunos pasos de la puerta, según supe más tarde, había encontrado alguien que le informó de lo que pasaba y puso en su noticia que la señora Irvin estaba muerta o moribunda. Yo sabía que él no bebía nunca vino y sin embargo al ver como se tambaleaba hubiera jurado que estaba ebrio. Subió, tropezando, las primeras gradas de la escalera de la enferma, y encontrándonos en el descansillo retrocedió un paso, y con los labios cárdenos y dando diente con diente, nos dijo:

—Eso no es verdad; no, no es cierto que Laura... digo que la señora Irvin está moribundao.

—Os engañais señor Rensgrave—le dije con tono severo y más alto del que debía, pues solo estábamos a tres pasos de distancia del dormitorio de la enferma—y si como sos pecho—continué—ese niño ha sido ahogado por vos, dentro de poco tendreis que responder ante Dios de dos asesinatos en vez de uno.

Una especie de estertor salió de la garganta del desventurado loco; sus crispados dedos se esforzaron en vano por aflojar y luego quitarse la corbata; al mismo instante un ruido semejante al de una lucha se dejó oír en el aposento de la señora Irvin. La enfermera que habíamos colocado junto a su lecho daba voces pidiendo socorro.

—Encargaos de la señora Irvin, —dije al jefe del taller, dando un paso hacia Rensgrave para aflojar le yo mismo la corbata, pues noté que en sus movimientos convulsivos estaba a punto de ahogarse; pero,

equivocando él mis intenciones, dió un salto de lado y se encontró en frente de la señora Irvin, que salía de su aposento.

Las facciones de la joven estaban alteradas por el dolor; su cutis blanco no presentaba más que una extensa mancha de sangre; las vendas que cubrían su sangría se habían separado en su lucha con la enfermera y la sangría estaba abierta.

La vista de esta mujer pálida y ensangrentada era horrible; hasta para mí, pero sobre todo para Laura grave, que, adorándola era causa de una catastrophe. Todavía fue poco cuando la pobre madre, desahucada reuniendo toda la fuerza que le quedaba, levantó su brazo ensangrentado y lo maldijo en nombre de su hijo muerto. Hubiérase dicho que un rayo del cielo sobre aquel desventurado. Retrocedió levantó sus brazos encima de su cabeza, y como que tuviese no tiempo de alzar la mano para sostenerle, cayó dando desde el primer escalón, y parando hasta el final de la escalera.

El jefe del taller y yo corrimos rápidamente hacia él y le levantamos rápidamente en brazos; echaba sangre a la vez por la boca y por una terrible herida que se había hecho en la sien.

Yo gritaba a la enfermera que se ocupase de la señora Irvin a la que prometí volver dentro de un instante; luego el jefe del taller y yo nos llevamos al señor Rensgrave a su casa y le metimos en cama muyado. El jefe del taller me dejó para ir en busca del doctor Garland.

A pesar de la sangre que el

Desde el principio me pareció que ese asunto ocultaba un lazo, y cuando más lo vi repetido más se aumentó mi certeza de que la presencia de Ovven Lloyd era vivamente esperada en un tribunal criminal. Por otra parte, pronto me confirmó en esta creencia el anuncio siguiente:

«El señor Watkins, abogado, paga una recompensa de cincuenta guineas al que dé las señas de Ovven Lloyd a sir X. Y. Z.»

Este segundo anuncio a pesar de manifestar gran interés por conocer estas señas, pues que cincuenta libras debían de ser la recompensa de algunas palabras escritas en un pedacito de papel, fué tan inútil como el primero, y al tropezar más tarde por la décima vez con el mismo anuncio me dije:

«¡Vamos! ¡Vamos! Ovven Lloyd es un torro viejo, y no se dejará rogar por una gallina llena de pa-

«Cinco días después, las «Gacetas» contenían un anuncio respecto del mismo individuo, pero que no estaba conforme en nada con los que se habían publicado y sobre todo, con el primero.

«Aquí este anuncio:

«Se darán treinta guineas a la persona que proporcione el arresto de Ovven Lloyd».

Según la edad y las señas del individuo que era objeto de esa doble pesquisa. ¿Los dos primeros anuncios habían sido hechos por la misma persona que hacía el tercero?

«Se dirigían a ganarse una denuncia por después de perder la esperanza de atraer a Ovven al lazo que se le había tendido?

«Se habían convencido de que los

tres anuncios procedían de la misma persona que me dirigí a casa de mi jefe, el superintendente, con intención de pedirle permiso para ocuparme de este negocio. Había tomado afecto a mi profesión y me consideraba feliz cuando, en ciertas circunstancias, podía llegar a hacer de ella una obra de arte.

En el momento en que empujaba la puerta del gabinete del superintendente, éste daba justamente órden de llamarme.

—¡Ah! A fe mía—me dijo—He gois a tiempo, señor Waters; os ruego que vayats al instante a casa del señor Smith director de una de las casas más fuertes de la Cité.

—¿Con qué objeto? preguntó.

—Debeis sospecharlo; con el objeto de encontrar a un criminal que se oculta. Teneis que tratar con ese negociante de un gran robo cometido en su casa particular, situada al oeste de la Cité, de Londres. Este robo se verificó hará unas dos a tres semanas. Creo que el señor Smith ha pedido y conseguido las órdenes necesarias para el arresto de las personas sospechosas. Id pues, a verle; tomad las señas que os dé; volved aquí y a vuestro regreso mi secretario os entregará todos los papeles que necesitéis.

Dirigíme volando a casa del señor Smith; un dependiente me hizo entrar en un pequeño despacho que daba a los almacenes, rogándome que esperase al dueño del establecimiento. Encima de la mesa, colocada en el centro de la pieza había el día en que estaba insertado este último anuncio:

«Se darán treinta guineas de

recompensa a la persona que proporcione el arresto de Ovven Lloyd»

—¡Ah! ¡ah!— pensé—¿Será el señor Smith el X. Y. Z. que desea tan ardientemente el arresto de Ovven Lloyd?

Al cabo de algunos instantes, como me lo había hecho esperar el dependiente, apareció el señor Smith. Mi atención, vivamente excitada hacia muchos días, concen-tróse enteramente en él. Era hombre de unos sesenta años, de facciones duras y vigorosamente acentuadas, de aire ágil y movimientos rápidos; sus ojos, de un negro brillante, revelaban una actividad de espíritu y una resolución de pensamientos notables. En una palabra tenía ese exterior imponente que dan el hábito del dominio, la conciencia de una elevada capacidad comercial y, sobre todo, esos factores de la fortuna que uno cree siempre merecidos.

Mírome a su vez como para apreciar el puesto que ocupaba en la jerarquía de la policía y la inteligencia que me había valido la conquista de este puesto...

—Pienso—dijo, saludandome con una cortesía seca y reservada—que habéis leído ya los anuncios publicados en esos diferentes periódicos.

Y me indicó los que estaban esparcidos encima de la mesa.

—Si caballero—le contesté—, y naturalmente, he supuesto que sois el señor X. Y. Z.

—Caballero— me contestó el negociante en tono que esta vez podía tomarse por desdenoso—por lo general las suposiciones son siempre necias, y en estas circunstancias, sobre todo, lo son doblemente.

Miré al señor Smith, como hom-

bre decidido a preguntarle tarde o temprano la causa de esta impertinencia. El negociante continuó en tono tan suelto como si me hubiese dirigido un cumplido por mi penetración.:

—Mi nombre es Smith, y espero, ...—sacó un reloj, calculó la hora y continuó—espero aquí, dentro de diez y siete minutos al personaje que se designa con las iniciales X. Y. Z. Ahora caballero, porque no os perdais en nuevas suposiciones, os diré que el motivo que me guía procurando conocer a ese personaje, está fundado en una posibilidad.

Yo sonrei.

El señor Smith no había querido mortificarme repitiendo la palabra «suposición».

—Veamos esta posibilidad caballero—le dije.

—Pues bien—continuó el negociante—presumo, que, deseando tanto como yo, por razones sin duda de suma importancia, como las mías, descubrir el retiro de Ovven Lloyd ese caballero no hará objeción alguna a la oferta que voy a hacerle.

—¿Y esa oferta consiste?... pregunté.

—En partir conmigo los gastos que ocasionen las pesquisas que estamos practicando. Pero primero, es necesario informarse, sea abiertamente, sea con maña, de los motivos que dirigen las pesquisas de X. Y. Z. Si, como las mías, esas pesquisas tienen por objeto entregar a Ovven a la justicia, el asunto marchará sin dificultad y nos enteraremos perfectamente; pero, si, por el contrario, le guía al desconocido un motivo de protección seria

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

dicial a mis intereses tenéis un deber, caballero, y yo un derecho, de hacer hablar al amigo, pariente o protector de Ovven Lloyd. Ahora—continuó el señor Smith—permitidme que os ponga al corriente de algunas particularidades que derramarán un poco de luz y sobre todo, de verosimilitud sobre las sospechas que ocupan mi espíritu. ¿Conocéis las circunstancias del robo que se cometió en mi casa de Brook street, hace unos quince días?

—Si, caballero—contesté—He leído las relaciones hechas por los oficiales enviados al sitio de la ocurrencia, y he visto que no era difícil adivinar que los autores del robo conocían la disposición de vuestros aposentos y vuestras cosas tumbres interiores.

—Vuestras observaciones son esta vez justísimas caballero, ¿Quedáis ahora escribir algunas notas que os dictaré?

—Con mucho gusto—contesté—precisamente llevo conmigo cartera y lápiz.—

—Ovven Lloyd—dijo el señor Smith—nacido en Gales, pertenece a una familia respetable. Durante muchos años Ovven Lloyd, ha dirigido los negocios de mi casa, y su conducta durante estos años, ha sido irreprochable a mi entender. Ovven es por desgracia, más joven de lo que su edad permite, y de un carácter débil. Posee, como se dice vulgarmente un buen corazón de lo que resulta que es incapaz de negar un favor a nadie, aunque le deba costarle la mitad de su fortuna.

—Lo comprendo caballero—respondí—pero no sé qué relación

puedan tener esas particularidades con...

El señor Smith me interrumpió.

—¿Con la misión de que estis encargado? Sea. Es posible que no veais esa relación; pero yo la veo, y dentro de algunos minutos trataré de hacerosla ver a vos también. Hace tres años encontrose Ovven Lloyd apurado, y este apuro no tenía otra causa que la extremada debilidad de carácter que os he indicado. A pesar de mis consejos, y hasta de la oposición que le hice, Ovven prestó fianza de una cantidad considerable por pretendidos amigos. Algunos días antes del pago de la letra de cambio, sus amigos se eclipsaron. Ovven no se encontraba en disposición de hacer frente a sus compromisos por lo que se vio precisado para sustraerse a las persecuciones de los acreedores a huir de mi casa, y nadie desde entonces ha podido averiguar el lugar de su retiro. Durante los primeros días de la instalación de Ovven en mi escritorio, hace de eso siete años, había admitido en mi casa a un galés llamado Eduardo Jones; el superintendente de la policía os dará las señas de ese hombre, así como las de su mujer. Este Eduardo Jones fué despedido de mi casa a causa de una serie de fechorías debidas a una conducta sumamente irregular. Se dice, con verdad o sin ella, que Jones partió para América o al menos que ha hecho un viaje allá. Durante su estancia en mi casa, ese hombre había contraído estrechas relaciones con Ovven que era compatriota suyo y había tomado sobre el espíritu débil e irresoluto de este último la más fatal influencia. Ahora, escuchadme bien; ese Eduardo

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Jones que se supone en America, hace tres días que uno de mis empleados le vió cerca del Temple Bar.

El señor Smith interrumpió su narración y se quitó los anteojos, haciéndome seña de que dejase la pluma.

—Creo señor Waters que la vacilación que precede al crimen, cuando ese crimen debe cometerlo un hombre débil, se cambia pronto en cálculo, si ese hombre encuentra, para apoyar su irresolución, la tenaz voluntad de un culpable endurecido. Os digo esto para convencerlos de que, apremiado por la pobreza y empujado por Jones, Ovven Lloyd, Ovven es excelente y laborioso empleado, se ha vuelto ladrón.

—Entonces caballero, ¿creeis que es uno de los autores del crimen cometido en vuestra casa de Book-street?

—Sí, lo creo; más aún, estoy cierto de ello. He aquí por qué. Anteayer se ha descubierto en mi biblioteca, detrás de un estante de libros una cartera. Como los ladrones nada hablan robado en aquella pieza, el exámen del estado de los muebles fué hecho rápidamente. Yo sé que esta cartera, hela aquí, miradla, pertenece a Ovven Lloyd; la he visto varias veces en sus manos y una prueba de que no me engaño creyéndole su dueño, es que en este mamiqui están grabadas sus dos letras iniciales, una O y una L. Además se ha encontrado dentro un billete de cinco libras, que es como veis del Banco del condado de Hampshire.

—Tomé el billete de manos del señor Smith.

—El billete lleva la fecha de 1831 —le dije.

—Y he ahí precisamente lo que prueba la culpabilidad de Ovven; por otra parte tengo motivos poderosísimos para creer que habita y que ha habitado despues del hecho en el condado de Hampshire.

El señor Smith sacó de su bolsillo un papel satinado.

—Voy a llegar al fin desembozadamente—prosiguió— voy a hablaros de cosas serias, de cosas que vos solo debéis saber.

Yo me incliné en señal de atención.

El señor Smith continuó así:

—Ovven Lloyd está casado; su mujer, joven aún, reúne, al mérito de un espíritu justo y de una gran inteligencia, una notable belleza; su hija única, ha heredado física y moralmente todas las cualidades que distinguen a su madre. Mi esposa adoraba a miss Carolina, y naturalmente la dulce y encantadora niña, frecuentaba asiduamente mi casa de Brook-street. A pesar de lo que yo estimaba a esa joven, encontraba muy prudente que se viese diariamente con mi hijo. Mi hijo, señor Waters, sea dicho de paso, solo tiene cuatro años más que miss Carolina, la cual está por cumplir diez y siete. En la época en que obligo por la exigencia de su compromiso, salió Ovven Lloyd de Londres, Arturo, este es el nombre de mi hijo, Arturo y Carolina se amaban.

—¿Cómo habéis sabido su trecto proco afecto?

—Por una carta que encontré en el gabinete particular de mi hijo y en la cual hay varias frases que dan a conocer que Carolina y él se tienen desde mucho tiempo una co

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

correspondencia clandestina. Ambos esperan un tiempo más propicio a sus mutuos deseos, y ese tiempo—añadió el señor Smith con risa llena de tristeza y amargura—es, sin duda, el de mi muerte.

—Ovven ¿cabe esto?

—No. Ovven ignora la pasión de nuestros hijos, lo mismo que la correspondencia que mantienen. En la carta de que me he apoderado, la joven, contestando a una pregunta de mi hijo, le dice que su padre no le perdonaría nunca la indiscreta revelación de su morada actual. Vos comprendéis el motivo. ¿no es verdad señor Waters? Ella le suplica en consecuencia que no haga vanos esfuerzos por descubrir su morada. Es preciso que sepáis caballero, que mi hijo ya mayor de edad, gracias a la propiedad que una tía le ha dejado al morir, se encuentra completamente independiente y casi rico.

—¿Qué sello de correo llevaba el sobre de la carta de miss Lloyd?

—De Charing-Cross; Carolina prevenía a mi hijo que un amigo llevaría la carta al correo y no dudó que este amigo sea el cómplice de su padre, es decir, Eduardo Jones. He aquí ahora las palabras más importantes de esta carta: «A mi padre le acaeció días pasados un accidente en el bosque; pero gracias a nuestros cuidados se halla ahora completamente restablecido». Ya veis, señor Waters que las palabras «en el bosque» escritas imprudentemente, han sido borradas, pero no lo bastante, para que no se las distinga. Reunid estas dos circunstancias de la proximidad de un bosque y la morada de Ovven Lloyd con la de la posesión de un billete de Ban-

co del condado de Hampshire, y direis como yo, que el culpable habita en algún rincón de este bosque.

—Admiro la exactitud de vuestras observaciones, caballero—dijo al negociante—y como vos, las creo basadas sobre hechos reales.

—Debeis comprender señor Waters, según la relación que acaba de haceros, que doy poca importancia a entrar de nuevo en posesión de los objetos robados; lo que quiero lo que deseo sincera y ardentísimamente, es poner un obstáculo insuperable entre mi hijo y mis Carolinas y esto interrumpiendo a todo coste la correspondencia que sostienen. El medio más seguro de que se acabe todo entre ellos es poner a Ovven en manos de la justicia, acusándole de ladrón.

En este momento nuestra conversación fué interrumpida por la entrada de un dependiente que venia a anunciar la visita del señor William Lloyd. Era la persona que el señor Smith esperaba bajo la designación de X. Y. Z.

—Haced entrar al señor William Lloyd—dijo el negociante metiendo precipitadamente los periódicos en uno de los cajones de la mesa—Por la coincidencia de los nombres, —me dijo el señor Smith—podeis comprender que la persona anunciada debe ser un pariente de Ovven. No digáis nada y estad atento.

El señor William Lloyd entró. Era alto, delgado, y su rostro, pálido y flaco, revelaba un profundo abatimiento moral o el recuerdo todavía vivo de recientes sufrimientos.

Parecía haber pasado de los cincuenta años; sin embargo, sus movimientos tenían aun todavía la soltura de un hombre como de treinta

aumentada por una mirada tan dulce y suave que encantaba.

El señor William parecía muy conmovido y en extremo agitado. Después de un saludo rápido dejó vivamente al señor Smith.

—Caballero, por esta carta, que he recibido esta mañana—tenía una carta en la mano—he sabido que podéis darme noticias de mi hermano Ovven, del cual hace mucho tiempo estoy separado. ¿En donde está caballero? Tened la bondad de decírmelo.

Haciendo con voz suplicante esta pregunta el señor William Lloyd examinó atentamente todos los rincones del aposento y me dirigió una mirada inquieta; luego volviéndose hacia el señor Smith añadió con voz trémula:

—¿Ovven ha muerto? Caballero, os suplico que me digais la verdad, no dejes por mucho tiempo mi corazón en angustiada incertidumbre.

—Sentaos caballero—contestó el negociante haciendo rodar un sillón al alcance del visitante—. Vuestro hermano ha estado durante muchos años empleado en mi casa, como primer dependiente encargado de la cuenta.

—¿Ha estado! ¿Ha estado!— exclamó el señor Lloyd con creciente agitación—. ¿Y ahora no está? ¿Os ha dejado?

—Si caballero, hace cerca de tres años. No me interrumpais. He recibido recientes noticias indirectas de vuestro hermano y estas noticias concuerdan con vuestra cooperación, basarán, así lo espero para que este caballero—y el negociante me demostró—pueda descubrir su actual residencia.

Fuéme imposible resistir el examen mudo con que el señor Lloyd envolvió mi semblante, y me levanté vivamente, bajo pretexto de cerrar la ventana entreabierta.

—¿Cuál es el motivo que os hace desear tan ardientemente encontrar a mi hermano?—preguntó el señor Lloyd con voz visiblemente inquieta—No es posible que... no; mi hermano según me habeis dicho, ha dejado vuestra casa hace tres años; por otra parte, conozco a Ovven, y suponer que... sería tan perverso como absurdo.

—A la verdad caballero—prosiguió el negociante, después de algunos minutos de reflexión—debo confesaros mis temores. Pues bien, temo que mi hijo cometa la imprudencia de intimidar más de lo que yo quisiera con... con la familia de vuestro hermano; en una palabra temo que, sin mi consentimiento dé su nombre a vuestra sobrina, miss Carolina y quisiera ver a Ovven a fin de obtener de él...

—¡Carolina! ¡Carolina!—exclamó el señor Lloyd con voz trémula y al pronunciar este nombre, sus ojos se llenaron de lágrimas.—¡Si, es verdad, su hija se llamaba Carolina!

El señor William Lloyd quedóse por un instante entregado a una triste meditación; luego, levantándose dijo al negociante con tono sereno y lleno de altivez:

—Miss Carolina Lloyd, caballero merece por su nacimiento, y si no me engaño por su carácter y su educación, llevar el nombre del más noble mercader de esta gran ciudad.

—No lo dudo respondió secamente el señor Smith—; pero no tomeis a mal... dijo caballero que ha

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

ré todo lo posible para impedir que mi hijo dé su nombre a miss Carolina.

A esta respuesta, la mirada llena de afeiz en aquel momento del señor William Lloyd volviése humilde y resignada.

—¿Cómo podré saber—preguntó, —como podré convencerme de que obráis de buena fé en el asunto de que tratamos?

En contestación a esta pregunta presentó el señor Smith al señor Lloyd la carta de Carolina, explicándole por qué casualidad esta carta se encontraba en su poder. Las manos del señor Lloyd temblaban de emoción al tomarla, y parecía al leerla transportar sus pensamientos a una época lejana, pero cuyo recuerdo era indeleble.

—¿Pobre niña!—murmuró—¿Pobre niña! ¡Tan joven y tan dulce y ya tan resignada! Sus ideas, sus frases son el eco de las de su madre, entonces joven y hermosa, pero su amigo también. Sin duda Ovven continua siendo bondadoso, sencillo y digno de la estimación de las gentes de bien, y sin embargo ha sido víctima de estafadores y tunantes.

Al concluir estas palabras el señor Lloyd apoyó su cabeza en sus manos y pareció reflexionar profundamente. Este silencio pensativo inquietó al señor Smith que tenía que la sospecha se apoderase del visitante.

El señor Lloyd levantó por fin la cabeza.

—Caballero—dijo al negociante—si vuestras noticias se limitan a la posesión de esta carta, estamos tan lejos de mi hermano como ayer, como lo estábamos hace un mes, y

lo estábamos hace un año y no sabiendo nada no puedo ayudaros en el éxito de vuestras pesquisas.

—Consideremos este asunto con calma—prosiguió el señor Smith—; hablemos sin pasión; es evidente que vuestro hermano no habita en Londres y por esta razón no ha consentido al llamamiento que le habeis hecho.

—Probablemente, caballero.

—Leed de nuevo la carta de miss Carolina con atención y encontrareis en ella tres palabras inteligibles todavía, aunque borradas con cuidado.

—En efecto—dijo el señor Lloyd—, creo que significan «en el bosque»; pero qué deducción...

El señor Smith interrumpió a su interlocutor:

—¿No existe ahora en Inglaterra—dijo— un lugar, que, por cualquier causa, merezca que vuestro hermano le haya escogido por residencia? He oído decir a menudo que los nobles de gusto y de sentimientos escogían con preferencia, cuando se entregaban al descanso, el retiro más querido, el que les renovaba los recuerdos de su infancia o de su juventud.

—Es un instinto natural—contestó el señor Lloyd, sin prestar atención a la sonrisa burlona que vagaba por los labios del negociante— a menudo he experimentado yo un deseo violento de volver a ver el lugar de mi nacimiento y los objetos familiares a mis primeras miradas y este deseo lo experimentaba cuando la fortuna me sonreía recordando mis esfuerzos. Pero Ovven no volverá al país de Gales, a Caer-marthen; allá sería despreciado, tal vez desconocido, pues es un país

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar

donde durante muchas generaciones, nuestra familia ha estado al nivel de las más ricas y más elevadas. Por otra parte—añadió tristemente el señor Lloyd—he registrado Caermarthen y sus alrededores y mis pesquisas han sido infructuosas.

—Pero su esposa—prosiguió el implacable negociante—, su esposa no es galesa.

—No. ¡Ah! ¡Ahora recuerdo!... «En el bosque»... ¡Es preciso que sea allí! Carolina Hegvarth, esposa de mi hermano, nació en Beaulieu, en el nuevo bosque de Hampshire, en donde poseía una pequeña ¡oh! muy pequeña propiedad; tal vez la posea todavía. ¿Cómo no he pensado en eso más pronto? Voy a partir al instante para el condado de Hampshire.

Luego deteniéndose y golpeando se la frente;

—Pero por desgracia—añadió—no puedo; un negocio de suma importancia reclama por dos días mi presencia en Londres.

El negociante me señaló con el dedo al señor William.

—Mirad—dijo—yo que vos no podeis, este caballero partirá ahora mismo para Beaulieu.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—respondió casi con gozo el pobre hermano.—Procuraré tener paciencia. Tomad señor Waters—añadió—aquí teneis las señas de mi casa; tened la bondad de pasar por ella antes de salir de Londres y gracias mil gracias por todas vuestras bondades.

Después cogiendo el confiado caballero la mano del señor Smith:

—Y a vos, caballero—continuó—Dios os bendiga por la claridad que acabais de derramar en las tinieblas de mis infatigables pesquisas. No

necesitais caballero enviar un mensajero a miss Carolina ni a su padre para educarles a romper los compromisos contrados con vuestro hijo; os digo que podeis estar seguro de que mi sobrina no entrara jamás en una familia que la recibiera con disgusto.

Dichas estas palabras el señor Lloyd saludó y salió.

Yo seguí al señor William Lloyd con los ojos hasta que la puerta se hubo cerrado tras él. Parece que mi semblante expresaba lo que pasaba en mi corazón.

—Señor Waters—me dijo el negociante, así que nos hallamos solos y con tono casi imperioso—pero que dejareis a un lado vuestra sensibilidad y desempeñareis la seria misión que se os ha confiado es decir, que cumplireis con vuestro deber.

Esta observación me hirió hasta el fondo del corazón.

—¿Con qué derecho—le pregunté—me hacéis esa observación cabalero?

—Con el derecho que me dan mis temores señor Waters pues he notado claramente que desaprobabais mi conducta con respecto al hermano de Owen.

—Caballero me obligais a deciros la verdad; si, la desapruébo; diré más, no la encuentro digna de la alta reputación de lealtad de que disfrutais; pero al mismo tiempo conozco en toda su extensión la penosa tarea que el deber me impone y esta tarea la cumpliré.

—Estoy cierto de ello caballero—repuso vivamente el señor Smith—, y esta certeza hace que confie en vuestro honor.

Iba a salir del escritorio, cuando

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

el señor Smith me cogió de repente de la mano.

—Concededme todavía un momento caballero—me dijo—; un instante no más.

Luego, al inclinarme yo en señal de estar a sus órdenes:

—¿Habeis comprendido—dijo—que el objeto principal de mis pesquisas es la ruptura del casamiento de Arturo con miss Carolina?

—Perfectamente.

—¿Pues bien! Recordad, caballero que no deseo de modo alguno continuar las pesquisas contra Ovven, con tal que, por medio de una confesión detallada de su crimen escrita de su propia mano, ponga entre su hija y mi hijo una barrera insuperable. ¿Comprendéis?

—Muy bien, caballero. Pero a mi vez, me permitiréis que os haga observar que mi deber, ese deber de que me hablabais hace un momento y cuyas obligaciones tanto habeis enaltecido no me permite seguir vuestras instrucciones: así, pues, hasta la vista, caballero.

Y salí.

Inmediatamente me trasladé a casa del señor William Lloyd que me esperaba con impaciencia. Confieso que cuanto mayor era la repulsión que me inspiraba el señor Smith, más grande simpatía experimentaba por el digno caballero.

Huérfanos desde los primeros años de su vida, William y Ovven habian disipado su fortuna patrimonial; pero, poco tiempo antes de la pérdida total de sus bienes, los dos hermanos concibieron un violento amor por una mujer, y esta mujer no era otra que la madre de miss Carolina. Desesperado de la preferencia que la joven concedía a su hermano Ovven,

William, después de un vivo altercado dejó a los desposados, yendo cada uno por su lado para rehacer su fortuna.

William obtuvo la mayordomía de una vasta propiedad, perteneciente a un colono de Jamaica a donde se trasladó con esa alegría que se experimenta en la desesperación al alejarse de los sitios donde se ha sufrido.

Al cabo de pocos años, felices circunstancias le hicieron poseedor de una gran fortuna. Pero esta fortuna estaba lejos de hacer la dicha del bondadoso y digno caballero. Faltábale a ese corazón, que había trocado un inmenso amor en una dulce melancolía, la vista de la felicidad de su hermano y de la que amaba. Regresó, pues a su país natal con la esperanza de morir pronto en él o de encontrar el valor de vivir en la tierra de Ovven, y la dicha que con sus riquezas podía derramar sobre la familia de su hermano, si la unión de los dos esposos había creado una familia.

Yo prometí al señor William Lloyd darle noticias de su hermano, en seguida de mi llegada al punto donde sospechábamos que residía.

Llegué a Southampton a media noche. Allí se me dijo que el camino mejor y más corto para ir a Beaulieu era atravesar el río cuya travesía debía conducirme al pueblo de Hythe si tuado a algunas millas de Beaulieu.

Después de un frugal y corto desayuno pasé al muelle, en donde estaba anclado el buque; tomé pasaje en él, y ya el barco surcaba tranquilamente las aguas del río, cuando mi atención fija al principio en el paisaje, detúvose pronto sobre dos personas sentadas en la proa de nuestra ligera embarcación. Estas dos

personas eran un hombre y una mujer. Después de un profundo pero furtivo exámen, de las facciones de mis compañeros de viaje, me convencí de que aquel hombre y aquella mujer eran los esposos Jones. Evidentemente, no desconfiaba de mí además, estaban tan tranquilos, tan confiados, que era más que probable que ninguna sospecha tenían de la persecución dirigida contra ellos a instancias del señor Smith.

Al llegar a la tercera parte del viaje a corta distancia. Eduardo Jones manifestó al batelero que deseaba detenerse en Hythe y dirigirse desde este pueblo a Beaulieu, siguiendo a pie el curso del río.

Tomé la determinación de no tutar la seguridad momentánea de los dos esposos, y tuve que felicitarlos de los resultados producidos por esta resolución.

Tan pronto como bajamos del buque, Jones y su mujer entraron en una choza situada a orillas del río. A juzgar por el exterior y sobre todo, mirando con atención las redes suspendidas en la puerta, era indudable que esta choza estaba habitada por un pescador.

Pareciéndome muy difícil, por no decir imposible, encontrar un coche dirigime a pie a Beaulieu.

Esta pequeña ciudad está pintorescamente situada en los umbrosos límites del nuevo bosque; aparecióse me, pues, con toda la poesía de su deliciosa sombra, mezclada de aguas bosques y llanuras cubiertas de resplandecientes mieses.

Me fué sumamente fácil, haciendo algunas preguntas indirectas y con apariencia indiferentes, obtener de la criada del mesón en donde me ha-

bia instalado, los informes que necesitaba.

En efecto la criada me dijo, con una verbosidad muy femenina, que el señor Ovven Lloyd habitaba una casita a una milla de distancia del mesón y que sus ocupaciones consistían en medir maderaje, como hayas, fresnos, chopos y abetos, de los cuales tenía siempre en su casa una cierta cantidad, a disposición de los compradores. Respecto a la hija de Ovven Lloyd según dicho de la criada, miss Carolina, era encantadora; dibujaba como un angel, y bordaba magníficamente en tapicería, presentándome una muestra de esta última habilidad. El trabajo representaba un vaso de porcelana lleno de flores, tan bien imitadas, que se hubiera dicho que acababan de cogerse.

Por lo demás, la criada no escaseó los elogios para Ovven Lloyd, pues si la hija era persona digna y encantadora, su padre tenía un corazón de oro, era un hombre excelente; en una palabra, la perla de los hombres honrados.

Por fin, hallábame en camino de encontrar al pobre Ovven.

Sin quererlo, o por mejor decir, por un puro exceso de ternura, William Lloyd había descubierto a su hermano y en la ignorancia de que era culpable, habíale puesto en manos de la ley.

¡Y yo, agente de esa misma ley, y sintiendo por esa familia una viva simpatía, hallábame a las puertas de su retiro pronto a turbar la dicha de que parecía disfrutar!

Lo confieso francamente a mis lectores, tan francamente como lo confesé a mi jefe, estaba avergonzado de mi éxito y a despecho de la voz del honor, buscaba en mi interior

La novela completa se vende en es la Administración, a 1.50 ejemplar.

un medio para sustraer al pobre Lloyd de la suerte fatal que le esperaba.

En efecto, ¿no era sensible y angustioso ver a ese hombre naturalmente honrado y leal, a ese hombre que tanto tiempo había resistido con el valor de la resignación los golpes de una adversa suerte, acusado de ladrón en el momento en que su paciencia había conmovido al cielo, que le devolvía su hermano, el bienestar, la consideración, todos los favores, en fin que hacen de los seres que los poseen objetos dignos de envidia para los otros seres? ¡Pues bien! Ese desventurado iba a ser cogido, echado en una cárcel, sin compasión por las lágrimas de su esposa, por la desesperación de aquella hermosa niña, que perdía así, en un solo día, en un instante, todos los sueños juveniles de sus años, todas las esperanzas de su corazón, todas las realidades de su cándido y tierno amor por Arturo Smith.

Todas estas ideas hervían en mi cabeza como una lava ardiente.

Bajé a la sala común del mesón, a fin de ver si, distrayéndome logra ba librarme de las dolorosas reflexiones que absorbían mi espíritu. Pero como si estuviese escrito que no pudiera borrar de mi mente ese triste asunto, las primeras personas que vi instaladas en esta sala fueron los esposos Jones.

La pieza era vastísima y yo me había sentado en frente de una mesa apartada de la puerta, mi posición no permitía, así lo creí primeramente sustraerme a las miradas de mis compañeros de viaje, cuya conversación llegando a mí en fragmentos, excitaba vivamente mi atención despertando el deseo de oír todos los

detalles. Para llegar a este resultado, servíme de un expediente sumamente sencillo, y sobre todo, muy común, pero que, sin embargo, dá siempre buenos resultados. Empecé por hacer bastante ruido con mi silla y con la botella de cerveza que había pedido para atraerme las miradas de los dos esposos.

Jones suspendió el curso de la conversación y me miró con aire de manifiesta desconfianza; luego me dijo en alta voz, con dulzura pero con una cortesía muy cercana a la irritación:

—Buenos días, caballero, ¿habeis hecho, pues, como nosotros el trayecto de Hythe a Beaulieu Vuestras botas están cubiertas de polvo.

—Caballero—contesté yo con voz estentórea y poniendo la mano en forma de pabellón sobre mi oreja de recha—, ¿me haceis el obsequio de dirigirme la palabra? .

—Os digo caballero —prosiguió Eduardo Jones con un tono capaz de dominar el ruido de un huracán mi ritmo—, que el camino de Hythe a Beaulieu es largo para un paseante.

—¿Es ya la una?—contesté con aire estúpido sacando el reloj del bolsillo de mi chaleco.—No, es la una menos cuarto.

—Está sordo como el monumento de Fish street Hill— dijo Jones a su mujer,—; nada ha oído, estoy tranquilo.

La conversación, interrumpida por el miedo, se reanudó muy pronto.

—¿Pensais—dijo la señora Jones a su marido con voz perfectamente distinta—, pensais que Ovven y su familia nos sigan a América?

—No creo, querida mía, que acepten ofrecimientos que solo he hecho por simple cortesía Ovven es demar-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

siado tímido para aventurarse tan lejos de su país natal y para hacer una acción que necesita un poco de valor.

Cuando concluyeron el vaso de «grog» que se les había servido, Jones y su mujer salieron del mesón y yo les seguí.

—¿Podrías indicarme caballero— pregunté a Eduardo Jones—, la casa del señor Lloyd tratante en maderas?

—¡Ciertamente!—gritó a mi oído el señor Jones.—¡Ciertamente!—repetió con un tono capaz de volverme sordo de veras—. Nosotros vamos a comer a casa de la persona que desearias ver.

—Gracias caballero. Hablais bien aunque un poquito bajo, pero os he comprendido perfectamente.

En la puerta de la casa nos recibió el mismo Ovven Lloyd. La figura del acusado tenía un aspecto tan bondadoso, tan natural, tan expansivo que sentí por él una viva simpatía.

—Os traigo un parroquiano—dijo Jones a Ovven,—pero es sordo como una piedra.

Ovven sonrió con benevolencia, y me dió a comprender por signos que al levantarse de la mesa, examinaríamos su provisión de maderas.

La comida fué servida por la señora Lloyd, en un comedorcito que daba al jardín. La esposa del tratante en maderas era todavía, no en los recuerdos de William sino en realidad, una persona bella y agradable, aunque el pesar hubiese impreso en su frente las huellas de su paso.

Miss Carolina era realmente hermosa y en mi vida había visto criatura tan linda. Unia a la rara perfección de sus facciones un cutis de una blancura deslumbrante y unas

maneras tan agraciadas, que me dieron a comprender perfectamente los temores del prudente y severo señor Smith y la adoración apasionada del joven Arturo.

Mi corazón se oprimió violentamente a la idea del fatal resultado que debía traer mi introducción cerca de aquellas dulces criaturas, pues a mis ojos, ante mi conciencia y dejando a un lado toda sensibilidad, para servirme de la expresión del señor Smith, no solamente Carolina y su madre eran inocentes del crimen cometido por su padre, sino que debían ignorarlo.

Yo no sabía cómo dar a conocer la terrible misión que tenía que desempeñar, no por temor a una lucha con Ovven y Eduardo puesto que hubiera vencido a los dos, sino por miedo al llanto de la madre y a la desesperación de la hija.

Rehusé silenciosamente tomar parte en la comida, pero acepté un vaso de «ale» que me ofreció miss Carolina. Esperaba una casualidad, un motivo, una palabra que me diese valor para obrar, diciéndome para darme yo mismo que Ovven y Jones eran dos criminales, y que era preciso para bien de la sociedad, de la que era yo uno de sus custodios, en tregarlos a la justicia.

En los postres, dijo la señora Lloyd a Eduardo:

—A proposito señor Jones, ¿habéis visto la cartera de mi marido, una cartera de marroquí verde que estaba en el aposento que vos ocupasteis aquí, hace cerca de tres semanas? Habiéndola buscado en vano por todos los rincones de la casa, he pensado que la habrías metido en vuestro bolsillo tomándola por la vuestra.

—Una cartera, bastate grande ¿no es verdad?

—Sí, caballero.

—La vi, si señora, y sin duda la puse en mi maleta sin pensar; hasta recuerdo que un día la metí en mi bolsillo con intención de habérsela devuelto; luego ese mismo día, irriado por haber perdido una llave que necesitaba mucho, arrojé al suelo en mi aposento todos los objetos que había en los bolsillos de mis vestidos y desde aquella época no la he vuelto a ver.

—Entonces ¿se habrá perdido, señor Eduardo?

—Indudablemente; pero ¿qué importa! no contenía nada de valor.

—Perdonad, mi querido Jones, contenía un billete de Banco de cinco libras, un billete de Hampshire, y la pérdida me será... ¿Qué tenéis, caballero?

Esta pregunta se dirigía a mí. Una emoción imposible de dominar me había hecho dar un brinco en mi silla.

—Nada, caballero, nada o poca cosa—dije, olvidando mi papel de serdo—; una punzada al costado, nada más.

—No os afectéis por la pérdida de ese billete—prosiguió Eduardo—pues me es tan fácil como agradable devolvéroslo; ya sabéis que en la actualidad mis negocios van prosperamente.

—Os agradeceré infinito este favor—dijo sonriendo la señora Lloyd—pues la pérdida de este dinero es una gran desgracia para nosotros.

—Decidme, pues, Jones—prosiguió Ovvén después de algunos instantes de silencio—, ¿por qué razón habéis mandado depositar en mi casa todo vuestro equipaje? Parece que mejor hubierais hecho mandándolo a

Portsmouth, puesto que está anclado allí el buque que debe conducirnos a América.

—Al dirigiros mi equipaje, querido Ovvén, tenía la intención de colocarme en lugar seguro, y en la época en que os lo mandé, no estaba aún resuelto a partir para América.

—¿Cuándo os lo lleváis, amigo mío? Ya sabéis que estamos aquí sumamente estrechos y que nos es difícil...

—Esta tarde me lo llevaré—respondió Jones.—He alquilado un barco pescador que nos transportará río abajo al encuentro del buque que tocará mañana en Portsmouth. Quisiera, mi querido Ovvén, que os animaseis a acompañarnos.

—Gracias, Jones, gracias—dijo Lloyd con tono profundamente triste.—Ya sé que aquí soy pobre; pero este es mi país natal, es la felicidad del pasado; del presente y del porvenir.

Ya lo sabía todo; por lo tanto, mi presencia era ya inútil.

Levantéme con impetuosidad, disimulando mi alegría bajo un aire de indiferencia, y dije al señor Lloyd que deseaba ver su madera.

Jones y su mujer se levantaron, diciendo que iban a buscar un medio de transporte para llevar el equipaje hasta el pueblo de Hythe.

—Marqué aceleradamente algunos trozos de madera, prometiendo a Lloyd mandar por ellos al día siguiente, y me escapé de la casa como un loco. Parecía que me habían quitado del pecho un peso de cien libras.

—¡Gracias, santa Providencia!—exclamé.—¡Gracias por vuestro socorro! ¡Gracias por haberme evitado el cruel sufrimiento de arrestar al jefe de esa pobre familia! ¡Ah! El se

for Smith juzga bien a Ovven diciendo que no sabía negar a favor, aunque este favor debiese costarle la vida; pues si los cofres, llenos de objetos robados en la casa de Brook-street, hubiesen sido cogidos en la morada de Ovven, ¡cuáles hubiesen sido las consecuencias de su involuntaria complicidad.

El superintendente de la policía de Londres había tenido cuidado de hacer firmar el auto de prisión, de que yo era portador, por un magistrado del condado de Hampshire, que por casualidad se encontraba en Londres, de suerte que me era extremadamente fácil prender a Jones y a su mujer en el instante de llevarse el equipaje de casa del confiado Ovven Lloyd.

Hechos mis preparativos, tomé el camino del mesón en donde me había detenido por la mañana, y con grande asombro, vi en la puerta un coche del cual bajaron William Lloyd el señor Smith y su hijo Arturo.

Corrí al encuentro de los recién llegados y los conduje, sin querer contestar a sus apremiantes preguntas, a un aposento particular del mesón. La agitación de William y la de Arturo era extrema. Respecto al señor Smith, estaba impenetrable y perfectamente tranquilo.

Pronto supe que ayudado Arturo por su madre, había penetrado las intenciones del señor Smith, y que luego, después de mi partida para Hampshire, habiéndome hecho seguir, había obtenido una entrevista del señor William Lloyd.

Más tarde, por la noche, ocurrió una larga discusión entre padre e hijo. Este último, fuertemente apoyado por la señora Smith, obtuvo de su padre que al día siguiente acompañasen los dos al señor William a

Betulieu, y que obrarian según las circunstancias.

Pronto hube hecho la narración de lo que había pasado en casa de Ovven; naturalmente, esta narración fué acogida por el hermano y por el amante con transportes de alegría.

El señor Smith perdió algo de su primer ceño, y se sonrió de la vivacidad con que el joven me dirigía expresivas gracias; pero yo creo que el astuto negociante sonreía más bien a la fortuna con la cual dotaba el señor William Lloyd a su querida Carolina.

El señor Smith dió orden de servirle la comida. En cuanto a William y a Arturo, tomaron en seguida el camino de la casita blanca del tratante e maderas. Ovven, del pobre y noble caballero, del honrado y valeroso obrero.

Una hora después, me presenté en la puerta de esa venturosa casa, venturosa desde tan corto tiempo! y encontré al tío, al hermano, al amante, a la joven y a la madre en una fiebre de palabras, de lágrimas, de sollozos y de transportes de alegría.

Al cabo de otra hora, emboscado en el camino que Jones había de seguir llevando su botín, ví pasar, dándose la mano y con la sonrisa en los labios, a los dos hermosos jóvenes, seguidos a alguna distancia por el tío William, que contemplaba, sin duda, en esa felicidad presente y en esa felicidad futura, los sueños de sus juveniles años. Pero el tío William no iba solo; su hermano y aquella a quien había amado tanto le acompañaban, radiantes de gozo, cogidos de su brazo.

A la hora prefijado, Eduardo Jones llegó en coche y, ayudado por

La novela completa se vende en esta Administración a 7.50 ejemplar.

un obrero del señor Lloyd, que encontró un pretexto para excusar la ausencia de su amo, hizo cargar en un carro los cofres llenos de la vajilla de plata y de los otros objetos robados.

Seguí el coche durante media hora, y en un momento dado, los oficiales de policía, colocados en acecho a cierta distancia, se precipitaron sobre el convoy.

Toda resistencia fué inútil.

Al día siguiente, Jones y su mujer deploraban su crimen en una cárcel de Londres. Los dos culpables fueron condenados a destierro perpetuo.

El superintendente aprobó mi conducta y me felicitó mucho por este resultado.

Dos meses habían transcurrido desde el día de mi primera entrevista con el señor Smith, cuando una noche, al entrar en mi casa, entregóme mi mujer un regalo de boda y dos tarjetas de visita atadas juntas, con cintas blancas, sobre las cuales estaban grabados, en pequeñas letras, los nombres de Arturo Smith y de su esposa.

Este pequeño recuerdo me fué sumamente agradable. Para mí, tenía eso mil veces más precio que un regalo de gran valor; era la participación de la felicidad, era un lugar en la mea de boda, era, en fin, una muestra de agradecimiento hecha por un amigo a otro amigo.

LOS GEMELOS

Una mañana, presentéme en el gabinete particular del superintendente de policía, para pedirle algunas instrucciones relativas a un asunto que me había encargado en la semana precedente.

—Yo creo, señor Waters—me di-

jo,— que será prudente encargar a uno de vuestros compañeros la continuación de este asunto, y encargáros vos de un descubrimiento que reclama cuidados más atentos y minuciosos. Me es imposible daros exactos detalles de la comisión de que vais a encargáros, pero aquí tenéis el nombre y la dirección de un respetable abogado del Lancashire que, al llegar a Londres, se ha apeado en la fonda Webb's, en Piccadilly. Id a verle, y él os pondrá en conocimiento de los hechos o, mejor decir, de las sospechas que existen, pues los hechos están todavía muy poco claros.

Trasladéme a la fonda Webb's, en donde encontré al señor Repton, el abogado de quien me había hablado el superintendente, con los guantes en la mano y el sombrero puesto, en una palabra, a punto de salir.

A mi entrada, el señor Repton, anciano, de elevada estatura, aspecto franco y distinguidas maneras, volvió la cabeza con aire de sorpresa, y me preguntó, por fin, a qué causa debía atribuir el honor de mi visita.

Por toda respuesta, puse en sus manos una carta de recomendación, o mejor, de introducción, que me había dado el superintendente.

Después de leerla muy rápidamente, díjome el señor Repton con tono benévolo:

—Un asunto de la mayor importancia me obliga a aplazar para mañana a primera hora la relación del acontecimiento que reclama mi presencia en Londres; hacédme el obsequio de venir mañana a almorzar conmigo y conversaremos tranquilamente, pues lo que

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

tengo que decirlos necesita ser escuchado con mucha atención. Pero me ocurre una idea: acompañadme al teatro de Covent-Garden, y estoy casi seguro de que allí veremos a una de las personas que os interesa conocer, aquella con la cual tendréis más directas relaciones. Os advierto que yo no podré permanecer en el teatro durante la representación, pero mi compañía de nada podría servirlos; basta que vues tras miradas encuentren y examinen la persona con cuya vista deberéis familiarizaros.

Acepté, y el coche que esperaba en la puerta de la fonda nos condujo en seguida al teatro de Covent-Garden.

—Mirad—me dijo el señor Repton, dirigiendo mi atención hácia uno de los primeros palcos del lado derecho del teatro—, mirad con cuidado las personas que ocupan ese palco. Ahora, adiós y hasta mañana. Es necesario que yo me vaya.

El señor Repton salió de la sala, y yo hice lo mismo dos horas después.

El palco, que más que el espectáculo había ocupado mi atención, era cerrado un grupo compuesto de un hombre de menos de treinta años, de una mujer muy distinguida, más joven que su compañero, y de tres niños, de los cuales el mayor tendría siete u ocho años.

Al día siguiente por la mañana me presenté en casa del señor Repton, almorzamos en su aposento, y tan pronto como se hubieron levantado los manteles, nos ocupamos del asunto que había motivado nuestra reunión.

—Pienso—me dijo el señor Rep-

ton—que habeis examinado atentamente a sir Carlos Malvern.

—He estudiado perfectamente la fisonomía, el aire y las maneras de la persona que me habeis enseñado ayer, y he examinado, por lo tanto, muy bien a sir Carlos Malvern, y esta persona es sir Carlos Malvern.

—Sí, él es, o al menos... pero no hablemos de eso ahora. Dejémoslos decirlos primeramente, que en otro tiempo sir Carlos Malvern era un jugador; un jugador desgraciado, el cual se encontraba en una posición cercana a la miseria. Ahora, sir Carlos Malvern posee una mujer encantadora, hijos que demuestra querer, una propiedad sin hipoteca que le produce doce mil libras estas líneas de renta, y desde que se encuentra en posesión de esa bonita fortuna se porta como un caballero y no toca las cartas. Ya estáis enterado de un hecho, señor Water; ahora decidme, ¿no habeis encontrado nada notable, extraordinario, en la fisonomía de sir Carlos?

—He notado que su espíritu estaba anonadado por una profunda tristeza, por un pesar constante; si me atreviese, añadiría hasta por un remordimiento. Las maneras de sir Carlos son distraídas; no se da cuenta ni de sus movimientos ni de la dirección de sus miradas.

Era fácil ver que no prestaba atención ninguna a lo que pasaba en la escena; varias veces su esposa y sus hijos le han dirigido la palabra y él solo ha contestado a las observaciones de la una y a las preguntas de los otros con palabras breves, dichas con tono de impaciencia; además el ruido de una puerta abierta con estrépito, un grito, hacían correr un estremecimiento

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

por todo su cuerpo. En fin, a cada ruido inesperado le he visto estremecerse.

—Le habeis examinado perfectamente a lo que veo, y no sois el único a quien han llamado la atención los movimientos nerviosos de sir Carlos Malvern, sus modales febriles e inquietos, tanto más, cuanto son nuevos, no producidos por ninguna enfermedad, ni por un defecto de organización, y que solamente se han manifestado en el exterior de Sir Carlos Malver desde el día en que, a consecuencia de un funesto acontecimiento, se ha encontrado propietario del castillo de Redwood. Pero a fin de aclarar todo lo posible la posición de nuestros diversos personajes, es preciso que os cuente lo que ha pasado. Su Tomás Redwood, cuya propiedad, en Lancashire, está situada en las cercanías de Liverpool, ha muerto, así como también su único hijo, sir Archibaldo Redwood, de una manera tan terrible como inesperada. Una mañana, el padre y el hijo se ocupaban en adiestrar un magnífico jaco que sir Tomás había comprado hacia algunos días, y cuando, después de no pocos esfuerzos y trabajos, hubieron unido al animal recalcitrante a un ligero tilburi, partieron seguidos de dos «grooms» a caballo, dispuestos a socorrer a sus amos si el fogoso caballo se alborotaba. Todo iba bastante bien, hasta que llegaron los dos caballeros delante de la casa del señor Meredith, rico baronet, que tiene la maldita costumbre de celebrar las fiestas, los natalicios y los aniversarios que le parecen dignos de este honor, disparando cañonazos. Aquel día, en que sir Tomás y su

hijo pasaban por delante de la casa un rayo de luz atravesó los ojos del jaco y este rayo de luz fué seguido de una ruidosa explosión. Asustado el animal mordió el freno y se lanzó al camino con espantosa vivacidad. El camino era estrecho y sinuoso, y el animal al llegar a una vuelta hizo chocar la rueda derecha del carruaje contra una piedra. La violencia del choque arrojó a los dos caballeros al camino y rompió el coche, hiriendo al jaco de tal modo, que murió al día siguiente. Los «grooms», que seguían de lejos la carrera del furioso animal, no pudieron socorrer a sus amos. Llegados al sitio del desastre, encontraron al señor Archibaldo muerto, con la espina dorsal rota cerca de la nuca, y la cabeza replegada, por decirlo así, debajo del cuerpo. Sir Tomás respiraba aún y fué transportado a la casa señorial de Redwood. Médicos y cirujanos llegaron al castillo a toda prisa, pero las heridas eran tan graves, que el buen anciano murió a las pocas horas de haber entrado en su casa. Por orden de sir Tomás, se me había enviado a buscar antes que a los médicos. Cuando entré en el aposento el moribundo tenía todavía fuerzas para hablar. Me comunicó su voluntad, rogándome que la hiciese cumplir después de su muerte. Ya sabía que sir Archibaldo hacía pocos días que había regresado a la casa paterna; pero lo que ignoraba era que se había casado clandestinamente con una pobre joven, perteneciente a una familia muy honrada del condado. El joven volvió al castillo con la intención de confesarlo todo, y con la esperanza de alcanzar el perdón. Su joven esposa estaba

punto de tener un heredero, y es peraba obtener para ella la entrada en la casa señorial de Redvood. Después del primer rapto de cólera sir Tomás que era el hombre más bondadoso del mundo, excusó la ligereza de su hijo, aunque esta ligereza destruía un proyecto formado desde hace mucho tiempo y que tenía por objeto unir a Archibaldo con la heredera de un rico baronet cuya propiedad estaba cerca de la de sir Tomás.

—Ahora, señor Waters, escuche bien esto—añadió al señor Repton.

—La esposa de Archibaldo Redvood, viuda en la actualidad, esperaba en Chester la vuelta de su marido, que había ido, como he dicho, a la casa paterna para abrir las puertas a su esposa. Archibaldo dudaba tan poco de la bondad de su padre, que había prometido a la señora Redvood ir por ella al día siguiente. Antes de morir sir Tomás le recomendó muchas veces que dijese a la esposa de su hijo que hubiera tenido suma placer en estrecharla entre sus brazos, si el cielo le hubiese concedido esta felicidad, y que moría esperando ver desde el cielo renacer en su nieto la raza de los Redvood.

—Importa que sepais—continuó el abogado,—que la propiedad de Redvood, sólo puede transmitirse a los herederos varones, y que por consiguiente, si el señor Archibaldo no tenía hijos, pasaban todos los bienes de la familia a manos de Carlos Malvern, primo de sir Tomás Redvood. Por lo demás, sir Tomás estaba mucho a sir Carlos y le había dado repetidas pruebas de este afecto socorriéndole mucho cuando jugador y disipador, se encontraba

con dificultades pecuniarias. Por orden de sir Tomás y lo más pronto posible, hizo un corto testamento en el cual había un corto codicilo que instituía a sir Carlos Malvern heredero de una suma de veinte mil libras esterlinas. Como debéis pensar, la extremada debilidad del moribundo necesitaba una gran celeridad en la ejecución de sus órdenes. Tan pronto como hubo concluido de escribir puse la pluma en la insensible mano de sir Tomás. Los ojos del baronet me lanzaron una mirada dolorosa, sus dedos apretaron la pluma debilmente, pero no tuvo fuerzas para trazar sino un signo confuso. Una hora después de la muerte de sir Tomás, presentóse sir Carlos Malvern en la casa señorial; a través del velo de melancolía extendido en sus acciones, veíase perfectamente que la alegría del heredero, la alegría de la riqueza, del esplendor, y de una elevada posición social, hacía palpar su corazón. Esta ambición, que iba a recibir tan cruel desengaño, me causaba compasión. Sin embargo puse en conocimiento de sir Carlos la verdadera situación de los cosas. El golpe fué terrible para el orgulloso joven, y pasó una hora en una postración de espíritu que no le permitía considerar su posición bajo su verdadero aspecto. No obstante, poco antes de anochecer, sir Carlos pareció someterse sin gran pesar a la voluntad del difunto, y se ofreció a desempeñar con la viuda, su parienta, el triste deber de comunicarle las fatales noticias. Algunos días después recibí una carta de sir Carlos en la que decía que lady Redvood, a pesar de haber partido antes de tiempo, había dado a luz una niña,

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

y que la madre y la hija seguían tan bien como se podía desear... Conveníais conmigo, señor Waters, que era difícil dudar de la veracidad de esta carta.

—Naturalmente, pues era muy fácil cerciorarse de la verdad.

—Esta era también mi opinión. El nacimiento de esta niña constituía a sir Carlos Malvern propietario de todas las tierras de Redvood, con la obligación empero, de pagar a la viuda una renta vitalicia de mil libras esterlinas. Sir Carlos se instaló pues en la casa señorial con su esposa y sus hijos, dándome a entender que la y Redvood tenía intención, tan pronto como el restablecimiento de sus fuerzas se lo permitiese, de trasladarse a casa de su madre, la señora Ashton. Dos meses después de la muerte de sir Tomás pasé a casa de lady Redvood, a fin de ponerme de acuerdo con ella para el arreglo de algunos asuntos relativos a sus bienes personales. Durante esta visita, nació en mi espíritu una sospecha terrible, señor Waters.

—¡En nombre del cielo!—exclamé interrumpiéndole, pues no podía dominar mi impaciencia.—¿Qué pasó, pues?

—Lady Redvood—respondió el señor Repton con tono tranquilo, estaba persuadida de haber dado a luz dos gemelos.

—¡Dios mío! Y sospecháis...

—No sabemos qué sospechar: pero si la creencia de lady Redvood, es fundada, la criatura que falta podía ser un varón.

—¿Existe alguna prueba que pueda justificar esta sospecha?

—Sí, el médico y su mujer llama dos Williams, que cuidaron a lady

Redvood durante su doble parto, han dejado a Chester, y su partida no tiene ningún motivo plausible, pues tenían una numerosa clientela, y además, he sabido hace algunos días que Williams había sido visto en Birmingham elegantísimamente vestido y según todas las apariencias, viviendo en la ociosidad. Ahora—prosiguió el señor Repton.—dejo a vuestra sagacidad, más profunda que la mía, el encontrar los medios para conocer la verdad.

—Creo—contesté—que lo más urgente es profundizar el género de vida que lleva Williams en Birmingham. ¿Sin duda tenéis las señas de los dos esposos?

—Sí—respondió el señor Repton—además, tengo ahí, en mi cartera las señas de la niña de lady Redvood, pues creo que ordinariamente los gemelos se parecen mucho. He aquí las señas: «Cabellos rubios, ojos azules, un hoyuelo en la barba...». Lady Redvood, que es sin disputa la criatura más encantadora que pueda verse, no tiene sino un deseo, el de encontrar a su hijo. Pero si nuestras sospechas son fundadas, señor Waters, tenemos otras pesquisas que practicar.

Despedíme del señor Repton, prometiéndole estar al siguiente en Birmingham.

Después de algunos días de fastidio, empleados en buscar descubrí que los esposos Williams vivían en una linda casa situada a dos millas de Birmingham, en el camino de Wolverhampton. La familia Williams había adoptado el nombre de Burridge, supe por su niñera que iba diariamente a buscar cerveza a una taberna del vecindario en donde yo me había instalado, que la señora Williams o

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Burrige, tenía una criatura de algunos meses, que ni ella ni su marido parecían amar mucho; esta criatura era un niño.

A fuerza de perseverancia, logré enterarme del método de vida que llevaba el susodicho Burrige. Pasaba regularmente las veladas en una taberna; pero a despecho de todos mis trabajos y esfuerzos, después de tres semanas de constante asiduidad, solo pude saber una noticia en apariencia insignificante. Esta era que Williams, tenía intención tan pronto como recibiese la visita de un pariente rico e influyente, de partir para América o, en todo caso, de pasar al extranjero. Aparenté no dar ninguna importancia a la preciosa noticia, pero tuve la prudente atención de no perder de vista de día ni de noche a Williams.

Mi perseverancia quedó recompensada. Una mañana vi llegar a la taberna al doctor, vestido más elegantemente que de ordinario. Después de beber un vaso de cerveza, dirigióse hácia el andén del camino de hierro, y allí a la llegada de cada tren, púsose a examinar con mucha viva e inquieta, todos los viajeros que bajaban de los coches de primera clase.

Por fin, un caballero, que reconocí en seguida por sir Carlos Mervin, a pesar del tapabocas y del pesado traje en que iba envuelto, llegó en el tren de Londres. Williams corrió a su encuentro; tomaron un coche y sir Carlos subió a él con Williams.

Yo seguí al coche hasta la puerta de la fonda, en Nevv street. Preguntábame cuál sería la causa de la llegada de sir Carlos, cuando Williams salió de la fonda y tomó la

dirección de su casa. Entonces me reuní con él.

—No puedo aceptar vuestro ofrecimiento para mañana—me dijo con testarudo a la proposición que yo le hacía para almorzar conmigo al día siguiente—, porque mañana me voy a una mujer y yo tenemos un asunto muy importante de que tratar con el príncipe que esperábamos, e indudablemente, en cuanto quede verificado de este asunto partiremos para el extranjero.

Una hora después de esta conversación, el jefe de policía de Birmingham, y yo nos hallábamos ocultos en el gabinete, con el dueño de la fonda de Nevv street. Este era un hombre sumamente respetable y muy benévolo, que nos prometió ponerse enteramente a nuestras órdenes. Nos dijo que sir Carlos se había reservado un aposento particular a fin de poder ocuparse con tranquilidad de un asunto que tenía que arreglar al día siguiente con algunas personas.

Tracé rápidamente un plan de conducta y nos separamos.

Al día siguiente, a las once, me dirigí con mi colega a la fonda de Nevv street.

El aposento que sir Carlos se había reservado, transformado en un salón, había sido antes un cuarto dormitorio, y tenía a cada lado de la chimenea un armario, para guardar ropa. No sin trabajo, nos escondimos en esos armarios y nuestro huésped, bajó, después de anunciar la llegada de sir Carlos, al cual acompañaban los esposos Williams.

Es inútil reproducir aquí la conversación de estos tres personajes, de la que resultó que mediante una

La novela completa se vende en esta Administración a T. 50 ejemplar.

crecida suma de dinero, sir Carlos había persuadido al comadrón y a su mujer que ocultasen el nacimiento de un niño que lady Redwood había dado a luz. Este niño, como yo sospechaba no era otro, que el muchacho educado por la señora Williams.

Para hacer justicia al baronet, debo decir que dió serias órdenes para que se velase por la salud del niño.

Los esposos Williams querían que el compromiso hecho por sir Carlos, de pagar una suma anual, fuese escrito por su propia mano. Sir Malvern se opuso con toda la fuerza de sus razonamientos, pero viéndose precisado por fin, a ceder a esta demanda, hizo comprender a los dos esposos Williams, que, si no trataban al niño como a su propio hijo, no les daría ni siquiera un chelín, teniendo intención.—añadió—de adoptarle a un tiempo dado y dejarle una considerable fortuna.

Un silencio de algunos minutos siguió a estas palabras y este silencio fué interrumpido por el ruido que hacia la pluma sobre el papel.

Transcurrió cerca de media hora.

—Creo que esto os satisfará—dijo sir Carlos leyendo lo que había escrito.

Los esposos Williams contestaron que estaban conformes.

Mientras continuaban su conversación, di pausadamente vuelta a la llave, y abrí sin ruido la puerta del armario. La amable compañía me daba la espalda, y como la tupida alfombra que cubría el pavimento ahogaba completamente el ruido

de mis pasos, me adelanté en el aposento sin ser visto.

Imposible sería pintar el horror, el asombro, el espanto, que trasióron la lisonjía de estos tres personajes, cuando una mano extraña se apoderó del precioso papel. Una exclamación feroz se escapó de los labios de sir Malvern, que se arrojó de su silla; un grito convulsivo echó de nuevo a la señora Williams en el sillón que ocupaba antes, mientras que su marido dirigía en torno del aposento sus extraviados ojos.

Una sola mirada le bastó a sir Malvern para hacerle comprender el peligro de su posición. Precipitóse sobre mí para arrancarme el papel, pero no pudo conseguirlo.

Dos horas después, nos hallábamos en el camino de Londres acompañados del niño que yo había confiado a la niñera de Williams. El señor Repton no había salido aún de la ciudad y en su impaciencia por conocer el resultado de mis pesquisas, lady Redwood y su madre se le habían reunido hacia algunos días.

Tuve la satisfacción de acompañar al señor Repton, con el niño y su nodriza provisional a la fonda de Osborn, en el Adelphi. La ternura maternal de lady Redwood, se manifestó con tales extremos, que durante los primeros minutos de nuestra entrevista temí por su razón.

Cuando el niño fué colocado en la cuna, al lado de su hermana, sus dos cabezas se confundieron; la semejanza no podía ser más perfecta.

Este asunto no tuvo ninguna consecuencia. Las personas que había

DE UN AGENTE DE POLICIA

«Publicada con autorización de la Casa Editorial B. Bauzá de Barcelona».

arrestado en Birmingham sufrieron algunos días de cárcel, pero luego fueron puestas en libertad, por no haber querido, la parte agraviada, presentar queja contra los criminales.

La señora Ashton y su hija lady Redwood en compañía de sus hijos salieron de Londres al día siguiente, para trasladarse a la casa señorial de Redwood.

Carlos Malvern, abandonó la Inglaterra con su esposa, dejando al heredero legítimo de sir Tomás, todos los derechos otorgados por el testamento del difunto baronet.

Williams y su mujer, no atreviéndose a volver a Chester, partieron para América.

EL INOCENTE

Habíase encargado seguir un asunto extremadamente grave; tratabase de un robo con fractura, seguido de asesinato. El crimen acababa de cometerse en casa del señor Bagshavve, rentista que gozaba de una fortuna considerable.

Esta casa estaba situada a algunas millas de Kendal, en el condado de Westmoreland.

Las noticias llegadas a las oficinas de la policía de Londres, y enviadas por los magistrados locales, estaban concebidas en estos términos:

«El señor Bagshavve, que hacía algún tiempo se encontraba en Leamington, en el condado de Warwick con toda su servidumbre, escribió a Sarah King joven a la que había dejado confiado el cuidado de su casa de campo, para anunciarle su próximo regreso. Encargábale, en su carta, que le tuviese caliente un

apuesto particular que le designaba, y que hiciese ciertos preparativos domésticos para recibir a su sobrino Roberto Bristovve, el cual llegaba de las Indias y debía permanecer algunos días en Londres para ir después a la casa de campo de Five-Oaks.

Sarah King había comunicado a ciertos abastecedores de Kendal que proveían la casa, la llegada de este sobrino, la misma mañana que recibió la carta, que fué la que precedió al robo y asesinato. En virtud de esta advertencia, los abastecedores habían enviado a Five-Oaks, ciertos muebles para celebrar la llegada del sobrino.

El muchacho que trajo el pescado afirmaba haber visto a un joven forastero en una de las salas del piso bajo, a través de la entreabierta puerta.

Al día siguiente, las ventanas de Five-Oaks habían permanecido cerradas hasta el medio día, lo cual causó algunas inquietudes, tanto más serias, cuanto que, siendo Sarah King sumamente activa, a las seis de la mañana estaban siempre abiertas. El comisario de policía avisado por la voz pública, mando por un cerrajero, hizo abrir la puerta, y se descubrieron los hechos siguientes:

Las puertas habían sido forzadas por la parte interior y no por la exterior. El hecho pudo comprobarse por el estado de las cerraduras y cerrojos.

El cadáver de Sarah King estaba tendido en el suelo, con la cabeza en el último peldaño de la escalera, parecía muerta hacía cerca de doce horas, y estaba completamen-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

a fría. Llevaba tan solo la camisa, una chambra y las medias.

Tenía una palmatoria fuertemente apretada en su diestra; era evidente, que, habiéndole despertado algún ruido que subía del piso bajo, saltó de la cama, bajó para enterarse de la causa de él, y los ladrones, sorprendidos en flagrante delito la habían asesinado. Avisado de la catástrofe el señor Bagshavve, llegó al día siguiente; entonces se supo que la mayor parte de los objetos de plata, como también una suma de cuatro mil libras esterlinas, en oro, y en billetes de banco, producto de rentas sobre el Estado vendidas por él hacia cerca de un mes, habían desaparecido.

La única persona que, con su esposa vivía con él, y sabía la existencia de esta suma en la casa de campo, era su sobrino, Roberto Bristovve, el cual había escrito a Hummums Hotel, Londres. En esta carta, ponía en conocimiento de su sobrino, que la suma en cuestión, destinada a la compra de la tierra de Ryland, estaba depositada en Five Oaks. Sin embargo, decíale en esta misma carta, que no se decidiría por esta adquisición, sino en el caso de que el parecer de Roberto Bristovve estuviese conforme con el suyo sobre este punto. Por otra parte, Roberto Bristovve no se había encontrado al día siguiente en Five Oaks ignorándose qué había sido de él; circunstancias que hacían sospechar si ese sobrino era el ladrón de las joyas, del oro, de los billetes de banco y del asesino de la pobre Sarah King. Lo que más le acusaba, es que se había encontrado un fragmento de la carta escrita por su tío, en uno de los cuar-

tos excusados y que en este fragmento se encontraba precisamente la dirección de Roberto Bristovve.

Como a pesar de todas las pesquisas había sido imposible encontrarle o adquirir noticias de él en todo el vecindario de Kendal, se llegó a pensar que se había vuelto a Londres con el botín. El muchacho del pescadero había dado las señas exactas y la descripción completa del traje de aquella persona que había entrevisto detrás de la puerta.

Tales eran las noticias que se me habían dado.

Olvidé decir que se había detenido a un cierto Josiah Barnes. Su intimidad con la desventurada Sarah King le había hecho sospechoso a los ojos de los magistrados. Este hombre tenía una fisonomía inteligente, que expresaba la astucia y la malicia. Algunos días antes del asesinato, fué despedido por Sarah King, que se había quejado a sus amigas, de sus costumbres perezosas y de su afición pronunciada al vino; lo que le impedía llevar a cabo los proyectos que había formado de casarse con él.

Estos cargos parecieron suficientes para proceder al arresto de Josiah Barnes. Pero este probó la coartada en el mismo instante, tan clara y positiva que solo permaneció ocho horas en la cárcel.

Había más; furioso por el asesinato de una mujer que amaba verdaderamente, se había puesto a disposición de la policía, ofreciendo emplear toda su destreza y perspicacia en descubrir a los asesinos. Este hombre se ganaba la vida en las fiestas públicas tocando el violín, cantando, bailando sobre la ma-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

roma y haciendo el ventrilocuo con una rara perfección.

Gracias a sus habilidades, a las cuales añadía el oficio de carpintero, que ejercía con maravillosa destreza, durante los cortos momentos en los cuales le gustaba trabajar. Barnes hubiera podido vivir decentemente; pero era un despilfarrador, por lo que le había rechazado Sarah King, joven arreglada y que, por todo lo del mundo, no hubiera querido confiar la dicha de su vida a un vagabundo y disipador.

Al mismo tiempo que me daba la comisión de perseguir al asesino, se ponía a mi disposición a Josiah Barnes. Como este conocía a Roberto Bristovve, podía serme útil. Salí del palacio de policía con él y me dirigí en su compañía a la fonda Hummums de Londres, que era en donde se había hospedado Roberto.

Se contestó a mis preguntas que el señor Roberto Bristovve, había dejado la fonda hacia cuatro días e ignoraban qué se había hecho de él. El huésped añadió, que hasta había olvidado llevarse su equipaje.

—¿Qué traje llevaba el joven en día de su desaparición?—pregunté.

—Su traje habitual,—me contestó el huésped—es decir una gorra con galon de oro, un sobretodo militar azul, un pantalón ligero y botas a lo Souvarovv.

Era exactamente el traje indicado por el muchacho del pescadero.

Dirigíme en seguida al Banco con Barnes; conveníame saber si se habían presentado para cobrar su valor, algunos billetes robados, para lo cual, presenté una lista de los

numeros de los mismos, que el señor Bagshavve me había proporcionado.

Se me contestó que esos billetes habían sido cambiados todos la víspera, por un caballero vestido con una especie de uniforme y que llevaba una gorra con galón de oro.

El nombre con el cual se había firmado estos billetes, era el del subteniente James, Marly street, Cavendish square. Esta dirección era falsa. Para tranquilizar mi conciencia, me dirigí al punto indicado y no encontré a nadie que conociese al señor James.

Volvíme al Banco para hacer nuevas preguntas.

El cajero no había observado el semblante del joven pero se había fijado particularmente la atención en su traje.

Lo confieso, me volví a Scotland Yard avergonzado, por no haber podido adelantar nada en el asunto. Decidíose pues que se harían circular avisos con las señas de Roberto Bristovve prometiendo una recompensa al que lo entregase a la justicia.

Apenas se habían dado las ordenes cuando, al volverme vi un joven en el que me fué imposible conocer a Roberto Bristovve. Entró tranquilamente a las oficinas de policía con el aspecto de un hombre que ninguna idea tiene del peligro que corre.

Tuve tiempo apenas para encarregar al inspector que no manifiesta sé ninguna sospecha y me lancé con Josiah Barnes a un corredor, en el momento en que el joven entraba en la sala.

El señor Bristovve venía a prestar declaración. Contó muy confusamente

La novela completa se vende en es la Administración, a 1.50 ejemplar.

le que hacia cuatro dias que le habian robado, no pudiendo decir en qué sitio ni quién habia cometido el robo. Al dia siguiente se paseó por los barrios más miserables de Londres, con un hombre que dijo pertenecer a la policia y que luego sospeché que seria compañero de los ladrones.

Idiéronle detalles sobre este hombre, pero el traje y las señas correspondian a tantas personas que fué imposible basar ninguna certeza sobre semejante declaración.

El Inspector escuchó tranquilamente la declaración y la hizo firmar; pero considerandola, por lo visto como una burla, le dijo que la policia por su parte instruiria el proceso y le despidió.

Apenas hubo salido de Scotland-Yard, por la calle que daba a Strand cuando parti en su seguimiento.

El señor Bristovve se adelantó a pasos lentos sin detenerse hasta que llegó a Sarce's Head Snovv Hill en donde, con sorpresa mía, se hizo inscribir para Westmoreland.

Partia en la diligencia de la noche.

Después de recibir su billete, entró en el café contiguo al despacho de diligencias, sentóse y se mandó servir media botella de jerez y bizcochos.

Quedaba, pues, algún tiempo a mi disposición, y resolví aprovecharlo para dar una vuelta por la calle y reflexionar sobre el plan más prudente que podría adoptarse. cuando vi de repente tres mozos de desvergonzado rostro, ostentando un falso lujo, en el cual creí reconocer los aires de tres caballeros de industria.

Entraron en el mismo despacho

donde habia entrado el señor Bristovve. El instinto me dijo que tenia que ocuparme de aquellos tres perillanes. Acerquéme a la puerta que habia dejado entreabierta y oí a uno de ellos que preguntaba al encargado del despacho si habia asientos vacantes en la diligencia de la noche para Westmoreland.

Esta voz resonó en mi oído con un timbre particular, pareciéndome que no me era enteramente desconocida.

¿A qué diablos podia ir a aquel país de brezos y zanahorias un destacamento de filibusterias petroleras?

Luego la voz que yo creia conocer hizo esta pregunta a la persona que estaba en el mostrador:

—Decidme caballero, el sujeto que hace un momento ha entrado aquí, y que llevaba una gorra galoneada de oro, ¿ha de ser nuestro compañero de viaje?

—S, señor—respondió el encargado del despacho—, se ha hecho inscribir. Si le buscais creo que está ahí, en el café del lado.

—Gracias—respondió la misma voz—Buenos dias caballero.

Sólo tuve tiempo de retirarme a uno de los pasillos que daban al vasto despacho. Los tres tunos, callieron, pasaron junto a mi, sin verme o si me vieron, no me juzgaron digno de su atención.

Desde que les vi, nacieron vagas sospechas en mi espíritu, parecían dome que esos tres personajes debían de uno u otro modo estar involucrados en la aventura del joven de la gorra galoneada y con el asesinato de Kendal.

Eso era tanto más probable cuanto, al repasar mis recuerdos,

había logrado reconocer la voz. Esta era la de un joven comprometido en cierto asunto; pero con el cual, atendida su juventud, la justicia se había mostrado sumamente misericordiosa.

Como he dicho ya, había algo que me empujaba a seguir las huellas de mis tres elegantes y resolví seguir las.

En consecuencia, entré en el despacho y tomé dos asientos en nombre de James Jenkins y Josiah Barnes, amigos y compatriotas míos que se volvían al Norte.

Luego entré en el café. El señor Bristovve estaba todavía allí y parecía muy atareado. Yo escribí un billete y lo di al mandadero para que lo llevase a su destino. Desde entonces me entregué a la fisonomía de aquel a quien las apariencias me denunciaban como un ladrón y un asesino.

El señor Bristovve era un joven pálido, de rostro inteligente y agradable. Parecía tener veinte y cuatro o veinte y cinco años. Su talle era esbelto, y su figura, dulce y franca alejaba de su persona toda idea de crimen. Cuanto más le examinaba, menos le creía culpable.

Yo sabía que mi deber tenía por objeto tanto descubrir la inocencia, como perseguir al crimen, y resolví si era posible, asegurarme de la inocencia del señor Bristovve, y sacarle de la posición más que grave en la cual se encontraba sin que pareciese conocerlo.

Sali, en consecuencia del café; permanecí fuera durante algunos minutos; luego entrando bruscamente y con una especie de estrépito, dirigíme con paso rápido a la mesa

en donde estaba sentado y apretándole vigorosamente el brazo:

—¡Ah! exclamé.—¡Por fin cogí!

El señor Bristovve levantó la cabeza, pero sin estremecerse ni dar ninguna muestra de temor; su semblante expresó tan sólo asombro, mezclado de un poco de irritación.

—¡Eh, caballero— preguntó.— Os ruego que me expliquéis que significa eso. ¿Puedo servir en algo?

—Perdonad— repliqué—, el mozo de la fonda me dijo que uno de mis amigos, llamado Bagshavve se halla aquí, y os he tomado por ese amigo.

—No hay ningún mal en eso, caballero— me respondió cortésmente— y cosa bastante extraña, aun que mi nombre sea Bristovve, tengo en el campo un tío que lleva el que acabáis de mentar.

Manifesté de nuevo el sentimiento que experimentaba por haberle tratado con tanta familiaridad, y me retiré persuadido de que un hombre que podía soportar tan tranquilamente la prueba a que acababa de someterle, no era culpable.

En este momento volvió el mandadero con la respuesta de mi carta. La persona que yo había enviado a buscar me esperaba a la puerta. Esta persona era un agente, al cual recomendé que no perdiese de vista al señor Bristovve hasta el momento en que, por la noche, subiese a la diligencia del Westmoreland.

Tranquilo sobre este punto, volví a mi casa para hacer por mi parte los preparativos de viaje.

Transformado, con ayuda de una peluca rubia, de un sombrero de anchas alas, de unos anteojos verdes y de chalecos y tanabocas, en

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

un personaje obeso y ya entrado en años, me dirigi al despacho de diligencias en compañía de Josiah Barnes, a quién había dado anticipadamente algunas instrucciones sobre lo que tenía que decir y su actitud con respecto a nuestros compañeros.

Algunos minutos antes de partir el coche, nos hallábamos en Sarcen's Head.

El señor Bristovve, que tenía el número 1, ocupaba ya su asiento en el interior del coche. Observé que los tres amigos miraban con curiosidad a su alrededor, deseando saber sin duda cuales serian sus compañeros de viaje antes de encerrarse en un espacio tan estrecho y de donde, en un momento crítico era tan difícil escapar.

Habiéndoles tranquilizado completamente mi fisonomía y la de Barnes, que tenía toda la apariencia de un campesino, se metieron en la diligencia con una viveza llena de confianza.

Algunos minutos después la diligencia se puso en movimiento.

En mi vida he visto una sociedad más silenciosa y menos agradable, al principio que lo fué la de nuestro coche. Cada viajero parecía tener sus motivos particulares para encerrarse en sí mismo. Sobrevinieron únicamente uno o dos de esos accidentes en que, durante un viaje largo y penoso, se cambian algunas palabras de cortesia con el vecino. Esos accidentes eran de poca importancia; pero como hasta las minuciosidades tienen su valor a los ojos de un agente de policía, noté entre otras cosas que los tres amigos no iban hasta Kendal sino que se apearse en un meson situado

en la carretera, dos horas antes de llegar a la ciudad.

En el relevo inmediato bajé, haciendo sena a Josiah Barnes de que me siguiese.

—¿Conocéis el mesón en donde esos sujetos tienen intencion de detenerse?—pregunté a Barnes.

—Perfectamente—respondió— está a dos millas de Five-Oaks-House.

—A ver como nos arreglamos; es necesario que uno de los dos se detenga allí.

—Valdria más que me quedase yo que conozco el pais—dijo Barnes.

—Tanto más—repuse yo— cuanto que es indispensable ir hasta Kendal con el señor Bristovve; vos, pues os quedareis para vigilar todos los pasos de nuestros desconocidos.

—Con mucho gusto—respondió Barnes a quien, al parecer nada le arredraba.

—Pero decidme, mi querido Barnes—pregunté bastante inquieto—, ¿qué excusa podreis dar para deteneros en este mesón? Esos sujetos saben que habeis tomado el billete hasta Kendal; las personas de su calaña son generalmente suspicaces, y para servirnos con eficacia en esta circunstancia, es necesario que estéis al abrigo de toda sospecha.

—Quedad tranquilo—re respondió Barnes,—eso corre de mi cuenta.

—;Bien está—contesté— Volvamos a subir.

Hacia algunos minutos que corría de nuevo el carruaje, cuando maese Josiah Barnes sacó de su faltriquera una enorme calabaza y la acercó amorosamente a sus labios. Esos tiernos besos se renovaron al cabo de un cuarto de hora, y al paso que los intervalos se iban acortan-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

do crecían en duración las libaciones. Indudablemente, el licor que contenía la calabaza era un alcohol de los más fuertes, pues nuestro compañero de viaje no tardó en dar señales de estar bebido. Al cabo de una hora, no solamente su palabra sino sus ojos, sus brazos, sus piernas, todo su cuerpo, en fin parecía estar en una completa embriaguez. Parece que Josiah tenía el vino, o mejor dicho el «brandy» malo, pues empezó a volverse tan pendenciero y tan hablador que a cada momento temía que revelase mi secreto y alarmase a nuestros compañeros. Pero, cosa extraña, en medio de su charla incoherente y de sus estúpidas divagaciones, ni siquiera se le escapó una palabra del peligroso asunto. Luego, cuando el coche se detuvo en el indicado mesón, bajó no sé cómo y anduvo haciendo eses desde el estribo del coche hasta la sala de la taberna, y allí echándose sobre un banco y poniendo su cabeza sobre una mesa, juró que por todo el oro de los tres reinos que no se le haría mover una pulgada hasta el día siguiente.

En vano el conductor le hizo observar que había pagado su asiento hasta Kendal; en vano discutió con él sobre su necia terquedad; tanto valiera argumentar con un oso. Cansado el pobre conductor de predicar en desierto, tomó la resolución de dejar a Barnes con sus caprichos de borracho.

Yo, por mi parte, estaba desesperado; ¿cómo podría Barnes en este estado vigilar a tres mozos del temple de nuestros compañeros? Así, acercándome a mi vez y cogiendo el momento en que no había más que nosotros dos en la sala;

—En nombre del cielo, Barnes,—le dije— ¿en qué berengena me metéis con vuestra embriaguez? ¿Qué queréis que haga ahora? Yo no puedo ir a la vez con el señor Bristovve a Kendal y vigilar a estos tres picaros.

Pero Josiah Barnes, sospechando que yo le hablaba así porque estábamos solos levantó vivamente la cabeza echó una mirada en torno suyo y haciendo una cabriola:

—¿Qué tal!—exclamó— ¿No os dije que les burlaría? Solamente que no me había lisonjeado de burlaros a vos también, y mi triunfo ha sido doble.

En este momento se abrió la puerta y con la velocidad del rayo, surgió Barnes en la mas completa embriaguez, y eso con una perfección que jamás he visto igualar en el teatro.

Dejele pues, y perfectamente tranquilo subí de nuevo al carruaje lleno de confianza en mi fingido borracho. El conductor gritó: «All right» y la diligencia partió a escape.

Habiéndose apeado nuestros tres hombres, así como Barnes, nos encontramos al señor Bristovve y yo, ocupando los dos solos, el interior del coche. Como mi disfraz era ya inútil, empecé a quitarme mis vestidos supérfluos, mi peluca rubia, mis anteojos verdes y algunos minutos gracias a un pequeño lío que llevaba en un pañuelo, presenté a los asombrados ojos de mi compañero de viaje al mismo individuo que con tanta familiaridad se le había acercado en el café de Sarance's Head.

—¡Ahí ¡por el cielo!—exclamó el señor Bristovve— ¿No es verdad que me explicareis ahora mismo el motivo de esta metamorfosis. Sois

La novela completa se vende en esta Administración a 7.50 ejemplar.

un excelente mago, caballero; permíteme que os felicite por ello.

—¡Ah! señor Bristovve— le dije— temo que esta explicación no ha de ser de vuestro agrado.

Entonces le expliqué, con todos los miramientos posibles, la terrible situación en que se encontraba. El señor Bristovve permaneció un instante anonadado de asombro, más que de terror, y me aseguró que no había oído hablar una sola palabra de la catástrofe acaecida en casa de su tío.

Y sin embargo a pesar de la confesión que le causó esta noticia y la situación en que se hallaba no se le escapó ni una sola palabra de un movimiento que denunciase en él un culpable.

—No trato de penetrar vuestros secretos, señor Bristovve— le dije después de un largo silencio—; pero debéis comprender que, a menos que las circunstancias que acabo de contaros sean explicadas delante de la justicia, os encontraréis en una posición peligrosísima.

—Teneis razón— me dijo—, y me siento cogido en un lazo inexplicable; pero soy inocente, y no dudo que se presentará un medio para probar mi inocencia.

Después de estas palabras acyó en un mulismo profundo, y no proferimos una sola palabra hasta que la diligencia se detuvo, conforme la orden que yo había dado, delante de la puerta de la cárcel de Kendal.

A la vista de esta sombría puerta, de los hierros de las ventanas y del centinela que se paseaba por delante de la fachada, el señor Bristovve se estremeció y cambió de color; pero, dominando pronto su emoción me dijo tranquilamente:

—No por eso os guardo rencor, ca-

ballero; vos cumplís con vuestro deber, y yo cumpliré con el mío con lándome a la Providencia, que es justa y para la cual no hay nada oculto.

Entramos en la cárcel, en donde, con todo el miramiento posible, se procedió al registro del equipaje y del preso.

Con grande asombro de mi parte, diré casi con terror, encontramos en su bolsa una moneda de oro española, y en los pliegues de su capa una cruz guarnecida de diamantes.

Por las notas enviadas a la policía, yo sabía que el oro era en moneda española, y que la cruz guarnecida de diamantes se encontraba en el número de los objetos que habían desaparecido en el robo de Five-Oaks House.

El preso protestó con vehemencia, declarando que ignoraba completamente como esos dos objetos se encontraban en su poder.

Esas protestas no dieron otro resultado que el de hacer asomar una sonrisa en los labios del anciano carcelero, mientras que yo me quedé mudo y como si me hubiesen puesto una mordaza al ver completamente derruida la teoría de inocencia que había edificado viendo sus maneras cándidas y francas y su inquebrantable firmeza de ánimo.

El carcelero no se limitó a esa sonrisa.

—Estoy cierto— dijo en tono de burla—, que esa moneda de oro y esa cruz de diamantes han entrado la una en vuestro bolsillo y la otra en vuestra maleta durante vuestro sueño.

—¡Ah! ¡Sí, a fe mía!— exclamé yo dándome una palmada en la frente.—No puede ser otra cosa... durante su sueño; no había pensado en ello. El carcelero fijó en mí sus ojos, dilatados por el asombro; pero yo

había salido de la cárcel antes que tuviese tiempo de pedirme la explicación de mis palabras.

Al día siguiente, la sala del tribunal estaba atestada de una multitud compacta. Procedíase al interrogatorio del acusado. Por la posición del preso y por las circunstancias misteriosas que rodeaban el crimen, el proceso excitó un interés inmenso entre todos los habitantes de la ciudad y del contorno.

La actitud del acusado era violenta; pero sin embargo, tranquila y recogida; parecióme también reconocer en sus ojos firmes y atrevidos, el brillo de ese valor y de esa integridad concienzuda que el crimen jamás ha llegado a fingir con éxito.

Después de la declaración de algunos testigos menos importantes, se llamó al muchacho pescadero, y se le preguntó si podría reconocer la persona que había visto en Five-Oaks el día que precedió al del robo.

El muchacho, presumiendo que sólo le podía tratarse del acusado, le miró fijamente, y después de permanecer cerca de un minuto sin despegar los labios, dijo:

—El joven estaba delante de la chimenea cuando le ví y llevaba en la cabeza su gorra de galón de oro; desearía, antes de hablar, ver al acusado con esa misma gorra galoneada.

El señor Bristovve se puso al instante y sin vacilar su gorra en la cabeza, y el muchacho pescadero exclamó:

—¡El es! ¡He ahí el hombre!

El señor Covven, abogado encargado de la defensa del señor Bristovve pidió la palabra, haciendo notar a los jueces que ante todo esta declaración no se refería más que a una gorra galoneada y al conjunto de un traje, pues que el muchacho pescadero confesaba que no había visto el

semblante del individuo, sino solamente su traje.

El presidente tomó en consideración la observación del señor Covven pero decidió que era preciso recibir esta declaración por lo que valía y para corroborar las otras declaraciones.

Por otra parte, varios testigos afirmaron que la difunta Sarah King les había dicho positivamente, en la mañana que había precedida a su muerte, que el sobrino de su amo había llegado.

El señor Bristovve tomó la palabra a su vez e hizo observar que Sarah King no era una antigua criada de su tío, sino que había entrado a su servicio mientras él estaba viajando por la India, y que, por consiguiente, debía serle tan completamente desconocido como lo era ella para él. Nada impedía, pues, que fuese otro el que se hubiera presentado en su nombre, cometiendo a la vez el robo y el asesinato.

El tribunal contestó, por medio de su presidente, que todas esas observaciones se someterían al jurado en su tiempo y lugar, pero que, en el actual estado del procedimiento, no tenía más que una importancia relativa; que esta instrucción preliminar se había extendido para decidir si había lugar o no a la acusación.

El testigo que declaró en seguida era uno de los oficiales de policía que había hecho las primeras indagaciones. El era quien había encontrado en uno de los excusados de Five-Doks el fragmento de carta escrita por el señor Bagskavve a su sobrino.

En consecuencia, el señor Bagshavve fué llamado a comparecer; el tribunal deseaba saber si reconocía ese fragmento de carta como escrita por él.

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

Al oír esta orden de introducción, experimentó el preso una emoción mas viva que la que habia manifestado hasta entonces; levantóse y pidió con insistencia que se les autorizase a su tío y a él la pena de encontrarse por la primera vez en semejantes circunstancias, después de una separación de muchos años.

Pero con un tono de voz, en el que se abría paso un tinte de compasión, el presidente respondió:

—Señor Bistovve, nos es imposible recibir no estando vos presente, ninguna declaración en favor o en contra. Tened, pues, valor. La deposición de vuestro tío se resume a un sí o a un no; será lo mas breve posible, pero es indispensable.

—Impedid al menos, señor Coven—dijo el joven, volviéndose hacia el abogado de su tío, con una agitación que no podía dominar—, impedid que mi hermana acompañe al señor Bagshavve, pues os juro que no podría resistirlo.

Tranquilizóse al acusado, prometiéndole que no se llamaría a su hermana.

En efecto, esa joven habia enfermado de inquietud y de terror.

Abrióse la puerta, y el numeroso concurso esperó con penoso y profundo silencio la llegada del nuevo testigo, que apareció poco después.

Era un anciano de cabellos blancos, que parecía tener al menos setenta años; su talle estaba un poco encorvado por la edad, pero más aun por el dolor; sus ojos estaban fijos en el suelo, y su andar manifestaba el más profundo abatimiento.

—¡Tío mío! ¡Mi pobre querido tío! —exclamó el preso, arrojándose a su encuentro.

El anciano levantó la cabeza, fijó una penetrante mirada en los ojos claros y limpidos del joven, y, sin duda, creyó leer en ellos una completa refutación a las sospechas suscitadas contra el acusado, pues extendió el brazo hacia delante, y para servirnos de la expresión del Evangelio, «acayó sobre el hombro del joven y lloró», exclamando con voz ahogada:

—Perdonad, Roberto, perdonad si alguna vez he dudado de vos. ¡Vuestra hermana no ha dudado nunca ni un instante!

A esto sucedió un profundo silencio, y transcurrieron algunos momentos antes que el portero, a una seña del presidente, tocase el brazo del señor Bagshavve, recordándole en qué sitio y delante de quién se encontraba.

—¡Sí, sí—dijo el anciano enjugándose los ojos a toda prisa, y volviéndose hacia el tribunal,—pero dispensadme, caballeros, es mi sobrino, el hijo de una hermana que yo adoraba—y su mirada imploraba la simpatía de los jueces—; mi sobrino, que ha vivido a mi lado hasta la edad de veinte años, y que se encuentra en los bancos de la justicia, acusado de una acción de que es incapaz! Perdonadme, señores, pero estoy seguro de ello.

—No hay de qué excusaros, señor Bagshavve—dijo el presidente con benevolencia—; pero el deber nos obliga a continuar este malhadado juicio.—Después, dirigiéndose al portero—: Portero—dijo—, entregad al testigo el fragmento de la carta que se encontró en Five-Oaks.

El fragmento de papel fué puesto en manos del anciano presidente,—si eso es un fragmento

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

de la carta que dirigisteis a vuestro sobrino, carta en la cual le participabais las órdenes dadas por vos a Sarah King para recibirle, y le dábais aviso de la suma del dinero que habíais depositado en Five-Oaks para la compra de la tierra de Ryland.

—Sí, caballero—respondió el testigo,—esta es mi letra.

Había llegado su turno.

—Ahora—dijo el escribano dirigiéndose a mí—servios entregar los objetos que tenéis en vuestro poder.

Puse la moneda de oro española y la cruz de diamantes sobre la mesa en donde se acostumbra a poner las pruebas de convicción.

—Haced el favor de mirar esa moneda de oro y esa cruz, señor Bagshavve—dijo el presidente.

El anciano obedeció y miró atentamente esos dos objetos.

—¿Jurais, caballero—continuó el juez—, reconocer esos dos objetos como formando parte del robo de que sois víctima?

El anciano volvió y revolvió la moneda de oro y la cruz entre sus manos; sus brazos temblaron, y su mirada, llena de duda, interrogaba a su sobrino antes de contestar a la pregunta.

—Señor Bagshavve, es indispensable que contestéis sí o no—dijo el escribano.

—¡Oh! Contestad, contestad, tío mío—dijo el joven con dulzura—, decid la verdad sin temor alguno por mí. Con la ayuda de Dios y mi inocencia escaparé al lazo en el cual parece que me hallo cogido infaliblemente.

—¡Que el cielo os bendiga, Roberto—dijo el anciano—, si, que el cielo os bendiga Señores—prosiguió dirigiéndose a los jueces—, la cruz

y la moneda de oro que están encima de esa mesa, forman parte del robo que se ha cometido en mi casa.

Un gemido ahogado, que indicaba la simpatía que se experimentaba por el anciano caballero, salió de todos los pechos al oír esta declaración.

Interpelóseme de nuevo, y declaré de que modo había encontrado los objetos que fijaban en este momento la atención del tribunal.

Terminada mi declaración, los magistrados se consultaron durante algunos minutos; luego el presidente dirigiéndose al acusado:

—Acusado—le dijo—, os anuncio con sentimiento que el tribunal cree poseer bastantes pruebas contra vos para declarar que hay lugar a formación de causa, y para mandaros de nuevo a cárcel mientras se espera vuestra sentencia. Debemos, sin embargo—añadió—, oír cuanto os plazca decirnos en defensa vuestra; pero vuestro abogado os aconsejará tal vez guardar ese informe para otro tribunal; ante este sería inútil.

El señor Conven se adhirió al parecer de los magistrados; pero el preso protestó enérgicamente, no queriendo sancionar con un silencio la acusación hecha contra él.

—Nada tengo que reservar—exclamó con una energía completamente febril—nada que ocultar; no quiero deber la absolución de acusación a un subterfugio judicial; si no puedo salir de esta causa con un nombre puro y sin mancha no deseo salir ennegrecido. He aquí mi defensa o mejor dicho los hechos que voy a someter a la apreciación del tribunal. En la noche del día que recibí la carta de mi tío fui al teatro de

La novela completa se vende en la Administración a 1.50 ejemplar.

Drury Lane, en donde tomé un billete de patio; al salir entre en el café. De regreso a la fonda a eso de la una de la madrugada, a corta diferencia, noté al desnudarme que me habían robado la cartera, que contenía no solamente esa carta de mi tío, la que hay aquí un pedazo sino también una cantidad considerable en billetes de Banco y varios papeles muy importantes para mí; era demasiado tarde para ir aquella misma noche a dar parte a la policía. Tomé pues la resolución de esperar al día siguiente por la mañana; pero al siguiente día, en el momento en que me vestía para ir a presentar mi denuncia vinieron a decirme que había un hombre que deseaba hablarme un instante para un asunto de importancia. Le hice subir y se anunció como un agente de seguridad pública. Dijo que la policía tenía ya conocimiento del robo de que yo había sido víctima; que había sido descubierto por un cómplice con el cual no quiso contar en la partición de mis negocios y que, si quería conservar alguna esperanza de entrar otra vez en posesión de lo que se me había robado debía seguir inmediatamente al agente encargado de proceder a las pesquisas. Salimos juntos de la fonda y después de emplear el día entero en recorrer toda especie de callejuelas, después de visitar mil parajes que me parecieron de los más sospechosos, mi oficioso amigo, a eso de las ocho de la noche, al salir de una casa que me había designado como la de un comisario de policía, me anunció que los ladrones habían salido de Londres para dirigirse al Oeste de Inglaterra, esperando sin duda llegar a alguna ciudad populosa para cambiar sus bi-

lletes en oro antes de que se apercibiese la noticia de su fechoría. Tratabase de seguirles sin perder un instante. Quise volver a la fonda para mudarme de traje, pues el que llevaba era ligero y un viaje de noche requería vestidos más calientes. Pero el pretendido agente de policía no quiso escuchar nada, diciendo que la diligencia de noche iba a ponerse en camino. Sin embargo registrando su equipaje me dió una capa de agente de policía y una gran gorra de viaje forrada, que se ataba debajo de la barba. Llegamos a Bristol en donde perdí dos días con él en inútiles pesquisas. Por fin, mi guía desapareció, y comprendiendo que había sido juguete según toda probabilidad, de uno de mis estafadores, volvíme lo más pronto posible a Londres. Una hora después de mi llegada me trasladé a la policía y puse en conocimiento de las autoridades de Scotland Yard lo que me había sucedido tomando inmediatamente un billete en la diligencia de la noche para Kendal. He ahí lo que tenía que decir.

Por desgracia, toda esta historia, tan poco verosímil en sí misma produjo en los magistrados y en el auditorio un efecto más malo que bueno; tal vez fui yo el único que quedé convencido de que el joven acababa de decir la pura verdad. La historia no era bastante ingeniosa para haber sido compuesta con tiempo.

—En este caso señor Bristove—dijo el escribano,—si consideramos como exacta esta curiosa narración, nada es será más fácil que probar la coartada.

—Esa ha sido mi primera idea,

porque era mi único recurso,—ca ballero —respondió con durezza el acusado,—; pero cuando recuerdo a qué barrios de Londres fui conducido, cuando me he disfrazado con esa garra de piel y esa capa de agente de policía que he tirado lejos de mí lo confieso con un sentimiento de repugnancia, tengo un verdadero temor de que me sea imposible probar mi identidad.

—Esto es tanto menos posible— repuso el escribano con ironía—, cuanto la posesión de esos objetos —e indicaba la moneda española y la cruz de diamantes— necesitaría otra historia igualmente probable, aunque completamente diferente.

El preso hizo con la cabeza y los hombros uno de esos movimientos que indican la imposibilidad de con testar de una manera satisfactoria y contentóse con decir con la misma calma:.

—En efecto caballero, he ahí una circunstancia que no puedo explicar absolutamente.

Aquí terminó el interrogatorio del acusado, y se dió orden de volver a conducir a Roberto Bristovve a la cárcel de Appleby, donde se le inscribió en el libro de entrada como acusado de robo con fractura y asesinato voluntario.

En este momento me deslizaron entre las manos un billete garabateado con la letra de Barnes.

Apenas le hube recorrido cuando dirigiéndome a los magistrados, pedí un plazo hasta el día siguiente, comprometiéndome a presentar un testigo importante, de cuya declaración era preciso asegurarse para el día del proceso.

Esta demanda me fué necesariamente concedida: le sumaria se pro

rogó a los días siguientes y el tribunal se separó.

Al acompañar al señor Bristovve hasta el coche, que estaba a la puerta para conducirlo de nuevo a la cárcel, no pude menos que decirle quedito:

—Tened valor, caballero, y creedme. Desembrollaremos este misterio.

Lanzóme una rápida e interrogadora mirada; luego, sin otra respuesta que un cordial apretón de mano, se metió en el coche.

Yo le miré alejarse; después, cuando hubo desaparecido en el ángulo de la calle, recorde el billete de Barnes y me apresuré a correr a la fonda en donde me daba cita.

Estaba solo en un aposento del cual me había dado el número. Subí rápidamente, abrí la puerta y después cerrandola y asegurandome de que estábamos solos:

—¡Y bien! Barnes—exclamé—, ¿qué habeis descubierto?

—He descubierto que los asesinos de Sarah King están allá abajo, en el mesón en donde me dejasteis.

—¡Bravo! No esperaba menos, según vuestro billete; pero ¿cuales son las pruebas que podeis ofrecer para sostener esta aserción?

—Helas aquí. Confiados en mi embriaguez dejaron escapar de cuando en cuando en mi presencia algunas frases que me convencieron, no solamente de que eran los culpables sino que habian venido para llevarse la vajilla de plata que habíes escondido en un bosque de estos alrededores. Esta noche deben ir por ella.

—¿Y después? ¿Hay algo más? Decid.

—Si, Ya sabéis que soy un buen ventrilucuo, y que me he ganado

La novela completa se vende en la Administración a 7.50 ejemplar.

durante algún tiempo la vida ejerciendo esta industria y la de polichinela. ¡Pues bien, presentóse la ocasión de ejercer mi habilidad! El más joven de los tres picaros, el que estaba sentado cerca del señor Brastovve y que subió al imperial en la noche del segundo día, por que el calor interior le incomodaba...

Yo interrumpí a Barnes.

—¡Ah! ¡Por vida mía!—exclame.

—Lo recuerdo. ¡Cuán imbécil he sido de no acordarme de esta circunstancia! Pero continuad, continuad.

—¡Pues bien! Estábamos solos en la sala, hace cosa de tres horas, como comprenderéis la borrachera me duraba y aún estaba como un cuba. De repente gracias a mi ciencia, el picaro con el cual deseaba hacer un experimento, oyó, sin embargo de hallarse al otro extremo de la sala, la voz de la pobre Sarah King, que gritaba a su oído: «¿Quién está ahí, en el aposento de la plata?» Si hubieseis visto, caballero el estremecimiento de horror que recorrió todo el cuerpo, el salto que me dió el terror que conmovió todo su ser, y de qué modo miraba con ojos extraviados, alrededor del aposento, no hubierais conservado la menor duda sobre los autores del crimen.

—Eso, para entre los dos, mi querido Barnes, prueba que sois un excelente ventrilocuo; pero, creedme, es insuficiente para convencer al tribunal. Sin embargo tal vez podamos sacar partido de esta circunstancia

¡con quien habeis tenido particularmente que habérsela, ¿no es delgado, alto y rubio, de la estatura y poca diferencia del señor Brastovve?

—Sí.

—¡Pues bien, tal vez esas circunstancias nos serán de provecho! Volved inmediatamente a vuestro aposento; por la noche iré a reunirme con voz con mi primer disfraz.

Barnes partió.

Para cumplir con la palabra que le habia dado o más bien, que me habia dado a mi mismo, por la noche, tempranito, entré en el mesón de la carretera, que se llamaba el mesón Talbot, y me senté en la sala común.

Allí estaban nuestros tres truhanes y también Barnes.

Dirigíme derecho al grupo.

—¿Está todavía budo ese hombre —pregunté a uno de ellos, señalando a Barnes.

—¡Ah! ¡Voto a bríos! Sí, desde ayer no ha hecho más que beber, tenderse en una silla y roncar. Después de medio día ha desaparecido para irse a acostar, a la que para mí; pero no me parece que haya aprovechado mucho el sueño.

Yo me encogí de hombros y fui a sentarme en un rincón.

A la primera ocasión que tuvo de hablar con Barnes en particular, le pregunté qué habian hecho nuestros tres compadres.

Uno de ellos se habia ausentado para ir a Kendal y habia vuelto de allí con un carro tirado por un caballo. Los tres iban a partir dentro de una hora, bajo el pretexto de llevar a una ciudad que distaba catorce millas, en donde pensaban pasar la noche.

Formé en seguida mi plan y lo puse en ejecución. Entré en la sala de la cual habia salido para hablar a Barnes. La casualidad nos sirvió a mil maravillas; mi joven al-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

to y rubio, aquel a quien el ventriloquismo de barnes había sobrecitado los nervios, estaba aparte, cerca de la estufa, leyendo un diario.

Ya he dicho que ese hombre era un antiguo conocido y que habíamos tenido algo que arreglar los dos.

Acerquémelo y le dije:

—Señor Dick Staples, tengo que decirles una palabra en el aposento vecino.

Le hablé con mi voz natural, y levanté la peluca para que no le quedase duda de quien era yo.

Reconocióme, en efecto, por uno de los agentes de la elevada jerarquía de la seguridad pública. Quedóse asombrado, absorto, estupefacto, y sus dientes empezaron a dar uno con otro, lleno de terror. Al reconocerme comprendió que todo estaba descubierto.

Los dos compañeros jugaban a los cientos para matar el tiempo y no nos observaban.

—¡Vamos! —continué siempre en voz baja.

No hay un instante que perder señor Staples, si queréis salvar vuestra vida.

—¡Oh! —exclamó— No deseo otra cosa. ¿Qué debo hacer para eso?

—Seguirme y decir la verdad.

El joven obedeció.

Condujéle al aposento del lado. Cerré la puerta, y sacando una pisotola de mi bolsillo, se la apunté al pecho diciéndole:

—Ya veis querido señor Staples, que la comedia ha terminado; sólo que yo estaba en los bastidores y lo he visto todo. En Drury-Lane robasteis la cartera que el señor Bristow llevaba en el bolsillo; en esa cartera encontrasteis la carta de su tío,

y no contento con las seiscientas libras esterlinas que había en la cartera, tuvisteis la idea de apropiaros de los cien mil francos de que se trataba en dicha carta. Entonces vos señor Staples, vos y no otro, vestisteis un traje exactamente igual al del joven; os presentasteis a Sarah King bajo su nombre y con la carta del tío; naturalmente, se os tomó por el sobrino y no tuvieron dificultad alguna en recibiros. Tuvisteis cuidado de dejaros ver con su traje por los abastecedores de la casa; solamente que volvisteis la espalda para que se viera vuestro talle y no vuestro rostro. Luego, cuando llegó la noche asesinasteis a Sarah King y abristeis la puerta a vuestros compañeros.

—¡Oh! ¡no, no! —exclamó con vehemencia.

—¡Oh! No, juro que no la he asesinado yo fué Williams.

—Si, pero vos estábais presente cuando la mataron, lo cual basta para llevaros a la horca.

Staples exhaló un profundo gemido.

—Sois vos también— le dije—, quien ha metido la mano en el bolsillo del joven durante el trayecto de Londres a Kendal, deslizado en él una moneda española; luego subsisteis al imperial de la diligencia con pretexto que hacía calor en el interior y encontrasteis el medio de ocultar en un pliegue de la muleta la crucecita de diamantes.

—Si, eso es verdad— dijo Staples, medio muerto de terror y dejándose caer en una silla. —¿Y ahora que debo hacer —exclamó— ¿Qué debo hacer para salvar mi vida! Decid.

—Primamente, levantáos y escon-

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

chadme, si no sois el verdadero asesino.

—¡No lo soy! ¡Por mi alma, no lo soy!— exclamó Staples.

—Pues bien—repuse—, si no lo sois, probablemente seréis admitido como testigo en el tribunal. (1)

—No pido otra cosa.

—Esperad Staples, y acordaos, sobre todo que no me comprometo a nada y que partimos de esta sola palabra: «Tal vez».

—Lo que hagáis estará bien hecho.

—¡Pues bien! Explicadme el plan concertado por vuestros cómplices para llevarse el botín.

—Dentro de un instante van a subir al carro que han ido a buscar a Kendal; la plata está escondida en el bosque Tallar que hay a la izquierda del camino; yo debo quedarme aquí de atalaya, y si se despiertan sospechas, encender y cacar dos velas a la ventana de nuestro dormitorio. luego en fin, si todo va bien reunirme con ellos a un cuarto de milla del bosque, en la encrucijada.

—Bien está, volver a la sala, yo os sigo. Advertid solamente que no os pierdo de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro.

Staples entró y yo le seguí.

Nuestra ausencia no había sido notada.

(1). En Inglaterra, para facilitar la instrucción de los procesos criminales, se toma uno de los culpables como buen término. Este testigo no queda completamente sin castigo; pero en consideración a los servicios que presta al tribunal, su pena es siempre sensiblemente atenuada.

Diez minutos después los dos asesinos partían con el carro. Barnes, Staples y yo los seguimos a la sordina. Para mayor seguridad Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra que por entonces le empleó al servicio del Estado.

La noche era de las más oscuras, y el ruido que hacían las ruedas del carro sofocaba el de nuestros pasos. El carro se detuvo al fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder momento en tranportar la plata robada.

Por nuestra parte nos acercamos cautelosamente y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite.

—Entra en el carro—dijo uno de los bandidos al otro—y yo te pasaré los objetos.

Su compañero obedeció.

—¡Oh! ¡Qué es eso!—gritó el primero—Creía haberte dicho...

—¡Que estáis preso!—exclamé yo terminando su frase, por él, y sujetándole con violencia.

—Hay—dijo Barnes—que si hacéis un movimiento si os meneáis, lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos.

Su espanto fué tan grande que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatamos al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocado en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche.

Esta noticia se esparció con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Brantova era tal que desde el día si-

guiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad.

pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que viéndome en mí al salvador de su sobrino corrió a mi casa para asegurarse de la verdad de la narración que se le había hecho, y que cierto de que Roberto Bristovve era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza.

En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristovve fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado; se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristovve a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a este, fué deportado a Nueva Holanda.

LA VIUDA

Durante el invierno del año de 1837, mi jefe me envió precipitadamente en persecución de un caballero que, después de hacerse culpable de un abuso de confianza de los más odiosos, había huido a una de las islas de la Mancha, Guernesey.

El acusado, R..., gozaba en la Bolsa de Londres de una reputación honrosísima, y esta estimación pública, aunque poco merecida, había conquistado a R... la confianza de muchas personas, y entre otras, la de un rico baronet, que había llevado esta confianza hasta el abandono momentáneo de una suma de

dinero muy considerable que debía emplearse en la compra de acciones de cañones de hierro.

R... había huido de Londres con la tercera parte de la fortuna de su demasiado confiado amigo.

Fui en posta hasta Weymouth, con el fin de tomar allí la mala, que partía de esta ciudad el sábado por la noche con los «paquebots» de las islas de la Mancha.

Llegué a Guernesey; pero allí mis esquisas fueron inútiles, aunque me auxiliaron las autoridades de la isla. Iba a continuar la persecución extendiéndola hasta Jersey, cuando recibí una carta, cuyo contenido me anunciaba que R..., inconsideradamente acusado de sustracción fraudulenta, había reaparecido en su despacho, había devuelto el dinero, y amenazaba al baronet con uno de esos escandalosos procesos tan comunes en Inglaterra.

Mi misión estaba, pues, terminada. Ya no tenía que pensar más que en mi partida para Londres; desgraciadamente, esta partida tuvo que retardarse por el mal tiempo, viéndome obligado a pasar ocho días mortales en Guernesey.

El fastidio y la impaciencia se habían apoderado de mí, y para combatir eficazmente a esos dos huéspedes importunos, pasaba cada día largas horas en el frío muelle, esperando de un cambio atmosférico o la llegada de un «paquebot.»

Mis constantes visitas al puerto me hicieron pronto fijar la atención en esas personas, que parecían tan deseosas como yo de dejar a Guernesey.

Estas dos personas eran una viuda de treinta años apenas, y un hermoso niño de nueve a diez, de lar-

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

gos y rizados cabellos, pero cuya alegría natural parecía contenida por el profundo dolor impreso en los bellos y pensativos ojos de su madre.

Este hermoso niño tenía casi constantemente aprisionada entre las suyas la mano de la viuda, y su inocente mirada se entristecía visiblemente al contemplar medio sorprendido, medio asustado, la tumultuosa agitación del mar.

El aislamiento de esos dos seres tan débiles me interesó extrañamente. Acaso este interés nacía del vacío de mi propio aislamiento. Lo ignoro, y no procuro buscar la causa real de él, ocupándome tan sólo del objeto que le dió vida.

La joven parecía haber ocupado en otro tiempo una posición más elevada que la que ocupaba en la actualidad. Sus vestidos, modestos y fuera de estación, hacían resaltar visiblemente lo delicado de su semblante, la blancura de sus manos y la extremada distinción de su figura. A la primera mirada que se dirigía sobre su persona, veíase que bastaría un poco de felicidad para devolverle sus primeros colores.

El afectuoso interés que sentía por esa extraña se volvió pronto, pero cambiando de carácter, hacia un hombre robusto, de unos cuarenta años. Este hombre, espléndidamente vestido, llevaba un traje nuevo, flamante y de última moda, botas charoladas, sombrero de fina seda, corbata de raso, de colores cambiantes, cadena, reloj y lentes, en una palabra, todos los atractivos de los dandys excéntricos.

La cara de este personaje—pues su traje, como puede comprenderse, desde el momento en que mi aten-

ción se fijó en él, sólo fué de una importancia secundaria,—la cara de este personaje era de un blanco cadavérico, y este blanco siniestro estaba salpicado aquí y allá de manchas de un rojo violado que declan claramente a qué excesos de intemperancia debían su existencia.

El asqueroso aspecto de ese extraño personaje lo aumentaba la vista de sus manos sucias y de sus dedos cubiertos de sortijas de un gusto ridículo. Después de contemplar con detención las facciones del desconocido, no me cupo duda de haberle encontrado ya, y esta observación se confirmó a la primera mirada que cambié con él, pues palideció visiblemente y se alejó del muelle.

Al día siguiente, noté que el duddy de nuevo cuño estaba enlazado por cualquier causa con la graciosa viuda, o al menos que tenía el honor de conocerla, pues cada vez que se encontraban, por casualidad o voluntariamente, el caballero se apresuraba a hacerle un saludo afectado, al cual contestaba la joven viuda con una ligera inclinación de cabeza o por un rápido y profundo rubor.

Pero saludo y rubor eran para mí un enigma, pues lo mismo podían expresar una satisfacción interior, como un manifiesto desdén.

Sólo que yo no podía detenerme en una ni en otra opinión. ¡Es tan difícil dar una significación positiva a los movimientos de fisonomía de una viuda joven!

Un día, por fin, pude resolver esta cuestión. Hallábame en el muelle, pero menos que solo con la dama y habla prestado a su hijo unas gemelos, con ayuda de los cuales miraba al mar, cuando de repente presentóse en el puerto el brillante desconocido.

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Apenas nos vió, bajó a nuestro lado y se dirigió vivamente hacia la viuda, en este momento bastante apartada de mí y muy poco atenta a lo que pasaba en torno suyo. Resultó de esta distracción que antes que la joven tuviese tiempo de notar la intención del extranjero, este había cogido su mano, colgante a lo largo de su vestido, y la había llevado a sus labios.

Al contacto de este beso audaz, estremeciéndose de indignación la linda viuda.

Luego se alejó, echando una mirada de desprecio al caballero.

En el momento en que este, sorprendido e irritado a la vez por un recibimiento que estaba sin duda lejos de esperarse, iba a apaciguar el descontento visible de la viuda, encontré con mi mirada.

Es probable que mi mirada indicaba lo que pasaba en mi interior, pues el caballero volvió la cabeza, y se alejó pronunciando palabras ininteligibles.

La joven llamó a su hijo, me saludó cortésmente, y dejó el muelle.

Yo seguí al caballero, y cuando estuve bastante cerca para que pudiese oírme:

—Las mujeres son tan caprichosas como el viento y tan inquietas como la ondas, ¿no es cierto, señor Memay? y creo haber observado que la encantadora viuda no se encuentra hoy de muy buen humor.

—Es verdad, señor Wat... respondió el forastero con una carcajada.

Luego, notando que acaba de pro-
nunciar inconsiderablemente la mitad de mi nombre:

—Pero, perdónad—dijo interrumpiéndome,—¿a quién tengo el honor de hablar?

Al señor Waters—le contesté,— y hacédme el favor de no aparentar que ignorais mi nombre, puesto que lo conocéis tan bien como yo. Respecto al vuestro, estoy yo menos intruído; pero si en este momento ignoro a quién hablo, si no conozco ese espléndido traje, esa brillante bisutería, recuerdo la figura, por haberla ya visto otras veces.

—Es muy posible que no os sea desconocido, señor Waters; es muy posible que me hayais visto otras veces—respondió el desconocido con aire insolente y fanfarrón—Soy abogado; informo con frecuencia ante el tribunal de Old-Bailey, y varias veces os he visto en las salas o en el patio solamente. Allí no ibais disfrazado de caballero. No; llevabais simplemente en vuestro cuello, el número de policía.

Cometí la torpeza de parecer asombrarme de la insolencia de ese miserable.

—Vamos, vamos, no os enfadéis—continuó con aire satisfecho:—no quisiera molestaros, y menos provocar entre nosotros una desavenencia. ¡Por mi palabra! Sentiría vivamente teneros por enemigo. Vamos, vamos, venid a tomar conmigo algunos vasos de «sherry».

Vacíle en aceptar la invitación, y para motivar esa vacilación, le dije riendo:

—Me habéis dicho que sois abogado, caballero, pero no cómo os llamais. ¿Puedo saber a quién tengo el honor de hablar?

—Al señor Gates, William Gates, abogado.

—¡Gates, Gates! ¿Espero que no seréis el señor Gates del asunto Bryans?

—¡El mismo, el mismo! Pero permitidme deciros, señor Waters, que las observaciones del juez sobre esta

La novela completa se vende en la Administración a 1.50 ejemplar.

asunto y los procesos a que dió lugar, son enteramente inadmisibles. Mis amigos, mis simples conocidos, todas las persona, en fin, que pudiesen conocer las particularidades de ese malhadado asunto, me aconsejaron que dirigiese una petición a la Cámara, y yo lo he descuidado; tal vez imprudentemente, lo confieso; pero en fin, a lo hecho pecho...

—No os apesadumbreis, señor Gates, creedme.

—Comprendo la burla, o mejor, la malicia de vuestras palabras, mae se Waters; pero, para deciros la verdad, sabed que desempeño tan bien mis asuntos como en la época en que era miembro del foro. Ahora trabajo por el señor Eduardo Breston; ya me comprendéis, ¿no es cierto?

—Perfectamente, y ahora recuerdo en qué sitio os he visto. Pero, decidme, ¿cómo se explica que en tan poco tiempo haya sufrido vuestro traje tan completa transformación

—¿No es verdad, caballero, que estoy, en efecto, elegantemente vestido? Sí, todo eso es de moda y, sobre todo, de un valor real. Trajes y joyas proceden de Bond street y de Regent street. Los ventajosos resultados de un buen negocio de que me he ocupado, hará unos quince días, me han dado deseos de abandonar, durante una semana al menos, la atmósfera viciada de la gran ciudad, y he venido a respirar el aire puro y fresco de las islas de la Mancha.

—¿Qué tiempo tan delicioso habéis escogido para ese recreo campestre, mi querido señor Gates! Pero ¿quereis que os diga una cosa?

—Decid.

—Que nada creo de lo que me estáis contando.

—¿Cómo?

—Vamos, decid más bien, que vuestro objeto era encontrar, o mejor, reunirnos con la dama de vuestros pensamientos; espero que en adelante os tratará con más agrado.

—Tal vez no os falte razón, que rido mio; pero dejemos eso. Henos en la taberna: ¿qué quereis tomar, cerveza, aguardiente o vino

—Lo que gustéis.

Entraos y tótes pidió vino.

Ya se comprenderá que tenía yo mis motivos para relacionarme con semejante hombre.

Cuando se encontró animado y alegre por algunos vasos de vino, le dije sonriendo:

—Vamos, no os hagais el misterioso y decidme el nombre de esa cantadora dama.

Gates hizo un espresivo signo de admiración apasionada pero no con testó.

—¿Parece que vuestra conquista no es rica —le pregunté.

—Pobre como Job, querido mio, —dijo encogiéndose de hombros.

—Sin duda hizo un casamiento imprudente.

—Buscad, suponed, adivinad y estoy seguro de que vuestras investigaciones tomarán un camino diametralmente opuesto al de la verdad, que vuestras suposiciones serán absurdas y que nada absolutamente adivinareis al fin. Pero como la dama es encantadora, supongá monos desde luego que no me habeis dirigido ninguna pregunta. ¿Qué pensais del nuevo ministerio de S. M. señor Waters?

Conoci que me seria imposible hacer hablar al astuto truhán y en consecuencia me despedí de él entrando en mi casa.

Pero esos obstáculos, lejos de atarjar mi curiosidad la avivaron, pareciendome de todo punto imposible que existiese un lazo, por ligero que fuese entre la viuda y el miserable Gates.

Al día siguiente el tiempo me permitió partir para Weymouth y en el «paquebot» aparecieron pronto la señora Grey y su hijo. Yo había visto el nombre en el modesto equipaje de la viuda.

Luego, en fin, detrás de la señora Grey, apareció a su vez el insolente Gates.

La travesía fué larga y tempestuosa y no volví a ver a mis compañeros de viaje hasta el momento en que el «paquebot» atracó en el muelle de Weymouth.

Allí, años des separarme, sin duda para siempre de la joven y linda viuda, me despedí de ella con un signo lleno de sentimiento y emprendí el camino de la ciudad.

Pero al día siguiente encontré con gran sorpresa en el coche que va de Weymouth a Londres por Southampton a la señora Grey con su hijo.

Quando yo llegué, la madre y el niño subían ya al imperial de la diligencia; en fin, algunos minutos después de la instalación de los diferentes viajeros llegó Gates a su vez y tomó asiento en el interior del pesado vehículo.

Hacia un frío excesivo y con ayuda del cochero logré que la joven aceptase algunos abrigos, cuyo calor podía preservarla a que se instalara en el interior del coche.

Contaba que al llegar la noche la obligaría en interés de su hijo a

que se instalase en el interior del coche.

Llegó la noche y con trabajo logré que la señora Grey bajase del imperial.

Evidentemente la presencia de Gates la hacía rehusar con obstinación; pero por fin pareció comprender que mi presencia ponía un freno a la audacia del truhan.

Al bajar del coche en el Regent Circus, busqué entre las personas reunidas allí un semblante amigo al que la viuda buscase con los ojos; pero la pobre abandonada no esperaba a nadie y sus ojos, tristes y distraídos, miraban sin ver nada de lo que pasaba en el bullicioso patio.

Mientras descargaban los equipajes, Gates a quien había perdido de vista durante algunos instantes, acercósenos con la visible intención de dirigir la palabra a la viuda.

Lo conocí, y adelantandome con el sombrero en la mano hacia la señora Grey, le dije con tono respetuoso y cortés:

—Señora, si sois extranjera, si esta es la vez primera que venís a Londres y no tenéis abierta la casa de un pariente o de un amigo, permitidme indicaros, al menos por el momento una fonda conveniente para vuestro aislamiento. Aquí tenéis la dirección; presentaos al dueño de esa fonda en mi nombre. Soy el señor Waters, oficial de policía y estoy a vuestras órdenes para cuanto se os ofrezca.

La viuda me manifestó su agradecimiento con una gracia encantadora.

Seis semanas habían transcurrido desde el día de mi encuentro con la viuda, y confieso que su recuerdo

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

se había borrado ya de mi espíritu cuando me lo renovó bruscamente el señor Roberts, el propietario de la casa donde la había dirigido.

Vino a verme expresamente para hablarme de ella.

Mi antiguo amigo me dijo primeramente que la señora Grey era pobre; esto no era nuevo para mí. Añadió que desde su llegada a Londres había empenado todas sus joyas y la mayor parte de su ropa; y terminó participándome que había un mes que la joven no pagaba ya su hospedaje y que su situación de cada día más precaria había por fin llegado a una profunda miseria.

—Estoy casi cierto—añadió al concluir esta triste narración—que la madre y el niño se mueren materialmente de hambre.

—¿Se quejan?—le pregunté.

—No—respondió—; la madre es tan fría, tan tranquila, y tan reservada como en los primeros días de su llegada a mi casa. Pero se vuelve pálida, flaca y débil, hasta el punto de no poderse tener en pie.

—El abogado Gates ¿no va a verla?

—Se ha presentado inútilmente una vez en la puerta de la señora Grey; pero nos llegan cartas de él diariamente.

Luego volviéndose hacia mi esposa.

—Desearía que tuvieseis la amabilidad—dijo—de hacer una visita a esa desventurada madre; ya sabéis que estoy solo en casa, y que me es difícil, por no decir imposible, penetrar en los secretos de esa dama. Evidentemente una causa importante la obliga a permanecer en Londres; sin eso, ¿querria, despro-

vista de recursos, exponer a su hijo a morir aquí de hambre?

Mi mujer se arregló y dirigióse con el señor Roberts a Sherrard street, Hay Market.

Con gran sorpresa de Roberts y de mi esposa, encontraron al señor Gates en la sala de conversación, y en un estado de satisfacción y de alegría delirantes. Pidió a Roberts la cuenta de gastos de la señora Grey, con el fin de pagarla, añadiendo a estas palabras de alta protección la noticia de su próximo casamiento con la linda viuda.

Roberts, estupefacto, corrió al primer piso, en donde estaba el aposento de la señora Grey, para preguntar a la joven, si debía dar fé a las extrañas palabras de Gates.

Robert's llamó a la puerta y una voz débil le indicó que entrase.

Pálida como la muerte, con los ojos brillantes de fiebre, la señora Grey contemplaba a su hijo, sentado delante de una mesa cubierta de diversos manjares.

La desventurada madre estaba suspenso de los labios del pobre niño, de esos labios que hacía dos días que sólo se habían abierto para pedir pan.

Roberts quedó tan conmovido, tan asustado, que no atreviéndose a preguntar a la madre mártir, murmuró una excusa y se retiró cerrando suavemente la puerta.

Mi esposa me contó llorando lo que acababa de pasar y esa relación me causó una sorpresa casi aterradora.

La unión de la señora Grey con Gates parecía una profanación. Además, a pesar de su exterior opulento, Gates era pobre y dentro de poco sería completamente miserable.

La novela completa se vende en esta Administracion a 1.50 ejemplar.

¿Cuál era pues la causa bastante poderosa para decidir a un hombre tan interesado como Gates a unirse con una mujer sus recursos?

Hubiera sido absurdo atribuir su conducta a un sentimiento de afecto. Solo un objeto podía guiarle. Para mí era indudable; pero era preciso ponerlo en evidencia.

Al día siguiente resolví hacer una visita a la señora Grey. Al dirigirme a su morada, encontré uno de mis compañeros que conocía perfectamente la existencia de Gates.

—El motivo que guía a ese pícaro rematado—me dijo—no es otro que el interés; sin duda alguna habrá sabido de una manera cierta y positiva que la señora Grey ha heredado o está a punto de heredar una gran fortuna y desea apoderarse de esa fortuna casándose con la persona que puede disponer de ella.

—¡Pardiez! Teneis razón; amigo mío; pero temo que sea imposible encontrar pruebas.

—Yo lo temo también. A propósito, es evidente que Gates tiene dinero, aunque no se sepa de qué modo lo ha procurado. Viste todavía magníficamente y este hijo se ha extendido hasta a Rivers su dependiente; este ostenta igualmente ricos trajes y se presenta de un mes acá tan excéntrico y brillante como su amo. Decid querido Waters, el nombre de esa dama ¿no es Grey?

—Sí.

—Entonces no sé que relación habrá con ella, pues la persona de quien os hablo y que ha venido a vernos con motivo de Gates, se llama Wolton Shelton.

—¿Que quería esa persona? ¿De qué naturaleza era su comunicación?

—Apenas puedo decirlo. Shelton... si este es el nombre; Shelton posee una hermosa casa en Knight-bridge. Un día vino al despacho de policía a declarar que Gates había robado una orden o un billete de quinientas libras esterlinas, así como dos o tres objetos que por conducto del mismo Gates, habían sido enviados a una casa de la Cité, y creo que el que denunció este hecho había anadido que el jefe de la casa había muerto. Aconsejose al señor Shelton que presentase queja a un magistrado; pero en vez de hacerlo como había parecido decirlo, volvió al despacho y nos dijo con aire confuso agitado que había cometido un error grave, que el señor Gates no era culpable.

—Eso parece bastante extraño.

—Extraño es en efecto; pero no veo ninguna relación entre ese asunto y el de la señora Grey. ¿Pensais que sea útil hacer hablar a Rivers? Conozco a ese pícaro y me es fácil encontrarlo hoy mismo.

—Haced lo que juzgueis conveniente amigo mío. Ved a Rivers; en cuanto a mí, voy a ver a la señora Grey.

La joven me recibió con suma cortesía, pero noté pronto que había llorado mucho; sus ojos estaban colorados, y su pecho se levantaba dando saltos convulsivos. Este visible dolor permanecía mudo, y esta reserva me ponía en un embarazo cruel.

—Señora— le dije, entrando atrevidamente en el asunto—. Gates os engaña. La posición de ese hombre no es bastante desahogada para que pueda atender a vuestras necesidades y a las de vuestro hijo. Estoy cierto pues, Gates no tiene corazón

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

que solo un motivo de interés guía su conducta.

La señora Grey escuchó estas palabras con auge profundamente insensible. Su semblante permaneció tranquilo; por fin, me dijo con tono glacial:

—Se perfectamente, caballero, que las causas que impulsan al señor Bates son interesadas. Pero—añadió la joven estremeciéndose— las mías no lo son menos. Me caso con el señor Gates por mi hijo. Se también caballero, que mi futuro esposo, es pobre, mas que eso, enteramente insolvente.

Levanteme maquinalmente, echando de torno mio miradas interrogadoras, miradas que preguntaban cuál de los dos había perdido el juicio si yo o la señora Grey.

—No comprendéis esas aparentes contradicciones— me dijo la joven, procurando sonreír— Pero, paciencia, antes de poco las comprenderéis; y como tengo en mucho vuestra estimación señor Waters, es preciso que os diga las condiciones de mi matrimonio. Concluidas las ceremonias, el señor Gates y yo nos separaremos, y para verificar esta separación haremos anticipadamente un contrato que expresará nuestro mutuo deseo, y que será firmado de delante de testigos.

—¿Es posible, señora—le dije— que se os haya podido hacer creer en la realización de semejante promesa? Bajo cualquiera forma que se haga, será ilegal y sin valor; la ley no puede reconocer la validez de un escrito que haría fácil el grave compromiso que habreis contraído de amar, honrar y obedecer a vuestro marido.

Al oír estas palabras, la señora

Grey palideció y se apoyó tambaleando contra el mármol de la chimenea.

—¡Cómo!—dijo con voz débil y entrecortada—. ¡Cómo! Una promesa hecha de común acuerdo, y firmada delante de testigos, ¿no podría ser defendida por un magistrado?

—No, señora, no; Gates sabe muy bien eso, y, me habrá engañado completamente respecto al carácter de ese hombre, si, una vez unidos por los lazos sagrados del matrimonio, no se rie de vuestra credulidad.

—¡Si vuestras palabras son verdaderas, señor Waters—exclamó la desventurada con desesperación—, estoy arruinada perdida! ¡Y mi hijo, mi amado hijo! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Ah! ¡Ojalá que los dos estuviésemos en la tumba de su padre!

—¡No temáis lo porvenir, señora!—exclamé con emoción.—Concededme vuestra confianza; todavía no se ha perdido toda esperanza.

Después de muchas súplicas, la joven me confió su historia, y la relación que me hizo fué acompañada de lágrimas y amargas quejas.

—Soy hija única de un mercader de Londres, que se arruinó gastando locamente. Mi padre, no pudiendo sobrellevar la pérdida de su crédito, de su honor y de su fortuna, murió. Poco tiempo antes de la deplorable pérdida que me privó de mi único sostén, había conocido a Juan Grey, hijo único de un rico mercader de las Indias orientales, el cual era un hombre interesado y avaro.

—¿Hablaís del señor Ezequiel Grey—pregunté.

—Sí, caballero; su hijo me amaba, y como hubiera sido inútil pedir el consentimiento del señor Grey para el lazo que queríamos formar ante

Los hombres después de haberlo formado ante Dios, sabiendo perfectamente que nos lo hubiera negado, nos casamos diez meses después de la muerte de mi padre. El abogado Gates, que en aquella época ocupaba una posición honrosa, y que era conocido de mi marido, y Ana Cravfort, mi criada, fueron testigos de nuestro casamiento, que se celebró en la iglesia de San Gil. Vivimos pobremente, no teniendo para subsistir más que la pequeña pensión que su padre daba a Juan. Nueve años transcurrieron así, y hace quince meses que, habiendo el señor Grey determinado enviar a su hijo a Bombay, para concluir un asunto que hacía mucho tiempo estaba en litigio, decidió mi marido, antes de partir, que me fuese, mientras durase su ausencia a la isla de Guernesey, tanto por la salud de nuestro hijo como por economía. El señor Gates quedó encargado de mandarme las cartas y el dinero de que mi esposo pudiese disponer. Cuatro meses después de la partida de Juan para Bombay, murió su padre repentinamente, mientras yo esperaba de día en día la llegada de mi esposo. Una mañana llegó el señor Gates a Guernesey, anunciándome el prematuro fin de mi pobre Juan. Las maneras del testigo de nuestro casamiento, fueron extrañas e insolentes; dióme claramente a entender que, sin su asistencia, mi hijo y yo podíamos vernos reducidos al mayor extremo de pobreza, y me declaró que, de todos modos, debía renunciar a su protección si no consentía en casarme con él. Anonadada por el pesar, y llena de vagas aprensiones, tomé la determinación de partir inmediatamente para Londres. Gates se había pre-

curado una copia del testamento de mi suegro; este testamento declaraba a Juan legatario universal de todos sus bienes, pasando estos bienes, en el caso de morir Juan sin dejar hijos varón, al sobrino de su mujer, el señor Shelton.

—¿Es el señor Shelton, de Knight Bridge —pregunté a la señora Grey.

—Sí, caballero, y si Juan, casado y con hijos, viniese a recoger la herencia, debía dar al señor Shelton cinco mil libras esterlinas. Yo pensaba, naturalmente, que mi hijo heredaría los bienes de su abuelo; pero Gates me dijo con descaro que a menos de consentir en casarme con él, me sería imposible probar que yo era madre del hijo de Juan y su esposa legítima. «El nombre que lleva», añadió el miserable, de nada os servirá; este nombre es muy común en el registro de San Gil, y los testigos de vuestro casamiento, el uno yace en la tumba y el otro será muerto.» Pasé a casa del señor Shelton para implorar su piedad, y me echaron ignominiosamente, tratándome de impostora. En fin, después de haber vendido, para alimentarme y alimentar a mi hijo, joyas y trajes, encontrándome reducida al último extremo, consentí en dar la mano a Gates, animada con la promesa que me hizo de devolverme en seguida una completa libertad.

La joven se detuvo, sofocada por sus sollozos.

—¡Valor, señora—le dije—, valor. Veo brillar un rayo de esperanza en ese oscuro laberinto. Gates se ha aventurado a un juego audaz; pero estad segura que quedará cogido en esas mismas redes.

El Hamador de la puerta de ca-

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

trada, agitado por Gates, interrumpió nuestra conversación.

—Silencio, señora; es encargo de discreción. Prometid a Gates cuanto quiera. Hasta mañana.

Bajé al piso de Roberts, y Gates entró sin sospechar mi presencia en su casa.

Al día siguiente por la mañana, Jackson vino a verme; había sabido por Rivers que Gates había recibido de una casa de la India un pagaré de quinientas libras esterlinas, y que él, Rivers, lo había cambiado en el Banco de Inglaterra por billetes a la vista. El paquete contenía, además del pagaré, un reloj y varios otros objetos.

—Mi querido Jackson—dije a mi sobrino estrechándole las manos—, esto basta para hacer desterrar a William Gates.

Dirigíme corriendo a casa del superintendente de policía, y le conté con brevedad, y tan claramente como pude, el asunto de la señora Grey.

—Es de suma importancia, señor Waters—me dijo mi jefe—, no pierda de vista los pasos del señor Shelton.

—Ya había pensado vigilarle—respondí sonriendo.

Hice que mi mujer fuera en busca de la señora Grey, y supe por esta última que Gates quería absolutamente que se celebrase el matrimonio al día siguiente.

—Muy bien—le dije.—Escribid al señor Gates que aceptais su proposición, y que mañana a las nueve estareis dispuesta para seguirle a la iglesia.

Dos horas después, Jackson y yo llamábamos a la puerta del Sr. Shelton, y nos introdujeron en seguida

junto a él, quien, al verme entrar en el salón donde se encontraba, quedó pálido como un cadáver.

—Señor Shelton—le dije,—por vuestra palidez veo que adivinais el objeto de mi visita.

—No—dijo tartamudeando,—no.

—Perdonadme si os desmiento; vos y el señor Gates habeis tramado una conspiración para arrebatar a la señora Grey y a su hijo los bienes que les pertenecen.

—¡Dios mío!—exclamó Shelton.—¿Qué queréis decir?

—La señora Grey no tiene intención de trataros con rigor; pero para haceros digno de esta clemencia tan poco merecida, es preciso que nos ayudéis a desenmascarar a Gates. En consecuencia, vais a darme en seguida los números de los billetes de Banco que Gates ha obtenido en cambio de la letra recibida, y, además, la carta que ha enviado el agente de Bombay.

—Con mucho gusto—murmuró Shelton dirigiéndose al pupitre.—He aquí la carta:

Después de recorrerla rápidamente añadió:

—Siento un vivo placer, caballero, al ver que los términos de esta carta no han podido daros a conocer que el dinero y los artículos enumerados aquí los había enviado un marido moribundo a su viuda y a su hijo casi huérfano, por medio del señor Gates, que se los ha apropiado.

—Os aseguro, señor Waters, por lo que hay de más sagrado en el mundo, que lo he ignorado hasta el momento que...

—Que el señor Gates os ha persuadido que tramáseis un complot con él. Pero trae entre manos un doble juego, y mientras os entretenía con

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

esperanzas, se preparaba para casarse con la señora Grey, y eso mañana por la mañana.

—¿Es posible —exclamó Shelton.

—No hay duda; pero entre tanto, vais a tener la bondad de acompañarnos.

El señor Shelton consintió de muy mala gana, y subimos al coche, que nos condujo al despacho de policía.

Al día siguiente, Jackson, Shelton y yo nos trasladamos a Sherrard street. Antes de rayar el alba encontrábase ya la señora Grey vestida con un espléndido traje de boda que le había enviado Gates. Estaba encantadora, y comprendí que debía ser una gran desgracia el verse privado para siempre de una mujer tan linda y una fortuna tan considerable. Para el éxito de nuestra captura, importaba que la apariencia del casamiento se llevase hasta ese punto. A las ocho llegó Rivers, trayendo algunas joyas para la novia; ese era su último adorno.

Después del desayuno, instalé a la señora Grey y a su hijo en su aposento habitual, y me oculté con mis compañeros en una pieza vecina.

Pronto se detuvo un coche delante de la puerta de la casa, y Gates, vestido como para un baile, apareció en seguida. Presentóse delante de la hermosa señora Grey con aire de triunfo y afectando unas maneras extremadamente elegantes. Sin duda iba a dirigir algunos cumplidos a la joven sobre su radiante belleza, cuando se abrió suavemente la puerta y penetré en el aposento, seguido de Jackson y del señor Shelton.

Gates dió un salto de terror, comprendiólo todo y quiso huir; pero yo le detuve.

—El juego ha concluido, señor Ga-

tes—le dije;—os prendo por haber robado un reloj de oro, un alfiler de diamantes y una letra de cambio que fueron enviados a esta señora por conducto vuestro.

La insolente altivez del miserable se trocó en una vergonzosa cobardía. Arrojóse a los pies de la señora Grey y le pidió perdón.

—¡Salvadme, señora, salvadme!...

—¿En donde está Ana Gravvford? —le interrumpí vivamente, descañando aprovechar el terror del miserable.—¿En donde está la que fué testigo del casamiento de Juan Grey con esta señora?

—En Reamigton, en Warnickshire —respondió.

—¡Muy bien!

—Señora Grey, hacedme el obsequio de salir; es preciso que registremos a este caballero.

En los bolsillos de Gates encontramos el reloj de Juan; en su corbata, el alfiler de diamantes, y en su cartera, parte de los billetes de Banco de los cuales teníamos los números.

—Y ahora, caballero—dije,—vamos a practicar un registro en vuestra casa.

El pícaro contestó con una mirada feroz.

En su habitación encontramos otros varios valores que Juan había enviado a su mujer, y tres cartas de las cuales no tenta ella conocimiento alguno.

Después de tres meses de cárcel preventiva, Gates fué condenado a siete años de destierro.

La señora Grey heredó toda la fortuna de su marido y no se ha vuelto a casar, consagrando su existencia a la educación de su querido hijo.

MARIA KINGSFORD

Hacia fines del año 1836, el su-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Intendente de policía me envió a Liverpool, a fin de prender al dependiente de un banquero que se había refugiado en la capital del Norte, esperando poderse sustraer allí a todas las pesquisas entre los muchos extranjeros que hay constantemente en el círculo comercial de la ciudad.

Este dependiente no tan sólo había robado el dinero que contenía la caja del banquero, sino los valores extranjeros que se le habían confiado el día mismo en que huyó de Londres.

Por desgracia, supe en Liverpool que nuestro tunante se había embarcado la víspera en un buque que se hacía a la vela para los Estados Unidos.

Después de asegurarme irrecusablemente de la verdad de esta noticia, salí de Liverpool.

El invierno del año 1836 se había dejado sentir a mediados de septiembre, y de día en día el frío había aumentado su intensidad, amonando el frío la nieve en los rails del camino de hierro.

A algunas millas de Birmingham se resquebrajó el tren; pero, por fortuna, marchaba con lentitud, y sólo tuvimos que lamentar algunos ligeros accidentes.

Como no tenía que atender más que a mí mismo, parecíame demasiado largo y, sobre todo, fastidioso esperar que el tren estuviese en estado de continuar su camino; envolvíme, pues, en mi capa, y gané Birmingham con paso rápido.

Llegado allí, encontré que el tren ordinario estaba a punto de salir.

A pesar del frío, tomé asiento en uno de los vagones, los cuales, en aquella época, estaban tan sumamente expuestos al rigor de la intempe-

rie, que en ellos se podía morir de frío durante un viaje de algunas horas.

En la estación de Rugby nos detuvimos para dejar pasar un tren de gran velocidad que hacía más de una hora que se le esperaba.

Todos los viajeros del tren ordinario estaban materialmente helados, de manera que se arrojaron en las calientes salas de la estación con una precipitación llena de alegría.

Yo mismo me hallaba en un estado de entorpecimiento que no sólo paralizaba mis miembros, sino también mi inteligencia, y hasta después de beberme un inmenso vaso de vino caliente no recobré el uso de mis facultades.

Como me encontré con oído y vista, eché una mirada en torno mío.

Al tomar asiento en un vagón de Birmingham, halléme en compañía de dos individuos, cuyo exterior me pareció demasiado brillante para estar acorde con los modestos asientos que habían escogido para salvar la distancia que separa Londres de aquella ciudad.

—¿Por qué—me dije—esos caballeros, tan elegantemente vestidos, se resignan a viajar en un coche de última clase, en un coche cuyos incómodos asientos se pagan a pená que por milla?

Después de recorrer la sala con una mirada, descubrí a los dos viajeros.

Un ignorante o un hombre poco observador, para el cual los artificios y los expedientes empleados por cierta clase de dandys son cosas enteramente desconocidas, hubiera podido creer en aquel falso lujo; primeramente porque estaba muy bien imitado; en seguida porque en realidad brillaba en medio de la mul-

titud abigarrada que distingue a un tren ordinario.

Bastáronme algunos minutos de examen para descubrir que las brillantes cadenas que adornaban los chalecos de los caballeros eran de cobre dorado, así como sus relojes, sus sortijas y sus anteojos; que los torcos de las mangas y de los cuellos de sus casacas eran de lo más basta; además, que sus bigotes y pelucas eran «adornos de ocasión» adornos que podían cambiar de forma y color, según el capricho de los propietarios.

La atención que puse en detallar las facciones, las maneras y el traje de los dos extranjeros, me hizo ver que uno y otro rayaban en los cincuenta años, a pesar de querer aparentar el aire, el tono y la apostura de hombres mucho más jóvenes.

Después de haber muchos vasos de «grog» y de dirigir a una y otra parte triunfantes miradas, advirtieron mis dos personajes a una joven que estaba modestamente separada en un rincón de la sala.

De común acuerdo, y como si hubiesen conocido a la viajera, los dos caballeros se precipitaron hacia ella y le ofrecieron con voz ruidosa y muchos cumplimientos e instancias, dulces un vaso de «grog».

La joven rehusó sus ofertas con un aire y un tono tan dignos, tan fríos y tranquilos, que experimenté un vivo interés por el completo aislamiento en que se encontraba.

Era una jovencita, casi una niña pues parecía tener diez y seis o diez y siete años.

Vestía un traje de luto, y por la palidez de su semblante, por el embarazo de sus miradas, era fácil comprender que las insolentes atenciones

de los dos extranjeros le daban miedo.

La extremada belleza de la joven trajo un recuerdo a mi espíritu.

Yo había visto ya sonreír esos lindos labios y encontrado esa encantadora y modesta mirada. Pero ¿en donde? ¿En qué época? ¿En qué circunstancias?

En el momento en que completamente ocupado en perseguir por entre las sombras de mi espíritu un rayo de verdad, miré a la joven, sin pensar en lo que le rodeaba, uno de nuestros personajes puso una de sus manos con grosera familiaridad sobre el hombro de la hermosa niña, alargándole con la otra, casi hasta la cara un vaso de aguardiente.

La joven se levantó con viveza.

Un profundo rubor cubría sus mejillas, y sus ojos, llenos de lágrimas, dirigieron por toda la sala una mirada de desesperación.

Esta mirada cayó sobre mí.

—¡Señor Waters—exclamó arrojándose hacia donde yo estaba—señor Waters! ¡Ah! ¡Cuán feliz soy de encontraros aquí!

—No sé por qué participo de vuestra satisfacción, señorita, pues ignoro en donde he tenido el gusto de conoceros, a pesar de que vuestras facciones no me son del todo desconocidas.

—¡Retiraos caballero—dije al insolente borracho que, enardecido por los licores que había bebido durante la noche, ofrecía todavía a la linda viajera un vaso de aguardiente—retiraos!.

En vez de obedecer silenciosamente a una orden tan perentoria, aquel hombre se puso a denostarnos

con un burlón, murmurando injuriosas amenazas.

Irritados por esa audaz obstinación lance al miserable un puñetazo tan tremendo, que su hermosa peluca fué a tapar una botella y su dueño se quedó por un instante inmóvil, furioso y muído de rabia y de vergüenza.

Las ruidosas carcajadas que provocó la vista tan poco graciosa de la mondada cabeza del truhán le devolvieron la fuerza de vengarse.

Iba a cogerme por el cuello con ayuda de su compañero, cuando le detuvo el toque de marcha que daba la campana.

Evité la riña sin manifestar que lo temía, y ofreciendo mi brazo a la trémula niña, que me suplicaba no la dejase, subí a otro vagón dis tinto del en que se habían instalado los dos viajeros.

—¿La señora Waters está buena? ¿Y Emilia también— me preguntó la joven cuando nos hubimos sentado.

—Perfectamente, señorita; ¿conoceis a mi mujer a mi hija?

—Sin duda, os conozco mi buen señor Waters— respondió la niña sonriendo—; pero si he guardado en mi corazón el recuerdo de lo pasado, me parece que lo he guardado sola. ¿Habeis olvidado pues, enteramente a vuestra pequeña María King sford?

—¿María Kingsford!— exclamé— ¿Sois María Kingsford?

En la época que yo salí del York shire, María era una seductora niña, y a su maravillosa hermosura añadía un carácter de una dulzura de igualdad tan notables, que se había hecho el ídolo no solamente de mi casa sino de todo el vecindario.

María era hija única de un jardinero que servía en casa de un rico baronet y gracias a su madre que habiendo recibido alguna instrucción tenía una pequeña escuela. María se había educado como una señorita.

—¿Por qué vestís de negro, María—le pregunté— ¿Lleváis luto?

—Si señor Waters—murmuró— Mi padre ha muerto. El jueves próximo cumplirán seis meses de esta irreparable pérdida. Pero— prosiguió en seguida la joven con menos tristeza—mi madre no tiene novedad. Ya lo sabeis, señor Waters, mi buena madre es pobre y yo quiero serle útil; más que eso la amo mucho y voy a Londres a hacer fortuna.

—¿A hacer fortuna mi pobre niña?

—Si, ¿Conoceis a mi prima Sofía Clarke?

—Sin duda, ¿Y bien! ¿Qué?

Efectivamente, conocía a esa joven que estaba empleada en el despacho de una pastelería.

Pero no conocía de ella más que los defectos comunes a la generalidad de las mujeres, es decir una gran coquetería y una ligereza, no de conducta, sino de palabras, mayor aún.

—Yo ayudaré a Sofía a servir a los parroquianos—repuso María Kingsford—, solamente que ganaré menos que ella y es muy natural, pues necesito algunos meses de aprendizaje para llegar a desempeñar mis funciones de vendedora. ¿No es para mí una dicha señor Waters que esa buena Sofía se haya interesado por mi suerte?

—Deseo que así sea, querida niña pero me parece, si mis recuerdos me son fieles, que estabais compro-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

metica con un muchacho... con Ricardo Westlake.

—El padre de Ricardo—respondió vivamente la joven—desca que su hijo haga un casamiento mejor; todo ha concluido entre nuestras familias ahora, y—añadió con tono casi triste—vale más que así sea.

Quedéme pensativo, casi afligido viendo a aquella seductora criatura, tan joven, tan sencica, tan inocente, empujaba por su mala suerte hacia aquel torbellino de vicios y de vanidades que se llama Londres.

—¿En dónde habeis encontrado a los insolentes que os abrumaban con sus necias atenciones, mi querida Maria?—pregunté.

—Cuarenta millas antes de Birmingham; se hallaban instalados en el vagon en que yo estaba sentada.

Sofia Clarke esperaba a Maria en la estación.

Después de haber hecho prometer a Maria que vendría a casa el domingo siguiente a tomar el te, hice a las dos jóvenes subir a un coche y partieron para el Strand.

Contemplando estaba el coche que se llevaba a la flor de Yorkshire, cuando una voz cuyo timbre me era conocido, exclamó con impaciencia

—¡Aprisa, aprisa, cochero o las perdereis de vista!

Volvime y vi con viveza partir otro coche.

El hombre a quien había arrancado la peluca en Rugby sacaba la mitad de su cuerpo por la portezuela del fiacre, y dijo al cochero, mostrando el vehiculo que se llevaba a las dos primas:

—Seguid de cerca ese coche, y arreglad vuestro paso al suyo.

Erano materialmente imposible

poner obstaculos a los proyectos de los dos bribones.

En consecuencia, dejé que los coches continuasen su camino y me dirigí a casa.

Maria vino a hacernos una visita.

Al manifestarle mi inquietud por su posicion en casa del pastelero, dijo que el señor y la señora Morris eran muy bondadosos con ella, lo mismo que Sofia.

—Sofia es algo burlona y un poco ligera—añadió la joven—; pero las cualidades de su corazón hacen olvidar esos defectos.

—¿Habeis vuelto a ver, hija mia, a los viajeros de Rugby?

—Dos veces, señor Waters, pero felizmente, no atrago sus miradas; todas las atenciones de esos señores son para Sofia, la cual está extremadamente ufana de esta preferencia.

—¿Sabes el nombre de esos señores, Maria?

—Si, señor Waters; el más joven se llama Simpson, el otro Hartley.

Di a la joven algunos consejos, pero la bella campesina era tan candida que apenas comprendió mis advertencias.

Sin embargo, algunos minutos antes de partir, cogíme Maria la mano y me dijo con voz casi grave:

—Estoy muy sola en Londres señor Waters, muy abandonada; pero si algún acontecimiento viene a trastornar el curso ordinario de mi vida, vendré a pedir os consejo y apoyo.

—Muy bien, Maria; considerad mi casa como la de un pariente y conlad con mi afecto.

Yo hacia frecuentes visitas al pastelero, tanto para conocer la verdadera situación de Maria como para velar por su conducta.

La novela completa se vende en esta Administración, á 1.50 ejemplar.

La amable niña se había conquistado por su aspecto modesto y por su intachable actividad. La estimación y afecto de los esposos Morris.

Desgraciadamente los inevitables cuidados de una vida de trabajo, las prolongadas velas y la falta de aire alteraron visiblemente la salud de María Kingsford.

Las rosas de sus mejillas tomaron los colores pálidos de la camelia, y su alegre sonrisa no entreabría ya sus encantadores labios.

Este detrimento físico y moral me puso inquieto.

Ocupábame en buscar un remedio, cuando mi mujer me dijo que la última carta mandada del Yorkshire por la madre de María anunciaba a la joven la nueva decisión tomada por el padre de Ricardo; el señor Westlake cedía, por fin, a los apasionados ruegos de su hijo, y le permitía casarse con María.

—¿De qué modo ha recibido la joven esta noticia?—pregunté a mi mujer.

—Con un significativo silencio y un rubor más significativo aún.

—Comprendo—dije sonriendo—; hablaré a María; su salud exige que salga de Londres.

Una noche, al pasar por delante de la tienda del señor Morris, vi en ella a Simpson y a Hartley; uno y otro tragaban con alegre sensualidad un plato de diferentes golosinas y a juzgar por su aspecto y por su alto continente, debían encontrarse en un estado muy próspero.

Simpson abrumaba a las damas primas con groseras galanterías, y notó que el frío aspecto de María no era imitado por Sofía Clarke, pues esta contestaba a las impertinencias de

aquel tuno con las más graciosas sonrisas.

Yo proseguí mi camino pensando en los medios eficaces que debía emplear para devolver María a su madre, cuando me encontré con un oficial de policía conocido mío.

—Mi querido compañero—le dije, —hacedme el obsequio de venir conmigo al Strand a echar una mirada en una pastelería; al pasar por delante he visto en ella dos hombres cuyas facciones no deben ser del todo desconocidas para los empleados del superintendente de policía.

El oficial me acompañó.

—¿Me habeis dicho que se llaman Hartley y Simpson, mi querido señor Waters? Esos dos nombres son falsos; conozco a esos señores, y espero trabar con ellos más estrechas relaciones cuanto antes. Son dos jugadores, dos caballeros de industria, dos bribones, y algo peor que eso, cuando la fortuna y los dados les son adversos.

—Ahora parecen hallarse favorecidos por la suerte—le dije a mi compañero, haciéndole notar la estremada elegancia de los dos caballeros.

—Eso he observado, y sospecho que existen relaciones entre ellos y la partida de estafadores que ha robado al joven Garstade el mes próximo pasado. Estoy cierto que dentro de algunas semanas esos dos pe trimetres de guantes color de paja, vestirán la librea de la reina, la librea gris con adornos amarillos. ¡Hasta la vista, señor Waters!

Quince días habían transcurrido después de esta conversación.

Yo no había vuelto a ver a María, y esperaba de semana en semana la ocasión de conversar con ella sobre el partido que debía tomar

relativo a su matrimonio con Ricardo Westlake, cuando mi esposa me decidió a que llevase los niños a Astle's.

Hacia mucho tiempo que había prometido a mis hijos llevarles a ver las maravillas ecuestres de ese célebre anfiteatro y ralicé mi promesa.

Estábamos a fines de febrero, y, a la salida del teatro, el tiempo se presentaba tan lluvioso, que obligué a mi esposa a tomar un coche.

Subió a él con los niños, y yo me dirigí a pie a Scotland-Yard, en donde me esperaba uno de mis amigos.

El mal tiempo había abuyentado a todos los paseantes, y solo de minuto en minuto atravesaba el puente de Westminster algunos coches.

Apresuré el paso sin asombrarme de mi soledad, cuando noté, a la izquierda del puente, la silueta casi indistinta de una mujer cubierta que corría sollozando.

Me detuve, y mi mirada procuró penetrar la obscuridad de la noche. La joven rozaba apenas la tierra, tan ligera y rápida era su fuga.

A juzgar por la esbeltez de su talle y, sobre todo, por la increíble ligereza de su marcha, era muy joven.

Después de un segundo de lucha entre la pereza y mi deber, tomé la resolución de seguir a la desconso-ladora fugitiva.

La desconocida dirigió sus pasos al anfiteatro.

Luego, llegada frente de Astley's se detuvo, hizo un movimiento de desesperación, y emprendió de nuevo su febril carrera, retrocediendo.

Durante el segundo de espera que había precedido a esta nueva fuga,

había visto, pero muy imperfectamente, el semblante de la joven, y esta vista me sumergió en un mar de angustias.

La desventurada corría sin mirar atrás, en dirección al Támesis.

Había visto, en fin, el semblante de la pobre criatura; tenía delante de mí la realidad de mis presentimientos; era María Kingsford.

—¡María! ¡María!—exclamé con voz desesperada.—¡María, deteneos! ¡En nombre del cielo, en nombre de vuestra madre, en nombre de Ricardo! ¡María! ¡María!

Mis gritos se perdían en el espacio; la joven parecía no oírlos, continuaba corriendo. Por fin gané la pendiente, juntó las manos y se arrojó, en el momento en que iba a apoderarme de ella, en las aguas negras y agitadas del río.

Deslicéme a lo largo de una viga cuya punta llegaba a un lugar del río, en donde la corriente debía traer a María, y procuré agarrarle el vestido.

Pero éste escapó a mi crispada mano.

No me quedaba otra esperanza que arrojarme a través de la corriente, y así lo hice.

Cogí a la joven por el brazo, y sostuve su cabeza en la superficie de las aguas.

La irresistible fuerza de la corriente nos arrojó contra una barca que se encontraba amarrada junto al puente.

Cogí la cadena, y mi brazo izquierdo se agarró a ella con toda mi fuerza.

Un transeunte que había presenciado la fuga de la joven y mi vana persecución, se había ocupado ya de nuestra salvación, y respondió a mi voz corriendo con otras personas.

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

Se nos transportó en seguida a una taberna inmediata al puente. El dueño me prestó sus vestidos y mandé encender un buen fuego.

María estuvo dos horas sin conocimiento.

Cuando hubo recobrado bastante fuerza para poder ser transportada sin peligro al lado de mi esposa, envié por un coche.

Ibamos a subir a él cuando se abrió bruscamente la puerta de la taberna para dar paso a dos oficiales de policía, particularmente conocidos míos.

La llegada de mis compañeros me sorprendió.

Pero esta sorpresa, nacida de su exterior oficial, se cambió en espanto cuando, levantándose María del sillón en que estaba recostada, se arrojó hacia mí bamboleando, suplicándome con una vehemencia casi loca que la salvase.

—¡Salvaros, María, salvaros! Por favor, caballeros, decidme, ¿qué significa vuestra presencia en esta casa y el terror de esta niña?

—Significa, caballero—me respondió uno de los oficiales con tono severo,—que la joven que se pone bajo vuestra protección se ha hecho culpable de un robo audaz.

—¡No, no, no! Yo no he robado, no he robado!—exclamó María con voz trémula.

—Sí, sin duda, sois inocente—prosiguió irónicamente el oficial;—siempre se dice eso; pero se trata de probarlo. Sea como fuere, el alfiler de diamantes que con tanta habilidad habeis sustraído a su legítimo dueño, ha sido encontrado en vuestra maleta. Venid a explicar eso delante de un comisario de policía. Hace tres horas que os andamos

buscando; os ruego, pues, que no nos hagais perder más tiempo.

—¡Oh! ¡Señor Waters, salvadme, salvadme!—exclamó sollozando la pobre María, y sus manos se agarraron a mi brazo, mientras que suplicante imploraba mi apoyo.

—Calmaos, María—respondí.—calmaos, hija mía; creo en vuestra inocencia; porque sé que sois incapaz de hacer una cosa de la que tendríais que avergonzaros.

—¡Bendito seáis, señor Waters, bendito seáis!—murmuró la joven con voz entrecortada por sollozos convulsivos.

—Hay en este asunto alguna equivocación, caballero—dije al oficial;—respondo de la moralidad de esa joven, y ante la ley salgo fiador de ella hasta mañana.

Saldé, pues, mis cuentas con el dueño de la taberna, y mandé que condujesen a María al coche que nos esperaba en la puerta.

A mi vuelta a casa, la criada me dijo que la señorita Kingsford se había presentado allí, y que, sabiendo que me encontraba en Astley's, hablase trasladado a dicho punto.

Eso me explicó la desesperación de María al ver que las puertas del anfiteatro estaban cerradas.

Al día siguiente por la mañana, María dormía aún, o por mejor decir, no se había levantado todavía, cuando salí de casa para ir a la superintendencia.

Después de hacer a mi jefe una relación de lo que había sucedido en la víspera, le pedí permiso para ocuparme yo solo en buscar al verdadero culpable, tan persuadido estaba de que María era víctima de un error.

El superintendente me concedió este permiso.

Trasladéme en seguida a Strand

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

para ver a la familia Morris y a Sofia Clarke. De allí me dirigí corriendo a casa del acusador de María Kingsford. Este acusador era un joven llamado Saville, que vivía en Essex street, Strand, y al cual no encontré en casa.

Pero, con el fin de no perder de vista ninguna de sus acciones, le puse bajo la vigilancia de dos agentes de policía.

En estas idas y venidas se me hizo de noche, y entré en mi casa para descansar un poco e interrogar a María sobre esa extraña historia.

He aquí la relación de la joven:

—Diez días antes de la acusación que se ha dirigido contra mí, señor Waters—me dijo la pobre niña,—no ticióme Saffa que tenía billetes de entrada para el teatro de Covent-Garden, y que era necesario pedir al señor Morris que nos dejase aprovecharlos. Sofia se encargó de pedir el permiso a nuestro severo patrón, que, lo mismo que su esposa, vituperaba el gusto por el teatro, encontrándole inhumano para todo el mundo y, sobre todo, para las muchachas. Sin embargo, gracias, sin duda, a los ruegos de mi prima, se nos concedió el permiso de salir. Confieso, señor Waters, que estuve contentísima de ir al teatro: pero mi contento fué de corta duración, porque en el palco que nos abrieron encontramos a los señores Simpson y Hartley, cuya presencia en aquel lugar no pareció ni incomodar ni sorprender a Sofia. Ella sabía que debía encontrarlos allí, porque le habían regalado los billetes de entrada. Después de la función, salimos los cuatro juntos, e íbamos a ganar el peristilo del teatro, cuando de repente se alzó un

clamor entre la multitud. Hartley nos hizo apresurar el paso. Pero en el momento en que nos disponíamos a subir a un coche llamado por Simpson, dos oficiales de policía cogieron a nuestros compañeros y a pesar de la resistencia que opusieron obligáronles a ceder a la ruda invitación que se les había hecho. Yo estaba muerta de miedo señor Waters, pero nadie fijó la atención en nosotras, y tuvimos bastante serenidad para meternos en un fiacre que nos condujo a casa en poco tiempo. Al día siguiente suplicóme mi prima que callase nuestra aventura a la señora Morris, pues anagió no espedido permiso para ir al teatro, si no para pasar la velada en casa del señor Waters.

—Como debéis pensar—continuó María—sentí vivamente la mentira de que involuntariamente me había hecho culpable para con los esposos Morris; pero fuéme imposible describirles el objeto real de nuestra salida, pues no tan solo se hubiesen incomodado conmigo, sino también con mi prima. Al medio día presentáronse en la tienda los señores Hartley y Simpson y explicaron en voz baja a Sofia las causas de su injusto arresto. Era una equivocación. Desde esta época, el señor Hartley usó conmigo de una insolencia tan extraña que me espantaba; un día hasta tuvo la audacia de preguntarme si había tenido la buena idea de partir con él el botín que hacía poco tiempo se encontraba en mi poder. «No comprendo lo que queréis decir, caballero», le contesté secamente. Mi contestación irritó al señor Hartley. «¡Ah! ¿Acostumbráis a obrar así?» exclamó con tono brutal; pues bien os digo que os acordareis de mí.» El

señor Morris apareció entonces y creyendo que estaba ebrio, le echó de la casa, prohibiéndole que volviese a poner los pies en ella.

—Dos días después de la expulsión del señor Hartley—prosiguió María,—un caballero que yo no había visto nunca entrar en la tienda tomó una silla y pidió dulces. Note que era yo objeto de la atención de ese caballero. Por fin, se me acercó y me dijo: «Señorita María ¿no estu visteis la última semana en el teatro Covent Garden?» Esta pregunta me hizo sonrojar pues los esposos Morris estaban sentados en el mostrador «No, caballero, no contesté con voz trémula; os engañais, yo no voy nunca al teatro». «Yo no me engaño señorita; os he visto y permitidme que os dé un consejo.—Si deseais evitaros la pena y la vergüenza de un castigo devolvedme mi alfiler de diamantes, el alfiler que me robarais aquella noche. Lancé un verdadero grito de terror, al cual siguió una escena violenta. Cuando el señor y la señora Morris supieron que yo les había engañado sobre el modo de emplear aquella velada encontraron se naturalmente dispuestos a creermé culpable. El caballero persistió en su acusación; pero pedía con vehemencia que se le devolviese el alfiler sin que se me entregase a la justicia. Me registraron a mí y enseguida al registro de mi maleta y el alfiler fué encontrado en el saquito de seda de que me sirvo para meter el pañuelo cuando salgo de casa. Ante una prueba tan irrecusable, mis protestas de inocencia fueron inútiles. Quédé como herida por un rayo. El señor Saville reconoció la joya que le había sido robada y el señor Morris, como hombre severo y justo,

exigió que se llamase a un oficial de policía. La señora que no duda de mi inocencia, unió a Selva para decidirme a salir. Ya sabéis lo demás, señor Waters.

—Es un mal negocio—dije a mi mujer cuando María se retiró a su aposento, a eso de las nueve de la noche.—No dudo de la inocencia de esa pobre niña; pero es menester probarla, no con palabras, sino con hechos; además, es preciso probarla pronto, pues mi deber exige que mi nana conduzca a la señorita Kingsford a la cárcel preventiva de Bowstreet.

—¡Dios mío—exclamó mi esposa,—eso es horrible! ¿No podemos hacer nada? ¿Cuánto vale el alfiler, según el acusador?

—Me ha dicho que su tío pagó ciento veinte guineas por él. Pero el valor del alfiler nada significa, relativamente a la acusación que pesa sobre María; aunque su valor no excediese de veinte farthings, su culpabilidad será la misma.

—No es esta la idea que me ocupa, amigo mío. ¿Quieres enseñarme el alfiler? Soy bastante buen juez para evaluar joyas.

Enseñé el alfiler a mi esposa. Compañera, en apariencia, de una magnífica esmeralda rodeada de diamantes.

Después de un largo y minucioso examen de la joya, me dijo mi esposa:

—Estoy casi cierta que ese alfiler casi tiene valor; la esmeralda y los diamantes son piedras falsas, y no creo que la joya valga más de veinte chelines.

—¿De veras?—exclamé.—¡Bravo! Si el alfiler no tiene el valor que ha declarado Saville, es claro que no

le pertenece; él lo habrá robado, y tal vez está asociado con... Pero pronto, querida mía, dame el sombrero, pues voy a asegurarme de la verdad de tus palabras.

Fui corriendo a casa de un joyero. Mi mujer tenía razón, y aparte del mérito artístico de la obra, el alfiler ningún valor tenía.

Conjeturas, sospechas, esperanzas y temores atravesaron sucesivamente mi espíritu, y me encontraba en un estado de angustia tal, que me vi obligado a esperar el día siguiente para trazar con calma el plan de conducta que tenía que seguir.

Al día siguiente, en la segunda columna del «Times», se veía un anuncio que llevaba por título: «Importantisimo». En este anuncio, redactado con cuidadosa obscuridad, y de manera que sólo fuese comprendido por la persona a la cual iba dirigido, decía yo al verdadero propietario del alfiler, que esa joya sin valor, que le había sido robada en el teatro, le sería devuelta si quería verse con un individuo, del cual le daba la dirección. Añadía luego que se necesitaba mucha diligencia, pues dependía de ella la vida y el honor de una persona.

A la hora prefijada me trasladé al sitio de la cita, y pronto vi aparecer un caballero de unos treinta años, de exterior distinguido, aunque algo desenvuelto.

—Caballero—le dije,—¿os pertenece este alfiler?

—Sí, señor; he venido para conocer el significado de vuestro singular anuncio.

En pocas palabras le expliqué la espantosa posición de la pobre María.

—¡Pícaros!—exclamó el caballero—

Voy a daros excelentes noticias; un hombre llamado Hartley, este es al menos el nombre que se da, me robó este alfiler en el teatro; designé el ladrón a la policía, y a la salida de la función fué detenido; pero como no se le encontró nada encima, se le hubo de soltar. Después reflexioné que si acusaba formalmente a la persona que me había robado, tendría que hacer revelaciones que no me convenía hacer. Este alfiler no es más que la imitación de una preciosa joya que en otro tiempo me regaló un pariente muy querido. Pérdidas de juego, pues que es preciso que os lo diga todo para salvar a esa desventurada joven, me obligaron a vender el original, del cual mandé hacer una excelente copia para que mi pariente no notase su falta.

—Os doy las gracias por vuestra franqueza, caballero—dije al hidalgo,—la cual me basta para probarme la inocencia de la pobre acusada. ¿Querriais acompañarme a casa del superintendente de policía?

—Con mucho gusto. ¿Quisiera tan sólo que el diablo se llevase el alfiler y el pícaro que me lo ha robado!

A eso de las cinco de la tarde, el propietario de la casa habitada por el señor Saville me abrió silenciosamente la puerta, y en un aposento del primer piso encontré negligentemente recostado en una ancha silla al caballero acusador.

Levantóse a mi vista.

Su penetrante mirada pareció poco satisfecha de la represión de mi rostro.

—No esperaba hoy vuestra visita—dijome, por fin, con algún embarazo.

—Es muy probable, caballero; pero tengo que daros noticias demasiado

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

interesantes para no hacerme olvidar la molestia que os causo. El dueño del alfiler que ha costado veinte guineas, y que os había regalado vuestro difunto tío, no ha partido aún para las Indias, y...

Antes de concluir mi frase, el truhán se había echado de rodillas, pidiendo compasión.

—Vamos, vamos, caballero—le dije,—no alboroteis, pues no quiero ni puedo perdonaros. Si quereis con seguir alguna indulgencia, merecedla. Necesito a Simpson y a Hartley, y no puedo dar con ellos; ayudadme a encontrarlos.

—Con mucho gusto os ayudaré—exclamó el miserable;—al instante mismo puedo ponerles en vuestro poder; corro a buscarlos.

—¿Me tomáis por un tonto, señor Seville? Quiero que les enviéis a buscar, y no que vayais vos mismo.

Saville bajó la cabeza, avergonzado de ver que había adivinado su intención, y escribió a sus dos amigos las palabras que yo le dicté.

La carta fué enviada por persona segura, y arreglé el plan de la inesperada entrevista.

Un oficial de policía se escondió conmigo detrás de un gran biombo que había en el aposento, a fin de dar al señor Seville la libertad de conversar con sus cómplices del hecho de que acababan de hacerse culpables, de común acuerdo.

Apenas acabábamos de colocarnos detrás del biombo, cuando se oyó la puerta de entrada anunciando que se acercaban los nobles amigos del dueño del aposento.

—Aquí están esos caballeros—me dijo Saville, lanzándome una iracunda mirada.

No intenteis nada contra nosotros,

señor Saville—le dije tranquilamente, contestando a su rencorosa mirada;—en esta pieza no somos más que dos; pero en el aposento de encima hay una docena de hombres que no esperan sino una señal.

La entrada de los señores Simpson y Hartley,—fué alegre y ruidosa.

—En verdad, Saville—exclamó Hartley,—teneis el aire mohino.

—A le nua, querido amigo—exclamó Saville,—el asunto del maldito alfiler me atormenta,

—¡Bagatelad! ¡Tontería! Desechad esos temores; todo va bien. Nos hemos embarcado en el mismo buque; es un juego a tres manos: yo he tomado el alfiler, Simpson lo ha metido diestramente en el saco de la linda Maria, y vos lo habeis reclamado. Esto es un verdadero círculo, un alegre círculo, ¿no es verdad? ¡Ah! ¡ah!

—Un alegre círculo, señor Hartley—dije presentándome de repente.

Y dando en el suelo con el pie:

—He aquí algunos caballeros que vienen a tomar asiento en él.

La puerta se abrió bruscamente, precipitándose en el aposento una partida de oficiales de policía.

Durante un minuto hubo un concierto de blasfemias, de amenazas y maldiciones.

Un cuarto hora después, los tres estaban encerrados.

Antes de fin de mes, fueron transportados a un buque que se hacía a vela hacia Botany-Bay.

El señor Westlake, acompañado de su hijo, vino a buscar a Maria.

Yo acompañé también a la joven al condado de Yorshire, y las bodas se celebraron durante la primera quincena del mes de Mayo.

Serví de padre a mi linda Maria.

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

y tuve la satisfacción de dejar a la adorable niña al lado de un hombre digno de su amor y de su corazón.

En el día, aunque jóvenes todavía, los esposos Westlake son jefes de una numerosa familia, compuesta de niños blondos y rosados; su casa está bendecida por el cielo, pues el amor, la paz y el bienestar han establecido allí su morada.

LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA

El agente principal de una casa francesa bastante importante, que había fijado su residencia en Londres, un sujeto llamado Lebreton, se presentó una mañana en Scotland-Yard en un estado agitadísimo, informando al superintendente de policía que acaba de hacer un viaje de ocho o diez días a Francia, y que a su vuelta había hecho el triste descubrimiento de que, durante su ausencia, le habían saqueado la caja. Era preciso de que se hubiesen valido de llaves falsas, pues la caja vacía, se encontró cerrada, sin tener ninguna señal aparente de fractura.

El señor Lebreton nos presentó una lista de las sumas robadas, como también los números de los billetes de Banco y letras de cambio que habían desaparecido.

El primer paso que se dió fué asegurarse de si los Billetes se habían presentado en el Banco; todavía no se había presentado ninguno, con lo cual se detuvo el pago, insertándose en los periódicos de la tarde y del día siguiente anuncios describiendo las letras de cambio y los números de los Billetes de Banco. Además, se prometió una recompensa considerable a los que proporcio-

nasen noticias para el arresto de los culpables.

Estos pasos no dieron ningún resultado, y a pesar de los esfuerzos de los oficiales de policía puestos en movimiento, no pudo descubrirse la menor huella de los malhechores.

Entre tanto, el señor Bellebon, el asociado «junior», como se dice en términos de banca, de la casa robada, llegó a Inglaterra para prestar su ayuda en esa investigación. Si no se daba con los ladrones, nos dijo, la casa estaba arruinada, o poco menos, y quedaba roto un casamiento de amor, mala especulación bajo el punto de vista del interés, pero del cual dependía su felicidad. La policía puso en movimiento a todos sus más hábiles agentes; sin embargo este asunto quedó envuelto en el más impenetrable misterio.

Por fin, llegó una carta que llevaba el timbre del correo de San Martín el Grande, dirigida al agente principal, señor Alejandro Lebreton, que se presentó en seguida en mi casa; esta carta contenía el ofrecimiento de devolver los billetes de Banco y las letras de cambio, es decir, el contenido del robo, menos el oro, que ascendía a unas mil libras esterlinas. Los valores que habían sido sustraídos, es decir, los Billetes de Banco y las letras de cambio, ascendían diez veces esta suma, y la casa francesa los había destinado para hacer frente a algunos cuantiosos pagos que debían vencer dentro de poco en Londres; solamente, en cambio de la restitución de los valores, se pedía otra suma de mil libras esterlinas.

El señor Lebreton insistía tanto más en sus gestiones con nosotros, cuanto que esa pérdida era en gran

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

parte causada por su negligencia en ejecutar las órdenes de la casa Belleton. Había recibido de Paris la invitación de negociar esas letras de cambio y hacer anticipadamente un pago considerable que la casa había de verificar a los señores Hoare y Compañía. Una vez hecho este pago, debía realizar su viaje a Paris. El señor Lebreton había invertido el orden: hizo primero su viaje a Paris, reservándose negociar los valores a su vuelta; pero a su vuelta, como hemos dicho, encontró la caja vacía.

En suma, la conclusión de la carta que llevaba el timbre del correo de San Martín el Grande (plaza de Londres), y enviada a la casa Belleton, bajo sobre al señor Alejandro Lebreton, decía que si aceptaba la proposición de recobrar los billetes por la suma de mil libras esterlinas, era menester insertar en el «Times» un anuncio misterioso, cuyo contenido estaba en la misma carta, y que, en contestación a este anuncio, se indicaría sin tardanza un medio para efectuar su restitución.

Mortificado en extremo por este acontecimiento, apremiado por los impulsos de su corazón, el señor Belleton estaba a punto de aceptar la proposición que se le había hecho; en consecuencia, en una entrevista que tuvo con el superintendente de policía, le comunicó la carta que acababa de recibir, le pintó su embarazo, confesándole la fuerza de sus compromisos; pero el superintendente rechazó con energía todo pacto con los miserables estafadores, y declaró que él no se prestaría ni aun con el silencio a los deseos del señor Belleton.

Este procuró insistir; pero menean-

do la cabeza: —Caballero—le dijo el superintendente,—nos es imposible hacer con el crimen semejantes transacciones; diré más: vos mismo no debéis ceder a esos culpables ofrecimientos, y añadiré que, si a pesar de mis instancias persistís en proseguir este asunto de una manera tan completamente ilegal, me veré obligado a formaros causa criminal.

El señor Belleton inclinó la cabeza y puso sus intereses en manos del superintendente de policía, rogándole solamente que activase sus pesquisas.

Sin embargo, para adquirir más noticias, se convino en insertar en el «Times» el anuncio redactado por los ladrones mismos.

Insertóse, pues, y la respuesta esperada llegó al día siguiente, concebida en estos términos:

«El señor Lebreton pasará sólo a casa de Old-Manor-House, situada en el Green-Lanes-Nevvington, a las cuatro de la tarde, encargándole, si va, que lleve consigo la suma fijada para el rescate de los billetes; sus «mataes» deberá ser en oro».

Se comprende esta última precaución: cada billete de Banco lleva su número; esos números pueden ser denunciados con anticipación al Banco y los portadores de los billetes reconocidos.

El «post-scriptum» de la carta, es crita en francés, añadía que, a fin de provenir toda traición, el señor Lebreton sólo encontraría en la taberna una carta cuyo contenido le indicaría el lugar en donde podría arreglarse definitivamente el asunto. En todo caso, a esa segunda cita que se le daría, debería comparecer tan sólo y misteriosamente como a la primera; el punto indicado era

en un sitio descubierto, lo cual ha-
cia impracticable toda tentativa de
sorpresa.

La proposición de los ladrones es-
ta hecha con una sangre fría tan
extraña y una ingeniosidad tan se-
gura del éxito, que parecía dudosisi-
mo que se llegase nunca a recoger a
tan hábiles bribones.

Sin embargo, inventóse un plan
de conducta bastante hábil para
atraerles al lazo.

Tal como ellos lo habían propues-
to, el señor Lebreton se trasladó a
la taberna a eso de las cuatro, pero
no encontró ni carta ni mensajero,
y ni en el exterior ni en el interior
apareció cosa alguna en Old-Manor-
House que pudiera dar a sospechar
el menor espionaje.

El señor Lebreton tuvo, pues, que
retirarse como había venido.

Al día siguiente se recibió una
nueva carta, en la cual se anunciaba
que la cita no había tenido efecto
porque los «negociantes» supieron
que la policía había tomado algunas
medidas. El señor Belleton quedaba
advertido, decía la carta, que si su
conducta no se presentaba franca y
confiada, que si daba que sospechar
la menor mala fe o la más pequeña
restricción, los billetes, las contratas
y las letras de cambio serían destrui-
das sin tardanza, en el caso de no
hacer uso de esos valores de una
manera más perjudicial aun a los
interesados de la casa Belleton. El
modo de disponer de ellos, en este
caso, haría inminente la ruina de
esa factoría anglo-francesa.

En lo más fuerte de la crisis lle-
gué yo a Londres, furioso por el mal
éxito de un asunto que me había lle-
gado a Plymouths.

El superintendente de policía se

divirtió con mi cólera; y para conso-
larme un poco me dijo:

—Señor Waters, deseaba vuestro
regreso, y el asunto de que voy a
encargaros tendrá, gracias al modo
con que lo llevareis a cabo, un re-
sultado que os indemnizará comple-
tamente del mal éxito del que acabais
de seguir. Vos habláis francés
como si hubiéseis nacido al otro la-
do del canal de la Mancha, y el co-
nocimiento que tenéis de este idioma
facilitará vuestras relaciones con el
caballero robado, pues apenas com-
prende el inglés.

Después de estas palabras, me con-
té mi jefe lo que se acababa de leer,
y a esos detalles añadió ciertas pe-
queñas circunstancias que, primera-
mente, sólo derramaron una tenue
luz sobre el acontecimiento; pero que,
sin embargo, fueron más tarde un
gran auxilio para mí.

Dejé al superintendente y entré en
mi casa para reflexionar tranquila-
mente el plan de conducta que de-
bía fijar en mi espíritu antes de lan-
zarme en persecución de los culpa-
bles.

Después de un detenido y minucio-
so estudio del asunto, resolví empe-
zar por ver al señor Belleton, pero
al señor Belleton sólo; en consecuen-
cia, envié a su casa el muchacho
de una taberna a la cual me dirigí,
encargando a mi comisionado que
trajese sin tardanza la respuesta a
mi carta. En ella decía yo al ban-
quero que, por un asunto urgente y
relativo a los intereses de su casa,
deseaba verle enseguida.

El señor Belleton me contestó que
esperaba mi visita.

Presentéme inmediatamente en ca-
sa de banquero, y después de una
conversación de un cuarto de hora

La novela completa se vendé en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

le pregunté, sin parecer dar ninguna importancia a mi pregunta, pues el señor Belleton me parecía demasiado joven, demasiado ingenuo y atolondrado para poder contarle ni la mitad de mis combinaciones:

—¿El señor Lebretón trabaja en el despacho en que se cometió el robo?

—Ordinariamente, sí—contestó;— hoy día no, por haberlo enviado a Greenwich por asuntos de la casa. No espero su vuelta hasta la noche; pero si deseais visitar por segunda vez el sitio donde fué cometido el robo, es fácil renovar ese exámen.

—Lo creo tanto más necesario, caballero, cuanto el primero lo practicó un compañero mío y no yo. Solamente, si me lo permitis, os daré el brazo para pasar a vuestras oficinas, a fin de fue con esta familiaridad se desnaturalizase completamente el carácter oficial de mi visita.

Llegamos, pues, cogidos del brazo a las oficinas del banquero.

Una mujer de cierta edad nos abrió la puerta de un gabinete, en donde había un joven ocupado en escribir. El joven se levantó, era el dependiente, y tendría como unos veinte y cinco años. Su cara, de facciones bastante regulares, se distinguía por un magnífico bigote. La mirada que nos dirigió, y sobre todo a mí, llevaba impresa una desconfianza tal, que, no queriendo darle tiempo de imprimir en su memoria el recuerdo de mis facciones, le volví la espalda, diciendo por lo bajo al señor Belleton, de modo que el joven no pudiese oirme:

—Enviad a vuestro dependiente a algún recado.

El señor Belleton se le acercó, como si de repente recordase una cosa olvidada:

—A propósito, señor Dubarle—le dijo con un tono muy natural—¿habéis pasado por casa del señor Forter, de la Cité, como os dije ayer?

—Caballero, ¿estais cierto de haberme dicho eso?

—¿No os lo dije? Entonces es un olvido mío. Id, pues, al instante; se trata de un cobra de doscientas libras esterlinas.

El joven se levantó, tomó su sombrero,

me lanzó otra mirada inquieta, y salió.

—¡Y bien! ¿Qué hay?—me preguntó el señor Belleton interrogándome con los ojos.

—No desando ser conocido como oficial de policía, caballero—le dije.—es preciso que el exámen riguroso de vuestras oficinas y de vuestra casa sea hecho sin testigos.

—En este caso—respondió el señor Belleton,—voy a mandar a la criada a un recado a un cuarto de milla de aquí.

—Iba a pedirlo; pronto estaremos listos.

Salió la criada, y nos encontramos solos; en consecuencia, entramos tranquilamente en la pieza donde estaba la caja.

Registré los cajones, los armarios, los muebles, cuidando de poner o un lado todos los pedazos de papel en los cuales había caracteres o cifras.

El registro fué largo, minucioso, y, sin embargo, sin resultado, al menos en apariencia.

Ya he dicho que no quería dejar entreded nada delante del señor Belleton, a quien encontraba demasia

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

do irreflexivo para hacerle mi confidencia.

—Y decid, ¿estais bien cierto—le pregunté—de las palabras que habeis dicho al superintendente de policia?

—¿Qué palabras?—preguntó el señor Belleton.—No las recuerdo.

Le habeis afirmado que el señor Lebreton no tenia mujer, ni hermana, ni querida en Londres ni en sus alrededores.

—Estoy ciertísimo; al menos no viene ninguna mujer a su despacho ni a mi casa. La pregunta del superintendente me pareció grave, y he interrogado seriamente a la criada y a mi dependiente Dubarle.

Al mismo instante oí abrir y cerrar la puerta del gabinete; entreabrí la de la caja, a fin de ver si era el dependiente quien entraba, y efectivamente, era el mismo.

En menos de un cuarto de hora habia hecho más de legua y media.

Le dirigí una mirada, y vi que estaba jadeante, sin aliento, y, sin embargo, su semblante, en vez de estar colorado como debía estarlo, después de tan rápida carrera, estaba livido.

Su mirada se cruzó con la mia. Por lo visto, procuraba leer en mi semblante y en mi actitud la causa de mi presencia en casa del señor Belleton.

Mi visita habia terminado; estaba convencido de que sabia cuanto podia saber, y salí recomendando al señor Belleton que me dijese la hora en que volveria la criada.

Al dia siguiente supe que habia empleado cinco cuartos de hora en el desempeño de su encargo; era evidente que mi presencia no le habia

causado las mismas inquietudes que al dependiente Dubarle.

—Ni mujer, ni hermana, ni querida—me decia a mi mismo, entrando en un aposento retirado de una taberna en la cual habia establecido mis reales;—ningún conocimiento femenino; entonces ¿de dónde vienen esos papeles perfumados que he encontrado en el pupitre del señor Lebreton?

Examiné atentamente esos fragmentos de papel y procuré unirlos unos con otros, pero fué en vano; pertenecian a diversas cartas, y eran tan reducidos, que no permitian reconstruir una sola frase cuyo sentido fuese coprensible. Las únicas palabras que logré unir fueron estas:

«Ya... ya lo sabeis... perdido mi pobre Fie...»

Como puede verse, eso no era una gran noticia; el único punto sobre el cual no me quedaba duda alguna fué que todos los fragmentos estaban escritos por la misma mano, y que esta mano era de una mujer.

Dos horas más tarde, andaba lentamente y pensativo en dirección a Stake-Nevvington, en donde tenia que hacer pesquisas relativas a otro asunto; habia traspasado ya el Ringlove Gate, cuando llamó mi atención un pequeño anuncio, medio borrado, que estaba pegado detrás de la puerta vidriera de un almacén de mercería; el anuncio estaba concebido en estos términos:

«Se darán dos guineas de recompensa al que encuentre un lebrul que tiene cortada por accidente la punta de la cola y que responde al nombre de Fiel».

Este nombre me hizo estremecer.

—¡Fiel!—repetí mentalmente.—

La novela completa se vende en la Administración a T.50 ejemplar.

Quisiera saber si es un pariente del Fiel cuya pérdida se anunciaba al señor Lebretón.

Abri rápidamente mi cartera, y a la luz de un mechero de gas volví a leer estas palabras escritas sobre el fragmento de papel perfumado:

«Ya... ya sabéis... perdido mi pobre Fie...»

Entré en la tienda.

La dueña de la casa estaba en el mostrador.

—Señora—le dije,—creo conocer a la persona que ha encontrado el perro designado en este anuncio.

—¡Oh! Si fuese así, caballero, me alegraría mucho, pues pertenece a una de mis parroquianas, y la pobre señora está desconsolada por esa pérdida.

—¿Y sería indiscreción preguntarnos por el nombre de esa señora?

—¡Oh! No, señor, y voy a daros no solamente su nombre, sino también la dirección de su casa, sólo que os lo enseñaré escrito por ella misma. Esta señora es francesa, y su nombre es tan difícil de pronunciar para nosotros, los ingleses, que le he duplicado lo escribiérase ella misma en mi libro.

Leí apresuradamente en el registro esta indicación:

«Señora Levasseur, Oak Cottage, en el camino de Edmonton a South gate».

La letra era absolutamente la misma que la del anuncio, y la de éste semejante a más no poder con la de los fragmentos de papel hallados en el pupitre del señor Lebretón.

Era letra francesa.

Esas indicaciones de una pista que podía conducirme a un resultado inesperado, me hicieron tomar la resolución de seguirla con vigor.

Después de dirigir algunas preguntas a la tendera, que me parecieron necesarias para hacer verosímil la restitución del perro, salí del almacén, prometiendo enviar al día siguiente por la mañana el perro a la señora Levasseur.

Concluidos mis quehaceres en Stoke-Newington, me dirigí al establecimiento de un tratante en perros, en donde, por media corona, comencé un lebral atroz. En un instante se hizo la necesaria operación; el perro perdió parte del rabo por medio de la incisión de una pala ardiente, y la curación fué tan pronta, que no podía sospecharse esa reciente mutilación.

Al día siguiente, a eso de las once de la mañana, disfrazado de vagabundo, con la apariencia de verdadero ladrón de perros, llamé a la puerta de la casa de la señora Levasseur. Debo decir en mi elogio, que mi metamorfosis era tan completa, que a mi mujer, a la cual fui a ver antes de ponerme en campaña, le costó trabajo reconocerme.

La señora Levasseur estaba en casa, pero harto delicada de salud para poder dejar su aposento, así es que no quiso recibirme; su criada me ofreció entonces llevar ella misma el perro a su ama, bien en el cestón que iba, o fuera de él si yo le sacaba; pero yo contesté que no enseñaría el perro sino a la misma señora. Viendo la criada que mi voluntad era inquebrantable, me dió con la puerta en las narices, precaución que me pareció sumamente natural, atendido que, gracias a mi traje, mi exterior era poco digno de confianza.

Al cabo de cinco minutos, volvió la criada, me mandó limpiar los

gatos y me invitó a seguirla al primer piso, en donde fui introducido.

La señora Levasseur era una joven bastante bella, pero carecía completamente de distinción. Estaba sentada en un sofá, y su cara, así como su actitud, revelaban un gran deseo de volver a ver a su querido Fiel.

A mi entrada en el aposento se asustó tanto la joven, de mi aspecto varonil, que se medio levantó, y gritó con acento de terror:

—¡Levasseur!

A este grito precipitóse en la sala, a medio vestir, un simpático joven, con barba y bigotes. Estaba ocupado en afeitarse, según lo atestiguaban las huellas de jabón que todavía le quedaban en la cara, y la navaja que llevaba en la mano.

—¿Que hay, querida —preguntó con voz conmovida— y ¿quién os asusta hasta el punto de haceros lanzar semejante grito?

—¡Mirad ese vestiglo!—contestó la señora designándome a mí, pues el perro estaba todavía en la cesta.

El joven se echó a reír. Respecto a la señora Levasseur, cuyos temores se habían calmado con la presencia de su marido, concentró toda su atención en la cesta en donde estaba encerrado el falso Fiel.

Hice salir al animal.

¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó al ver salir el espantoso lebel.—¡Ese perro no es el mío!

—¡Cómo!—repliqué con el tono de una completa sorpresa.—¿Este perro no es el vuestro?

—No, os digo. ¡Idos!

El señor Levasseur me hizo comprender muy inteligiblemente que si no me apresuraba a tomar con mi perro el camino de la puerta, nos

haría indicar por la criada con un palo de escoba.

Después de haber hecho el mejor uso de mis ojos durante esta corta entrevista, metí de nuevo el perro en el cesto y desaparecí.

En la primera esquina que encontré, abandoné el cesto y el perro.

—¡Ah! ¡Con que el señor Lebetón no tiene mujer, ni hermana, ni que se rida!—exclamé lleno de alegría, cuando estuve a veinte y cinco pasos de la casa.—¡Pues bien! Si no es vuestro retrato el que he visto entre el de la mujer y el del marido, soy tan tonto o ciego.

Había encontrado, pues, una pista; estaba en camino de devolver al joven y excelente señor Belleton los valores que le habían sido robados, y cuya devolución debía asegurar su felicidad.

También me había dicho a mí, con los ojos llenos de lágrimas, que a causa de la catástrofe que hemos referido, estaba a punto de perder un porvenir de felicidad.

En aquel mismo día, a eso de las nueve de la noche, vestido el señor Levasseur con la suprema elegancia del más exquisito mal gusto, dejó a Oak-Cottage, tomó un coche en Ed monton y se dirigió rápidamente a Londres. Sólo que, sin sospecharlo, iba seguido por un dandy inglés, tan ricamente acicalado como él, con peluca, barba y bigotes.

Este dandy era yo mismo, y puedo vanagloriarme de que estaba tan bien transformado en dandy, como por la mañana en tratante en perros.

El señor Levasseur bajó de su coche al extremo de Quadrant-Regent street, y se dirigió hacia Wint street. Continué siguiéndole, y viendo que

entraba en una taberna, entré también.

Esta casa distaba mucho de ser una taberna de alto capote, al contrario, era el punto de reunión general de todos los criados extranjeros que se hallaban sin colocación. En consecuencia, allí se encontraban ayudas de cámara, mandaderos, cocheros y cocineros de diferentes naciones, que se reunían para fumar, beber y jugar a un juego insoportablemente ruidoso, poco conocido de los ingleses, y que debe haber sido inventado en alguna pobre aldea donde no podrían proporcionarse cartas o juegos de otra especie.

Los únicos instrumentos de ese juego son los dedos que dos personas, colocadas una en frente de la otra, levantan al aire por un movimiento repentino y simultáneo. Cada individuo tiene derecho a levantar los dedos que quiere, y los dos jugadores, presentándose los dedos, cuentan al mismo tiempo. El que acierta el número de dedos levantados por ambos a la vez ha ganado (1). El alboroto producido por estos gritos: Cinco, nueve, diez, cuatro, siete, era atronador.

Todos los de la sala estaban tan ocupados en ese juego, que nadie paró la atención en la entrada de Levasseur ni en la mía.

El señor Levasseur se sentó delante de una mesa, yo me coloqué a algunos pasos de él, y mientras se hacía servir un «grog», pedí una botella de «sherry».

Pronto noté que Levasseur conocía perfectamente una parte de las personas que había en la sala; además,

supe que no era francés, sino suizo, y del cantón de Vaud.

La noche transcurrió sin proporcionarme ningún otro descubrimiento; solamente pude convencerme de que el señor Levasseur había ido a aquella taberna con el objeto de encontrar en ella a una persona buscada y esperada, pero que no fué, pues a eso de las once dejó un «bob» a medio beber y salió de la sala con aire evidentemente contrariado.

La noche del día siguiente fué una repetición de ésta; pero al otro día vi entrar con más alegría que sorpresa al agente de la casa de banca, para mí el corresponsal y cómplice de los ladrones, y tal vez hasta autor del robo, el señor Alejandro Lebreton.

Este penetró en la sala con una precaución tan recelosa, su mirada, que encontró pronto la del señor Levasseur, fué a la vez tan inquieta y tan interrogadora, que comprendí que una imperiosa necesidad le ponía en la precisión de comprometerse abiertamente presentándose en un lugar tan mal reputado como lo era aquella taberna.

Sin embargo, contentóse con cambiar una mirada con el señor Levasseur desde el umbral de la puerta.

El señor Levasseur contestó a esta mirada, se levantó y salió de la sala.

Por un instante tuve la idea de seguir a los dos personajes; pero la prudencia me contuvo, pues hubieran podido advertir mi movimiento, y desde entonces desconfiar de mí.

Mi vacilación me fué favorable. La ausencia de esos dos caballeros fué momentánea, y pronto el señor

(1). La morra.

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Levasseur entró, seguido de su com-panero, más tímido que él, sentándose ambos a una mesa a algunos pasos de mí.

Al examinarle de cerca, me llamó vivamente la atención la fisonomía hosca e inquieta del señor Lebretón. No me había engañado; el retrato que había visto en Oak-Cottage, entre los del señor y de la señora Levasseur, era el del representante de la casa Belleton y Compañía.

Su fisonomía asustadiza formaba un extraño contraste con la expresión imprudente, maliciosa y feroz del semblante de su cómplice.

El señor Lebretón, traído allí casi a la fuerza, sólo permaneció pocos minutos en la taberna, y las únicas palabras que pude oír de su conversación con el señor Levasseur, fueron estas:

—Temo que tenga alguna sospecha.

Durante esos acontecimientos que me ponían en camino de encontrar a nuestros caballeros de industria, transcurría el tiempo, y la impaciencia del señor Belleton crecía por grados. Escribíame carta tras carta, pues yo había rehusado otro medio de comunicación, y en todas ellas me decía que cada día que pasaba aumentaban las dificultades de su posición, pues se acercaba el fin de mes, época de pagos.

Las angustias del pobre banquero me impresionaron tan vivamente, que tomé la resolución de arriesgar un paso atrevido, pero que, en el caso de salir bien, me aseguraba el éxito del negocio.

Aparentando una inmensa pasión por el juego, por la mesa y por el vino, revelando moral y físicamen-

te hábitos y maneras que correspondían a las de la clase de la sociedad a que pertenecía el señor Levasseur y las gentes de su especie, tuve esperanzas de llamar su atención y conquistar su amistad. Mis primeros esfuerzos, debo decirlo, pasaron completamente inadvertidos a sus ojos.

Sin embargo, una vez creí notar que prestaba una atención bastante sostenida a mis palabras. Yo conté, efectivamente, a algunos compañeros que estaba unido con mucha intimidad con un hombre que tenía medios para enajenar en el extranjero billetes del Banco de Inglaterra, cuyo pago hubiese sido detenido en Londres. Pero después de algunos minutos de atención y de interés, el astuto bribón recobró su aspecto frío y reservado. Era evidente que yo le inspiraba cierta desconfianza que debía esforzarme en borrar del espíritu del miserable. Tengo la fatuidad de creer que la confianza que le inspiré, por fin, fué conquistada con destreza.

Una noche, un hombre de ajado cierta elegancia, entró en la taberna donde hacía algún tiempo acostumbraba a encontrar al señor Levasseur. Apenas hacía diez minutos que ese hombre se encontraba en la taberna, cuando ya todo el mundo sabía que se llamaba Trelavny, y que, momentáneamente al menos, su cartera estaba muy bien provista. Había venido a sentarse en frente mismo de nosotros, y con una fanfarronada llena de imprudencia y descaro, dijo, mientras bebía un «bol de punch», que parecía el complemento de numerosas libaciones hechas durante aquella noche, que

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

habitaba en Conduci street, que poseía dinero, y, para apoyar esta aserción con una prueba visible, sacó orgullosamente de su bolsillo una cartera llena de billetes de Banco. Algunas personas, extrañas a mis proyectos, cercaban nuestra mesa, y vi a Levasseur observar y coger al paso la ávida mirada que yo lancé a la rica cartera del recién venido. Por fin, después de media hora de farfarronería, pagó el señor Trelavynay su gasto y salió del café.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras él, cuando me levanté a mi vez y seguí sus pasos, tan misteriosamente como el señor Levasseur seguía los míos.

A unos cincuenta metros de la taberna me detuve, y examiné con el aire de un verdadero malhechor los umbrales tenebrosos de las puertas y la pálida claridad de las ventanas; luego escuché, con la prudente desconfianza de un pícaro consumado, los rumores lejanos de una ciudad que se entrega al sueño; pero, por muy profundo que fuese este examen, no traté de descubrir al señor Levasseur, que me seguía como una sombra.

A la vuelta de una esquina me acerqué al señor Trelavynay: tropecé con él, como inadvertidamente, y al hacer esta operación le escamoteé su cartera, después de lo cual me entré velozmente en una taberna, mientras que el señor Trelavynay proseguía su camino sin parecer abrigar la menor sospecha de la pérdida que acababa de experimentar.

Iba a cerrar las puertas del solitario aposento a donde me había retirado, con la evidente intención de examinar libremente el contenido

de la cartera robada, cuando sentí que la puerta se me resistía, miré de donde provenía esta resistencia, y me encontré de manos a boca con Levasseur.

El rostro del bribón tenía la expresión que debía tener el de Satanás sorprendiendo al primer hombre en iragante delito de pecado.

—No os incomodeis—dijo,—soy yo; acabo de asistir al interesante juego de manos que habeis ejecutado. ¡Diablo, mi querido señor William—era el nombre que me daba, qué habilidad teneis! Solamente que debéis saber que ahora, con una palabra, puedo mandaros a presidio.

Imprimí en mi semblante una expresión tan viva de espanto, que Levasseur se echó a reír.

—¡Oh! Tranquilizaos, querido mío—me dijo tocándome al hombro.—¿Adonde iríamos a parar si los lobos se comiesen unos a otros?

Luego, después de estas tranquilizadoras palabras, llamando al mozo de la taberna:

—Bisecchos y vino—le dijo. Y cuando estuvimos solos.

—¿De qué diablos os servirán estos billetes de Banco, a menos que los presentéis de aquí a mañana, lo que no sería prudente a causa de su cantidad, pues desde esta noche el señor Trelavynay hará su denuncia a la policía y los números serán dados al Tesoro. Es verdad que decíais, hace algunos días, que conocíais una persona que los compraba.

Cuanto más insidiosa fué la pre

guita, tanto mas tardé en contestar.

—Vamos, vamos—prosiguió Levasseur cambiando completamente de acento, y con un tono que se acercaba a la amenaza,—obrad como hombre de talento, amigo mio; os tengo en mis manos, y hareis todo lo que yo quiera, o ireis a hacer un viaje a Oceanía. Sed franco conmigo, y decidme sencillamente el nombre de vuestro amigo.

—En ste momento no se halla en Londres—balbuceé con voz trémula.

—¡Vamos, pues—me dijo Levasseur,—tratads de engañarme! Escogeis mal camino, amigo mio. Credme, hagamos causa común y sigamos la misma senda en vez de volvernos la espalda; también tengo yo que cambiar algunos billetes del género de los vuestros. ¡Ah! Ahora nos comprendemos, ¿no es verdad? ¿A cuánto los paga vuestro amigo, y qué hace con ellos?

Aparenté vacilar aún; luego contesté con aire encogido:

—Generalmente, da la cuarta parte del valor de los billetes, y se deshace de ellos en el extranjero. Los billetes son enseguida presentados al Banco por poseedores «bona fide», en cuyo caso el Banco está obligado a pagarlos.

—¿Hace lo mismo con las letras de cambio?

—Exactamente.

¿Y vuestro amigo los admite cual quiera que sea la suma?

—Le creo bastante rico para que la cifra le sea indiferente.

—Pues bien, es preciso que me presenteis a él.

Y pronunció estas palabras, «es

preciso», con el mismo acento con que hubiera dicho: «quiero».

—¡imposible!—exclame, afectando un verdadero sentimiento de terror.—¡imposible! Mi amigo no trata con extrateros.

—Es preciso que me presenteis a él—repitió Levasseur.—¿entendeis? «Es preciso»; si no, ya sabéis lo que sucederá; al primer oficial de policia que encuentre, le cuento el escamoteo de que he sido testigo hace un momento.

Yo me puse a temblar como si estuviese aterrorizado por esta amenaza, y con voz destallectada dejé caer el nombre de Levy Samuel.

—¿En dónde vive este Levy Samuel?—me preguntó Levasseur.

—La dirección de su morada es un secreto; pero puedo daros los medios de poderos en comun cación con él.

Por fin, después de algunas discusiones, que parecieron arrancar mi consentimiento, quedó convenido, entre Levasseur y yo, que al día siguiente iría a comer en Oak-Cottage, a donde Levy Samuel se trasladaría solo a las siete de la noche; yo estaba encargado de decir al judío que las letras y los billetes de que Levasseur quería hacerse se elevaban a la suma de doce mil libras esterlinas, y que se me pasaría, en calidad de remuneración, si el trato tenía buen fin, un billete de quinientas libras.

—Ahora, recordad bien, maese William—me dijo Levasseur antes de dejarme.—recordad bien que tenéis que escoger entre quinientas libras y la deportación; sois demasiado inteligente para no preferir

las quinientas libras; vos nada podéis probar contra mí, al paso que yo tengo una prueba contra vos.

Al día siguiente, me trasladé tempranamente a la policía. Puse al superintendente al corriente de la marcha de mi negocio, y le hice una descripción de la casa que el señor Levasseur habitaba en Oak-Cottage. Manifesté la imposibilidad de acercarse a ella sin ser visto, dejándole convencido de que no podíamos emplear el auxilio de otro agente que el que desempeñaría el papel del falso Levy Samuel. En efecto, el terreno en donde habían edificado esta vivienda estaba tan desprovisto, así de cercas como de árboles, que nadie podía acercarse a una legua de distancia, por muchas precauciones que tomase, que no fuese visto por los de la casa.

Se necesitaba pues, la mayor prudencia. En efecto, los miserables podían, en caso de sospechar, colocar los billetes cerca de una chimenea o de una estufa, y al menor temor destruirlos inmediatamente. Una vez destruida la prueba material del robo, el arresto de Levasseur se hacía inútil, si no por la tranquilidad pública, al menos por los intereses de la casa Belleton, por la cual, como he dicho, me tomaba un vivo interés.

Lo que inquietaba sobre todo al superintendente de policía, era la imposibilidad de poner varios agentes a mi disposición.

—Según toda probabilidad, ellos no serán más que dos, contesté — y si puedo disponer de los otros, es lo que yo voy a ver.

—Supongamos aun que el señor Lebreton se encuentre aquí para secundar a Levasseur y a Tubarte; creo que bien armados, y ayudados por la sorpresa, podemos Jackson y yo vencer a los tres.

El superintendente hizo todavía algunas observaciones; pero como no se podía luchar con una imposibilidad, abrevié diciéndole que su cedería lo que Dios quisiese, y me despedí de mi jefe para trasladarme a casa de Jackson y ponerle al corriente del papel que debía desempeñar.

Debo decir con toda franqueza, que en el momento de dirigir mis pasos a Oak-Cottage, estaba, si no asustado, realmente impresionado. Levasseur, cuya inteligencia era indudable, podía haber descubierto mi verdadera posición, y su cita no ser más que un lazo. Yo le había visto poco, pero le había estudiado mucho, y estaba perfectamente convencido de que tenía uno de esos caracteres que no retroceden delante de nada.

Más tarde, tuve ocasión de vencerme de ello.

Mis reflexiones, al representarme el peligro, no debilitaron mi voluntad de marchar derecho a él.

Yo había cargado mis pistolas con minucioso cuidado; luego, después de esta precaución, que verifiqué en mi aposento y al abrigo de toda mirada, bajé y abracé a mi mujer con cierta emoción que le iba diciendo que iba a partir para una excursión peligrosa; por fin salí de casa, exclamando con el compesino de Verdelure:

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

—Ganare el caballo o pereceré la silla.

A las cinco de la tarde llegué a Oak-Cottage y encontré a mi huesped sumamente alegre.

—La comida esta pronta—me dijo,—pero la política nos obliga a esperar todavía unos minutos a dos convidados a quienes he invitado.

—¡Dos convidados!—exclamé.—Pero ayer noche me dijisteis que estaríamos solos.

—Es verdad—me respondió Levasseur negligentemente;—pero había olvidado que en esta negociación interesaban dos amigos míos, y que, si no les invitaba, verifícarían espontáneamente y sin necesidad de invitación. Por lo demás—añadió,—no temáis que nos falten víveres: la comida es abundante, y no faltarán buenos manjares.

Un fuerte aldabonazo resonó en la puerta.

—¡Bueno! ¡Helos ahí!—dijo Levasseur.—Ya veis que no hemos tenido que esperarlos mucho tiempo.

Y salió apresuradamente para abrir a sus huéspedes.

Miré a través de las cortinas y como había sospechado, desde el momento en que dijo que esperaba a dos amigos, vi al señor Lebreton acompañado del señor Dubarle.

Mi primera idea, al medir el peli gro, fué coger una pistola en cada mano y precipitarme fuera de la casa, derribando al que tuviese la desgracia de encontrarse a mi paso; pero, afortunadamente para el señor Belleton, sucedieron a mi primer movimiento de miedo ideas más adinosas. Reconocido por el dependiente Dubarle, que me había

visto atravesar su gabinete para entrar en el de la caja, me hubiera encontrado en una situación de las más críticas; pero no había remedio para esto: tanto mi deber como mi honor exigían el combate, fuese el que fuere su resultado.

Pronto llamó mi atención la recia voz de Levasseur, y, prestando el oído, comprendí que el señor Lebreton rechazaba la negociación proyectada con Levy Samuel, y pensaba en que se tratase con la casa de banca Belleton, a la cual quería absolutamente devolver, mediante las mil libras esterlinas que se habían exigido primeramente, sus billetes de banco y sus letras de cambio pero Dubarle y Levasseur estaban lejos de aprobar tal plan y de consentir en la devolución: ellos querían absolutamente aprovechar la ocasión que se les había ofrecido de desembarazarse de los valores sustraídos, a fin de abandonar la Inglaterra. Después de tratar de locura las vacilaciones del señor Lebreton, que pedía un poco de compasión por la casa de banca que durante diez años le había alimentado a él y a su familia, los dos miserables impusieron silencio al cajero y, como las razones que ellos emitían no bastaban para acabar al señor Lebreton, emplearon otras que creyeron mejores, y que al menos fueron más eficaces. Se le amenazó con hacer caer sobre él toda la responsabilidad. En vista de esto, se resignó.

Cuando los tres amigos entraron en el comedor en donde yo les esperaba, el señor Levasseur me presentó a sus huéspedes: el temblor ligero, pero expresivo, que se me dio al verle ocular, experimentó Dubarle

La novela completa se vende en esta Administración a 7.50 ejemplar.

a mi vista, me causó a mí también un estremecimiento.

Sin embargo, como en el gabinete del dependiente había tenido cuidado de volverme de espaldas, y como estaba admirablemente distraído, las sospechas del joven parecieron disiparse poco a poco, a medida que el señor Levasseur, con tono alegre, contaba con todos sus detalles la honrosa acción que me había valido su confianza. Cuando se hubo calmado la risa que provocó la desgracia acaecida al señor Trelavvay, se sirvió la comida y nos sentamos a la mesa.

La comida estaba espléndidamente dispuesta.

No recuerdo haber tomado parte en mi vida, en un festín tan odiosamente insoportable. Las furtivas miradas de Dubarle, que sólo se había tranquilizado a medias, se hacían cada vez más prolongadas y ansiosas. Por fortuna Levasseur estaba muy alegre, en extremo hablador, y poco ocupado de lo que pasaba a su alrededor. Respecto al señor Bretón, absorto por las angustias del remordimiento, no prestaba ninguna atención a lo que en torno suyo acontecía.

Por fin tocó a su término esa horrible comida que me pareció durar un siglo, sirviéndose los postres, los licores y el café.

Yo bebí mucho, con el doble objeto de aturdirme un poco en la situación en que me encontraba, y para evitar toda conversación y observaciones de parte del desconfiado dependiente.

Acercábase el momento esperado de la llegada de Levy Samuel. De repente, Dubarle se inclinó hacia mí y me dijo al oído:

—Me parece señor William, que os he visto en alguna parte.

—Es muy posible, caballero—contesté con una seguridad que debió parecer natural;—muchas personas me han visto ya, y algunas hasta me han visto una vez de sobra.

—¡Perfectamente cierto!—exclamó Levasseur riendo—El señor Trelavvay, por ejemplo.

—Es igual—insistió el dependiente;—quisiera ver a ese caballero sin peluca; estoy seguro que sus verdaderos cabellos sentarían mucho mejor a su semblante.

—Sois un imbécil, mi querido Dubarle—dijo Levasseur;—¿queréis que ese caballero, que tiene todo género de razones para no mostrar su verdadero semblante, vaya a en señarlo a personas que estarían muy satisfechas de verlo?

Dubarle no insistió; pero fuéme fácil ver que su mirada continuaba ayudando a su memoria.

Por fin, con no poca satisfacción mía, resonó un golpe seco dado a la puerta, anunciando la llegada de un nuevo personaje. El que llamaba no podía ser otro que el reuerzo con que yo contaba, es decir, Levy Samuel, o mejor dicho, Jackson, o de otra manera, Trelavvay pues el lector habrá adivinado ya que la escena de la cartera que volé al falso Trelavvay fué una comedia concertada con Jackson, y perfectamente representada por los dos.

Nos levantamos de la mesa, y des de la ventana adonde me acerqué, pude ver al pretendido judío admirablemente vestido para el papel que tenía que representar.

Levasseur fué a abrirle, y volvió

pronto acompañado del falso Samuel.

Al ver la reunión aumentada con la presencia de Dubarle, hombre de elevada estatura y que debía tener una fuerza colosal, Jackson no pudo dominar un estremecimiento de sorpresa. Sin embargo, esta emoción se desvaneció pronto; pero la impresión que había recibido hizo olvidar al judío el dialecto que había cuidadosamente estudiado para esta circunstancia, y dijo en inglés:

—¿Mi amigo Milliam me había dicho que estaríamos solos, señor Levasseur?

—Os encontráis con amigos, señor Samuel, dos amigos más, he lo aquí todo; permitidme que os ofrezca un vaso de vino y que yo beba a vuestra salud; veo que sois un juío inglés.

—Inglés, sí, caballero—respondió Samuel.

Un silencio de algunos segundos sucedió a estas palabras, pero luego prosiguió Levasseur:

—Vuestra llegada me da la certeza de que estais pronto a arreglar nuestros asuntos, ¿no es verdad, señor Samuel?

—Sí, sois razonable.

—¿Razonable? Verdaderamente, soy el hombre más razonable del mundo—replicó el señor Levasseur, siendo con su habitual insolencia; —pero veamos en dónde está el oro con el cual quereis pagarnos; enseñadme tan poco como querais, pero enseñádmelo.

—Si nos arreglamos—dijo Samuel,—bastará media hora para poner el dinero a vuestra disposición, pues debéis comprender que no lle-

vo conmigo un saco con dos o trescientas guineas, y sobre todo...

Jackson a su vez se rió con malicia y silenciosamente.

—Sobre todo, cuando aludís a ciertas sociedades, ¿no es verdad, señor Samuel?—dijo imprudentemente Levasseur.—¿Pueden bien, debéis confesar que comprendo eso! Veamos, ahora hablemos seriamente. ¿Cuánto pedis por el descuento?

—Os lo diré cuando haya visto los valores.

Levasseur se levantó sin contestar y salió del aposento.

Al cabo de diez minutos volvió a entrar en el comedor, y puso sobre la mesa, contándolos con lentitud, los billetes y las letras de cambio que habían robado en casa del señor Belleton.

Jackson se levantó, se inclinó sobre la mesa y examinó detenidamente los valores, escribiendo su número en su agenda.

Yo me había levantado igualmente, y toda mi intención parecía fijarse en un cuadro que había suspendido cerca de la chimenea.

El momento era supremo, pues la señal convenida entre Jackson y yo no podía cambiarse ni retardarse.

Dubarle se había apartado de la mesa, y su mirada, inquieta e irresoluta, devoraba la figura del judío.

El señor Alejandro Lebreton tenía la cabeza apoyada en sus manos; parecía sumergido en un espantoso entorpecimiento, y permanecía completamente extraño a lo que pasaba allí.

Concluido el examen de los valores, Jackson me hechó una mirada, y al mismo tiempo abrazó con ella el aposento y a los que lo ocupaban.

La novela completa se vende en esta Administración a T.50 ejemplar.

Esto era decirme que estuviese prevenido y que el momento había llegado.

Entonces tomó los billetes, y con voz perfectamente distinta, contó:

—Uno, dos, tres, cuaro, cinco.

La palabra cinco era la señal. De modo que apenas hubo salido de los labios de Jackson, cuando éste se precipitó sobre Lebreton, que estaba sentado a su lado, en el momento mismo en que, deslizándolo una de mis piernas entre las de Dubarle, le derribé al suelo.

Su cabeza dió contra el mármol de una consola, y el dependiente no intentó ni siquiera levantarse; el golpe había sido tan violento, que permaneció tendido cuan largo era, sin sentido.

Bastóme una mirada para asegurarme de que no podía hacer resistencia; dejéle pues, tendido en el suelo, y saltando sobre Levasseur, antes que tuviese tiempo de ponerse en defensa, apreté le la garganta con la mano izquierda, mientras que con mi diestra libre le aplicaba una pisotada en la sien.

El señor Lebreton no hizo ninguna resistencia.

—¡Albricias! ¡Albricias!—exclamó Jackson agitando los preciosos billetes en su mano triunfante.—¡Albricias! ¡Somos vencedores, y el éxito sobrepuja a nuestras esperanzas!

Los bribones estaban atados antes de reponerse de la espantosa sorpresa que había trastornado sus facciones. Yo empecé por Levasseur; luego, cuando éste no pudo ya defenderse pasé a Dubarle, a quien até como al otro

sin que intentase hacer resistencia.

Respecto a Levasseur, apenas hubo recobrado el uso de sus facultades, cuando se puso a aullar como un loco, tirándose contra los muebles.

Lebreton estaba sumiso y Dubarle casi muerto.

Después de cerrar cuidadosamente en la cartera los billetes y pagarés, obligamos a los tres miserables a ir delante de nosotros y salimos de la casa sin encontrar a nadie. Yo creo haber dicho que la señora Levasseur estaba ausente.

A las nueve de la noche estaban mis ladrones bajo cerrojo en la cárcel de Nevigate.

Desempeñado este último requisito me dirigí corriendo a casa de Belleton. La alegría del joven banquero fué tal como había sido su dolor, es decir, sin límites, y yo participaba tan sinceramente de su alegría como antes había participado de su dolor.

El señor Belleton no esperó a que yo hubiese partido para escribir a su novia que no había cambiado nada en sus proyectos matrimoniales, y que me debía a mi su felicidad.

Los presos fueron condenados después de un corto proceso a diez años de deportación.

Antes de salir de la Sala Lavasseur, se volvió hacia mí:

—Amigo mío— me dijo—, me pudiendolo hacer ahora, a mi vuelta os pagaré la deuda que hoy he contraído con vos. No te más, nada perdereis por esperar, pues recibireis a la vez los intereses y el capital.

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Estaba tan habituado a esta clase de amenazas que sin inquietarme lo más mínimo, contesté a su furiosa mirada con otra tranquila, y a sus audaces palabras con un profundo saludo.

EDMUNDO WEBSTER.

Una mañana, un joven de figura fina y distinguida se presentó en mi casa, con una carta del subperintendente de policía, en la que me suplicaba que concediese mi protección al señor Edmundo Webster, portador del mensaje.

—¿El señor Edmundo Webster!— exclamé.—¿Seriais por casualidad la persona acusada de haber robado al señor Hutton comerciante en trigo, esa persona que el magnánimo negociante ha rehusado perseguir?.

—Si señor Waters —me contestó el joven tranquilamente—; pero aunque se haya sobrepasado la seguimientto legal de esa deshonrosa acusación, no por eso hemos dejado de perder mi familia y yo la reputación. Es necesario, pues a cualquier precio, que mi inocencia se manifieste delante de la severa investigación de los tribunales y con el objeto de llegar a esta rehabilitación el superintendente ha aconsejado a mi padre que se dirigiese a vos; por su mi padre me ha encargado que no retrocederá ante ningún sacrificio, si se necesita dinero para buscar la verdad.

—Perfectamente, señor Webster; ¿quereis tener la bondad de sentaros y contarme con exactitud, sin omitir ningún pormenor todo lo que ha pasado? No omitais nada, os lo repito ni circuns-

tancias, ni incidentese, por insignificantes que os parezcan.

—Podeis estar tranquilo, señor Waters y yo mismo llamaré vues conocer y apreciar la situación de familia esenciales para atra atención sobre uno o dos he en que me encuentro.

—Caballero os escucho con la más profunda atención.

Mi padre, que como sabeis, sin duda habita en Regent's Park, hace cinco años que ha dejado el comercio y este comercio lo continuó su asociado juntamente, señor Hutton. Hace seis meses creíame destinado a seguir la carrera de las armas y mi padre habia ya depositado el dinero en Horse Guards para comprar el empleo de abanderado, así que llegase a mi mayor edad. De repente y sin que me fuese posible penetrar la causa de esta mudanza, mi padre cambió de idea, insistiendo vivamente conmigo para que me asociase con el señor Hutton, que comerciaba en cereales, y retiró el dinero depositado para mi empleo. No comozco, como he tenido ya el honor de deciros, los motivos de este cambio; mi padre dió por pretexto mi prodigalidad, mi disipación y mi pereza, imputaciones, que, lo confieso, son justísimas; pero, al confesarlas, dudo mucho que la disciplina del escritorio tenga el poder de verificar un cambio en mi carácter. El segundo y yo creo el motivo más serio que ha guiado a mi padre, es el grande afecto que profesó desde mi infancia a la señorita Ellen Bramston, la hija menor de un capitán que ha servido mucho tiempo al gobierno en la campaña de las Indias Orientales, y que hoy día habita en Hampstead, viviendo

La novela completa se vende en esta Administración, a T.50 ejemplar.

de la renta de una pequeña heredad y de su medio sueldo. Mi padre de saprobó formalmente esta alianza que yo le había propuesto, porque, semejante a la mayor parte de los mercaderes que han tenido la dicha de crearse con su trabajo una posición independiente, desprecia más la pobreza que viste seda que la que lleva andrajos. Mi padre sabía que el medio más seguro de burlar mis deseos era cambiar mi espada anhelada por la pluma de dependiente. El capitán Bramston, que está unido por lazos de familia a una casa señorial, es más orgulloso que pobre, y no casará jamás a su hija con un simple tratante en trigo. «He sido demasiado bueno, demasiado condescendiente, exclamó un día el capitán, desde el momento en que he permitido a Ellen alentar las pretensiones del hijo de uno de los advenedizos de la Cité.» Estas palabras me las había repetido la misma Ellen.

—Hubiera sido, pues, absurdo, por mi parte—continuó Edmundo—imaginar que Ellen obtuviese nunca el permiso de casarse conmigo. La asociación que cortaba las alas a mis esperanzas de gloria, me disgustaba tanto, como odiosa era al capitán; pero mi padre se mostraba inexorable. A mis ruegos, a las súplicas de mis hermanas, contestaba con esta alternativa: «Ser extraño de la casa paterna, perder todos los derechos a su herencia o renunciar a Ellen Bramston.» Después de torturar por largo tiempo mi cerebro, después de haber adoptado y desechado diez planes de conducta diferentes, acepté un proyecto que exigía, durante algún tiempo, mucho disimulo, lo confieso, casi hido

cresia. Pero, gracias a este plan me halagaba la esperanza de conquistar a mi querida Ellen, sin perder al efecto de mi padre.

—Y sin duda alguna, mi joven amigo ¿debeis a esos artificios y disimulos lo grave de vuestra presente situación?

—Si, señor Waters; pero volvamos a mi historia. Es preciso que os diga que el señor Hutton no deseaba, por su parte, aceptarme como a asociado, pero, por razones que desconozco, no se atrevía a declarar abiertamente su repugnancia, y su hijo Juan Hutton, no parecía tampoco muy satisfecho de mi introducción en la familia.

—Conozco bastante el carácter del señor Hutton, padre—contesté—pero jamás he oído hablar del hijo; dadme si gustais algunos pormenores de ese joven.

—Juan tiene mis defectos; pero aparte de ese gusto desenfrenado por los placeres, por lo cual no podría hacerle un cargo, es un buen muchacho. Cuando acaeció este malhadado suceso estaba fuera de Londres. Su padre le había enviado por quince días a la Riga, encargado de una venta de trigo.

—¿Decis que antes de vuestro arresto había salido ya de Londres?

—Hacia siete u ocho días, si, señor Waters. A ruegos míos, un antiguo amigo de mi padre le aconsejó que me enviase a pasar dos o tres meses en el despacho del señor Hutton, antes de la irrevocable conclusión del asunto. Mi padre debía ceder a este deseo, no solamente por consideración al señor Hutton, sino también para asegurarse de sí, dominado por los hábitos de orden y de aplicación, mi carácter, fogoso

dependiente, se volvería mas calmoso y razonable. Por mi parte apoyé la proposición y prometí a mi padre someterme a sus deseos, pero con la condición de que antes de tres meses no se resolviese nada. El objeto principal de esta sumisión aparente, era volver a abrir en mi favor la bolsa paternal, que hacia algunas semanas estaba irrevocablemente cerrada. Yo tenia algunas deudas de honor, como se las llama, —deudas de deshonor seria una calificación mas conveniente, como me lo ha enseñado la experiencia—, tenia varias deudas que tenia que pagar con urgencia; por otra parte, el éxito de mi proyecto matrimonial dependia enteramente de mi habilidad en adquirir cierta suma de dinero.

—¿Vuestro proyecto matrimonial? —repetí con tono de sorpresa.

—Si, la señorita Ellen y yo habiamos quedado convenido, pero no sin discusión, como supondreis, en casarnos clandestinamente; en seguida de verificado nuestro enlace, partiríamos para Francia, en donde permaneceríamos mientras durase la tempestad. El resultado final de mi calaverada no me tenia inquieto. Yo era hijo único; mis hermanos, abogados infatigables, se encargarian de ganar mi causa, y en fin, como al caer el telón de una comedia, todo concluiría al cabo de algun tiempo con un regreso, una reconciliación general, y con un concierto de lágrimas, bendiciones y abrazos. El dinero me era, pues, indispensable, necesitaba para los gastos del casamiento, para mi fuga a Francia, para mi permanencia en Paris, y no veia otro medio de alcanzarlo sino halagand a mi padre, fingien-

do acceder a sus deseos. Debo haber observado de paso, señor Vaters, que si hubiese sido yo capaz de cometer la infame acción de que se me ha acusado, tenia, una vez insaludado en el despacho, innumerables ocasiones para robar al señor Hutton cien veces me dejó solo en su aposento particular, con las llaves en las cerraduras de su caja, en la cual habia fuertes sumas en billetes o en oro.

—¡Diablo!—dije yo—. ¡Singular imprudencia en un hombre tan cauto, tan avaro, y de un natural tan desconfiado!

—De ninguna manera, caballero —replicó vivamente Edmundo Webster, y su rostro, pálido, se cubrió de un rojo muy vivo—; el señor Hutton me daba solamente una prueba de afecto, una prueba que a pesar de mis locuras, me daría todo el mundo que conociese mi delicadeza.

—Perdonad, señor Webster, mi intención no ha sido ofenderos —le contesté en el acto—; la observación que he hecho no es mas que la expresión involuntaria de una idea que ha atravesado de repente mi espíritu; pero, creedme, esta idea no mancha absolutamente vuestro honor.

—Contra mis esperanzas— prosiguió el joven, cuya emoción se habia calmado rápidamente —, mi padre se mostró tan poco liberal como en la época de mis dilapidaciones. Pronto comprendí que estaba firmemente resuelto a privarme del dinero hasta el día de mi entrada sobre un pié legal es decir, como asociado en casa del señor Hutton. Yo sentia una aversión vivísima por dicha asociación que debia poner una barrera insuperable entre Ellen

La novela completa se vende en la Administración a 1.50 ejemplar.

y yo. A menudo traté este asunto con el señor Hutton y lo traté con tan poca reserva y tanta franqueza como la que empleo en esta narración que teneis el honor de escuchar. Mientras aparentaba delante de mi padre vivisimos deseos de tenerme a su lado, el señor Hutton sonreía a mi rebeldía y compadecía mis pesares; de modo que un día seducido por este exterior bondadoso, le pedi que me prestase la suma de quinientas libras esterlinas. Necesitaba este dinero para pagar mis deudas, casarme y dejar a Londres. El señor Hutton se negó completamente a mi demanda, motivando esta negativa en la indignación que mi padre manifestaría al saberla; pues me decía tarde o temprano llegaría a sus oídos.

—¿Continuó el señor Hutton des pues me decía, tarde o temprano mundo Websters.—facilitandoos la ocasión si hubieseis tenido intención de registrar su caja?

—Sí, sin duda, caballero; pero ¿qué importa?—contestó el joven con acritud; y su pálido semblante se volvió a cubrir de rubor.

—Nada, caballero nada; continuad os escuche con la mayor atención.

—Dirigi la misma petición a varios usureros, y ninguno quiso prestarme la suma. Por fin, el lunes pasado, hoy hace ocho días, encontrándome por casualidad algunos minutos en el despacho de negocios del señor Hutton en el mercado de trigo se me acercó un hombre de cierta edad y de apariencia honrada «¿Sois vos el señor Edmundo Webster?» me preguntó. «Si caballero.» «¿Sois vos quien me dejó una carta en casa del señor Carlos Curtis, de Bishopsgate street, el sábado último

para pedir un préstamo de quinientas libras esterlinas bajo la promesa de devolvermela dentro de seis meses?» «El mismo soy caballero. ¿Qué deseais?» «¿Teneis ese pagaré de quinientas libras esterlinas? Si lo teneis, yo me llamo Brown, soy propietario y puedo, bajo garantía, daros el dinero» «Todavía no he hecho el pagaré, contesté con alegría, pero si quereis esperar algunos minutos que vuelva el señor Hutton o a algún de mis dependientes iré por papel sellado y escribiré el pagaré en cuestión.» El señor Brown vaciló un instante. «Tengo mucha prisa en este momento, pero os esperaré en el café de la taberna de Bay Tree. Tened la bondad de pasar allí lo más pronto posible, y haced el pagaré a la orden del señor Brown».

Entró un dependiente en el despacho y yo salí dirigiendome a lo que cotrer a una papelería. Allí escribí el pagaré y pocos instantes después me encontraba en la Taberna de Bay Tree. El café estaba lleno de gente. Brown echó una rápida mirada al billete lo dobló vivamente y poniendo en mis manos un rollo de billetes de Banco: «No dejéis ver vuestro dinero a nadie, me dijo, contad los billetes debajo de la mesa». Yo tenia en mi poder diez billetes de cincuenta libras. Ofrecí un vaso de vino al señor Brown; pero ni siquiera quiso esperar que destapasen la botella y me dejó, excusando su brusea parli da en una cita de negocios a la que no podia faltar. La partida del señor Brown fué tan precipitada que inadvertidamente tomó mi sombrero y me dejó el suyo.

Yo puse la mano sobre el brazo del joven.

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

—Perdonad, ¿decís...?—le preguntó.

—Digo, que el señor Brown tomó mi sombrero y me dejó el suyo.

—Continuad—le dije.

El señor Webster continuó:

—Como debéis pensar, caballero, este extraño é inesperado acontecimiento me dió una alegría inexplicable, y, en el transporte de mi gozo, concluí por encontrarlo muy sencillo y muy natural. Esas quinientas libras prestadas por un desconocido, que no estaba bien cierto de que yo fuese Edmundo Webster, en vez de hacerme sospechar un lazo, no me sorprendieron y atribuí esta fortuna a la certeza de un reembolso que ofrecía la situación de mi padre. Dirigíme corriendo a casa del señor Carlos Curtius, con intención de participarle mi felicidad. No estaba y le esperé en su gabinete particular hasta la hora fijada para su vuelta. Es probable, como ha declarado el dependiente, que estuviese conmovido y agitado, y es verdad también que, después de una larga espera, salí de la casa sin haber sido visto de nadie. Corrí en seguida a Hampstead, residencia del señor Bramston, y vi a la señorita Ellen. Como todos mis preparativos hacia tiempo que esta ban hechos, quedé pronto decidida nuestra fuga para el día siguiente al rayar el alba; debíamos dirigirnos primeramente a Escocia, y de allí pasar a Francia. Tradúzcame en seguida a Regent's Park, y comi con mis hermanas, confiádoles a las dos la próxima ejecución del plan formado hacia tanto tiempo; sólo que no les hablé de dinero. Por la noche un coche me condujo a HayMarket, adónde fui con inten-

ción de alquilar una silla de posta y cuatro caballos, y pagar algunas deudas contraídas en el vecindario. El administrador de las mensajerías no me conocía personalmente, y en consecuencia, fué preciso pagar enseguida la carrera de los caballos hasta San Albans. Para efectuar el pago, presenté un billete de Banco de cincuenta libras al administrador. Ese hombre no pareció sorprenderse del alto valor del billete, pero me suplicó que escribiese encima mi nombre y la dirección de mi casa. Con el absurdo temor de ser perseguido por mi padre, en vez de mi nombre y de las señas de mi casa escribí el de Carlos Hart Great Wimpole street. El hombre tomó el billete y salió de la casa. Larga fué su ausencia; empezaba ya a impacientarme vivamente, cuando, con gran sorpresa, y sobre todo con gran terror, le vi aparecer acompañado de un oficial de policía. «Sois vos, caballero, quien ha dado el billete de Banco al administrador de correos?» me preguntó el oficial. «Sin dudas», respondí sonrojándome sin saber por qué. «Entonces tened la bondad de seguirme. Este billete y otros nueve del mismo valor, han sido designados ayer en los periódicos como robados en el despacho de un comerciante, cuya casa está situada en Mark Lane.» Cuando el oficial me enseñó la reclamación, inserta en el Globo, por poco quedé sin sentido. Esta reclamación, firmada por el señor Hutton, prometía una crecida recompensa al que prendiese al culpable. El dinero había sido robado en la misma caja. «Esle asunto quedará tal vez explicado en provecho vuestro», señor Hart, me dijo el oficial, conmovido por

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

mi cruel emoción, y, si queréis, os acompañaré hasta vuestra residencia, en Great Wimpole street.» En justicia, tenía pues, que declarar que el nombre de Hart no me pertenecía y que la dirección que había dado era falsa. Se me arrestó inmediatamente y fui conducido a las oficinas de la policía. Allí se me registró, encontrándose en mi bolsillo, los nueve billetes reclamados. Mi culpabilidad, pues, no fué puesta en duda por nadie, y lo que más contribuyó a vencer a todo el mundo, es que yo persistía con una tenacidad desesperada en no decir mi verdadero nombre. Pero el dependiente del señor Hutton, que me vió al día siguiente en las oficinas de la policía, estableció de una manera irrecusable mi identidad. Ya conocéis el resultado de esta declaración. Cuando el señor Hutton supo que yo era el ladrón, no quiso de ninguna manera tomar cartas en el asunto. Después de varios interrogatorios fué puesto en libertad, y el magistrado aprovechó esta ocasión para decir que no había visto jamás ejemplo tan patente para probar la necesidad de un acusador de oficio en Inglaterra. No se dió crédito a ninguna de mis palabras y el señor Curtis, llamado en testimonio, declaró que jamás había visto al señor Brown, y que nunca se había ocupado en negociar empréstitos. Estigmatizado, deshonrado, expulsado de las filas de los hombres honrados, entré en casa de mi padre, que encontré enfermo de pesar, y casi a las puertas de la muerte. La casa de Ellen me fué para siempre cerrada por el capitán Bramston, y el casamiento de mi hermana mayor, que estaba a pun-

to de enlazarse a un hombre a quien amaba, fué roto por los padres del novio, sumido éste en la desesperación.

—He aquí un asunto bien triste, señor Edmundo—dije al joven cuando hubo cesado de hablar—; pero, decídmelo señor Hutton tuvo conocimiento de que tratábais de pedir un préstamo al señor Curtis?

—No podría afirmarlo, pero es probable que le hubiese hablado de ello.

—¡Pues bien, señor Webster, tengo confianza en vuestra veracidad, pero es importante que hable a vuestro señor padre antes de ocuparme en este asunto!

—Le colmaréis de alegría con vuestra visita, caballero, pues mi padre desea veros y os espera.

Yo me incliné.

—¡Perfectamente!— respondí—. A las tres de la tarde estaré en Regent's Park; anunciadme a vuestros criados con el nombre de Thompson.

Las hermanas de Edmundo me esperaban; la mayor me introdujo al lado del enfermo, y hacia pocos minutos que estaba en su aposento cuando vinieron a anunciar al señor Webster que el señor Hutton pedía ser introducido.

—¡Recíbidle!— dije al señor Webster—. Quiero oír sin ser visto, la conversación que vais a tener con él.

—Consiento en ello, señor Waters; pero, ¿en donde os ocultareis?

—En este gabinete obscuro, cuya puerta quedará entreabierta.

Algunos minutos después de mi desaparición, entró el señor Hutton en el aposento.

Sentóse cerca de la cama, y des-

puedes de algunos cumplidos de fin gido pesar, le vi por fin dirigirse a su objeto.

—He venido señor Webster para decirte que no puedo sostener por mas tiempo ese estado de incertidumbre; es preciso que me devolvais los pagarés que os hice por el dinero que me prestasteis, y que esa cuenta quede saldada.

—Cerca de doce mil libras esterlinas, señor Hutton—dijo el enfermo.

—Si, lo sé, y a fin de desquitarme de esa deuda me obligué a poner al corriente del comercio a vuestro hijo. ¡Pues bien, juguemos al descubierto y acabemos de una vez! O consentís en rasgar esos pagarés o hago perseguir al ladrón, y cierta mente que el ladrón cualquiera que sea, será condenado a la deportación.

El anciano permaneció impassible.

—Os lo he dicho ya y lo repito aún—replicó—; no gastaré un peni que para comprar vuestra clemencia. Por otra parte ¿de que me serviría? La acusación quedaria suspen sa sobre la cabeza de mi hijo, y quedaríamos enteramente deshonrados a los ojos del mundo, como lo estamos ya.

—Destruid los pagarés, caballero, y mañana, hoy mismo, si lo exigis iré a casa del magistrado con una carta escrita por mi hijo, y en la cual me revelará que él tomó los billetes y los envió al señor Brovvs para el pago de una letra de cambio que hizo sin mi conocimiento.

Yo escuchaba con ansiedad por saber lo que iba a contestar el señor Webster.

Hubo un silencio bastante largo, antes que esta audaz proposición

fuese contestada por una sola palabra.

Luego oí la voz lenta y grave del anciano que decia:

—Mi hijo es inocente, estoy perfectamente convencido de ello.

—¡Inocente!—exclamó el señor Hutton. Luego, acentuando cada palabra—: ¡Y yo os digo que es culpable!

No—prosiguió el enfermo—; pero si lo parece a los ojos del mundo, será como si realmente lo fuese. La proposición que me habeis hecho ¿es formal señor Hutton?

—No puede serlo más señor Webster.

—Pues bien, entonces es preciso que me deis tiempo par, reflexio, r.

—Reflexionar, os doy ocho días; pero os aseguro bajo mi palabra, que si pasado este término no aceptais, envío a vuestro hijo a Botany Bay.

Después de estas insolentes palabras, el señor Hutton se marchó.

Yo dejé que la puerta se cerrase tras él para salir de mi escondrijo.

—¿Y bien? —me preguntó el señor Webster.

—¿Y bien! Este asunto me parece ahora clarísimo.—le dije— y espero desbaratar los proyectos del miserable que acaba de dejarnos.

—Quisiera hablar al señor Ed mundo señorita dije a la hija del señor Webster, que acababa de entrar en el aposento.

—Seguidme caballero.— me contestó la joven—; voy a conducir os a casa de mi hermano.

Saludé al señor Webster y pasé al comedor, en donde se hallaba Ed mundo.

—¿Y bien? — me preguntó a su vez.

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

—Todo va bien; solamente dadme el sombrero que Brown dejó en el café en cambio del vuestro.

Aunque asombrado por lo que le pedía, el joven subió a su cuarto y bajó inmediatamente con el sombrero.

—¿Cuál es el nombre del fabricante que hay en vuestro sombrero señor Edmundo?

—Levis, de Bond street—me respondió; hace diez años que compro mis sombreros en su casa.

—¡Muy bien! Describidme ahora la figura del señor Brown.

—Con mucho gusto. Es un hombre de cuarenta y cinco años, algo grueso con cabellos de un rubio muy subido, la nariz saliente, el semblante pálido y picado de viruelas.

—No habléis a nadie de nuestras pesquisas, señor Edmundo; pero decid a vuestro padre que, sin atreverme a responder del éxito voy a hacer todo lo humanamente posible para probar vuestra inocencia.

El sombrero que el señor Brown había por descuido cambiado con el del señor Edmundo Webster, y que éste me dió como acabo de decir, me proporcionó en el primer examen un descubrimiento importante; el nombre impreso en la copa era el de Perkins, Guildfort, Surrex.

Partí en seguida para esta ciudad, con la esperanza de encontrar en sus escarpadas calles un caballero grueso, cabellos de rubio subido, nariz saliente y cara picada de viruelas. Desde la mañana hasta la noche me paseé por las calles de Guildfort, inspeccionando a todos los hombres que encontraba y em-

pleando las horas de la velada en registrar las tabernas de la ciudad.

Mi perseverancia quedó al fin recompensada, pues encontré un individuo a quien correspondían perfectamente las señas que me había dado Edmundo Webster. Por lo demás, llevaba un sombrero que se parecía a los sombreros aristocráticos que se compran en Bond street.

Entré en una taberna; yo le seguí, y allí tuve ocasión de examinarle.

El señor Brown era de rostro feo, pero de aspecto honrado; parecía inquieto, distraído y pesadoso. Al levantarme para salir de la taberna, tomé como inadvertidamente a su sombrero, que estaba colgado encima del mío, y tuve la satisfecha, durante cerca de medio minuto, de leer en él, el nombre de Levis.

Mi hombre parecía concurrente asiduo a la taberna, pues el mozo del establecimiento le había saludado con el nombre de Skinner. Eché una mirada en torno mío, atendiendo que este nombre no me era desconocido y efectivamente, en uno de los anuncios fijados en la sala leí estas palabras:

Terrenos en venta.

Dirigirse al señor Skinner.

Yo salí de la sala sin haber llamado la atención del habitante de Guildfort.

Al día siguiente pasé a casa del señor Skinner, que vivía a media milla de la ciudad; le compré los terrenos, los visité con él y por fin nos dirigimos a la taberna para terminar allí el asunto apurando una botella.

El señor Skinner me dijo, en

La novela completa se vende en es ta Administraci6n a 1.50 ejemplar.

conversaci6n que habia estado en Londres, hacia poco tiempo, para hacer una visita a su cuñado, el señor Hulton.

Esta noticia, que él creia indifere nte para mí, era de las más im portantes, como se comprenderá.

—¿Queréis saber, señor Skinner, si poseo bastante dinero para pa gar los terrenos que os he compra do esta mañana? ¡Pues bien, sí, ya que, tal como me veis, soy un prestamista!

—No es oficio que ofrezca siem pre garantías—dijo el señor Skin ner, meneando la cabeza.

—¡Bah! Cuando no se presta si no sobre seguro...

Y recalqué la palabra seguro.

—Bueno... bueno... bueno...— replicó Skinner— ya comprendo, desistais solamente sobre alhajas.

—Efectivamente, eso forma parte de mi comercio; además, descuent o también las firmas de los hijos de familia, y de los mozos alegres que no retroceden delante de un interés muy crecido.

—Comprendo; haceis negocios de banca.

—Precisamente. ¡Vamos, bebed y pasadme la botella!

Después de vaciar vaso sobre va so, me dijo el señor Skinner:

—Si descontais pagarés ¿el pla to del pago y la importancia de la suma deben seros indiferentes,

—Si en verdad, con tal que la firma del pagaré sea solvente.

—¿Y dais dinero contante?

—Menos el interés, que tengo la costumbre de cobrarme adelantado.

—¡Buena costumbre! Pues bien, yo tengo un pagaré firmado por Edmundo Webster, de Londres; ecc

pagare es de quinientas libras y quisiera descontarle.

—¿El firmante es el señor Web ster, antiguo negociante en trigos?

—Es su hijo; en el día vive en Regent, s street, y si conocéis al padre y al hijo, debéis saber que el pagaré es tan seguro como un buen billete de Inglaterra.

—Conozco la persona de quien me habláis. Pero ¿por qué razón vuestro cuñado Hulton, que está en relaciones con los Webster, no os hace el favor de descontar ese pa garé?

Yo me eché a reír.

—¿Por qué os reís?—me pregun to Skinner.

—Me río de vuestra historia, que me parece algo extraña; pero la historia me importa poco; con tal que la firma sea buena, os daré el dinero.

—¡Pues bien, aquí teneis el pa garé!—dijo Skinner abriendo una cartera—, descontadle, y por el descuento perderé gustoso cincuen ta libras.

Tomé precipitadamente el precio so papel, y después de convencer me de que era el pagaré de Edmun do Webster, con gran sorpresa de mi hombre, me lo metí en el bolsi llo y me levanté.

Tuve la caridad de no dejarle nor mucho tiempo en la incertidum bre.

—Señor Skinner o señor Brown, como queráis, tengo el honor de poner en vuestro conocimiento que soy oficial de policia y que sois mi prisionero.

—¡Policia! ¡Prisionero! ¿Qué me reís decir, caballero?— exclamó Brown con aire asustado.

—¡Oh, Dios mío! Nada más senet

La novela completa se vende en esta Administración a £.50 ejemplar.

lo; vais a comprenderlo ahora mismo. Vuestro cuñado el señor Hutton, os ha comisionado para descontar el pagaré que está en mi poder; vos lo habeis hecho cambiando vuestro nombre por el de Brown agente del señor Curtis. Y el infame objeto de esta transacción era acusar a Webster de haber robado los billetes que vos mismo le disteis en la taberna de Bay Tree.

Azorado, temblando como si hubiese tenido calentura, Skinner protestó con vehemencia que no habia tenido ninguna mala intención contra Edmundo Webster; que, al contrario, él habia creído que el señor Hutton se valia de este medio oculto para prestar un servicio al hijo de su antiguo asociado.

Yo creí de esta denegación cuanto me plugo creer.

A la mañana siguiente, el procurador del señor Webster padre, pasó a casa del señor Hutton intimándole a que pagase al instante los pagarés que él mismo habia hecho a su antiguo asociado y que habian vencido. Como habia previsto, esta reclamación puso furioso al señor Hutton, y dos horas después de esta demanda, arrestado Edmundo Webster por segunda vez, era conducido a las oficinas de Marlborough street, en donde su padre, el capitán Bramston y otros amigos le esperaban con impaciencia.

Esta vez el señor Hutton no vaciló en presentarse como acusador, y declaró que los billetes de Banco habian sido robados en su despacho.

—¿Y juráis—dijo el abogado de Edmundo Webster— que no disteis los billetes con vuestras propias manos al señor Brown, rogán-

dole que los llevase de parte del señor Curtis, al hijo de vuestro antiguo asociado.

Hutton miró fijamente el rostro de su interlocutor y no pudo contestar enseguida.

Pero al cabo de un instante:

—Yo no he dado esos billetes a Brown— respondió con voz débil y casi temblando.

—Permitidme que refresque vuestra memoria—insistió el abogado— ¿No dijisteis al señor Brown, o mejor al señor Skinner, vuestro hermano político...

Al oír el nombre de Skinner, un grito involuntario se escapó de los trémulos labios del señor Hutton, cuyo semblante se volvió pálido hasta la lividez.

Luego, sin esperar que se le dirigiera otra pregunta, lanzóse hacia la puerta, seguido de la silba de todo el auditorio.

Skinner fué introducido, hizo una confesión franca y sincera y se le declaró absuelto.

Respecto a Edmundo Webster, se le puso inmediatamente en libertad entre las calurosas felicitaciones de los magistrados y las ruidosas aclamaciones de sus amigos.

Se tenia intención de perseguir al señor Hutton, como perjuro; pero el desventurado negociante prefirió presentarse ante un tribunal mas elevado que el de Old Bailey, pues al dia siguiente se le encontró ahorcado en su propio cuarto.

La señorita Ellen Bramston vino a ser la señora Webster, y poco tiempo después, la simpática hermana del joven, se casó con el que amaba.

LA CAZA

El superintendente de policía me hizo llamar una mañana a su gabinete para confiarme la difícil comisión de perseguir y descubrir a un ladrón tan diestro, que nadie creía que se pudiese dar con él. Es «industrial», joven todavía, hasta muy joven, pues que apenas cuenta veinticinco años, estaba enlazado por matrimonio a una de las más respetables familias de Londres.

Un nuevo delito acababa de poner en movimiento a la policía; ese joven, por un abuso de confianza, se había apoderado de una cantidad considerable de dinero, que pertenecía al dueño de la casa en donde estaba empleado.

Llamábase Jorge Masters.

Más primeras investigaciones me hicieron descubrir que Jorge Masters estaba unido a una cuadrilla de caballeros de industria de primer orden, y que esperaba, con el fruto de este robo, refugiarse en América.

Hice perseguir a Jorge tan activamente como me fué posible. A pesar de sus mañas, y, sin embargo de las falsas indicaciones dadas con mucha destreza por sus cómplices, que tenían interés en favorecer su evasión, logré seguirle hasta Plymouth, en donde, con disgusto, le perdí de vista, aunque supiese positivamente que estaba en la ciudad.

Pero ¿en donde estaba oculto? Eso es lo que no pude descubrir.

Yo no conocía personalmente a Jorge Masters; pero me habían dado sus señas de una manera tan

precisa, que en la vanidosa confianza que en mí mismo tenía, estaba completamente cierto de reconocerle enseguida si llegaba a tener la dicha de encontrarle.

Los que me acompañaron a Plymouth me informaron de que Jorge tenía la intención de dejar no solamente la Inglaterra, sino de embarcarse en un buque que salía para Nueva York.

Este buque estaba anclado en la rada y debía hacerse a la vela cuando soplaste viento favorable.

No puse ningún impedimento en el embarque de los pasajeros, dejando que unos hombres que habían de atravesar el Atlántico se embarcasen como les pareciese. Yo me prometía prender a mi hombre a bordo del mismo buque, cuando es tuvo cierto de que todos los pasajeros habían dejado tierra, me metí en un bote acompañado de dos oficiales, pertenecientes a la policía de Plymouth.

Sin contar los dos oficiales, el bote estaba tripulado por cuatro hombres, dos remeros, el timonero, y el patrón, buen viejo de unos cincuenta años, que estaba de pie en la proa.

Mandé que nos dirigiesen hacia el «Columbia»; este era el nombre del buque en donde esperaba encontrar al ladrón.

En el momento que daba esta orden soplabá el viento con tanta violencia del sudeste, que el patrón de la barca me hizo observar que necesitaba un hombre más al menos, no para llevarme el buque sino para volvernos a tierra, atendido a que a la vuelta tendríamos que luchar con el viento y la fuerza de la corriente a la vez. El hombre que me

encargaba que tomásemos los remos debía ocupar el puesto de un remero cuando se cansase alguno. No tuve inconveniente en que se aumentase la tripulación y con mi asentimiento, el patrón hizo señal a uno de los marineros vagabundos, como los hay siempre en los puertos de mar, esperando quien los alquila, por el día, por el mes, o por todo el año.

El joven se acercó y cambió algunas palabras con el patrón, palabras que tenan por objeto debatir la indemnización que se le daría por su trabajo, saltó a la barca, y tomó el timón de manos del que lo tenía, de suerte que no fué él sino uno de los marineros embarcados primero, el que tuvo que descansar a sus compañeros. Apenas nos hubimos puesto en marcha cuando el mar como si hubiese querido dar razón al patrón de la barca, nos envió una ola tan recia contra la proa del bote, que patrón, remero, ayudante y timonero se metieron sus gorras hasta los ojos para protegerlos contra la chapuma.

En menos de diez minutos alcanzamos el buque. Aunque bastante contrariado por nuestra visita el capitán no atreviéndose a negar un favor que podía trocarse en una orden, nos recibió a bordo, haciendo poner en fila a los pasajeros y luego a la tripulación, desde el oficial hasta el último grumete; pero, con gran sorpresa mía no estaba entre ellos Jorge Masters. Registré todo el buque desde el puente hasta la sentina y después de una pesquisa minuciosa tuve que reconocer que el capitán era a quien deseaba vivamente en castigar no había todavía honrado

con su amable visita al capitán de la «Columbia».

Bajé la escalera de bastante mal humor, volví a tomar mi puesto en el bote, mandé dirigir el rumbo hacia tierra, y mientras luchábamos contra la corriente, el buque que lo tenía propicio, desplegó sus velas, levó el ancla y se lanzó rápidamente fuera de la rada.

Al verle que se alejaba detuve a los remeros, como si todavía me quedase alguna duda, y hasta que el buque hubo doblado el promontorio no dejé a los marineros en libertad de continuar su camino.

—Mas valiera que no nos hubiésemos detenido—dijo regañando el patrón—; el viento y la corriente están tan contra nosotros, y tendremos que trabajar mucho para llegar a tierra.

—¡Y bien!—dije—. ¿No fué esto previsto y no tomamos brazos de repuesto?

En este momento noté que no había mas que cuatro hombres en la barca y que el timonero no era el mismo.

—¡Hola, exclamé—. ¿Que ha sido de nuestro querido marinero, el que estaba en el timón?

En vez de contestarme, el viejo marinero se volvió y dirigiéndose al timonero le dijo:

—Suavemente, Billy, suavemente; apoyad la barra a estribor, a fin de que la proa tome mejor la dirección del viento.

Mi repentina é inesperada pregunta había hecho estremecer de miedo al viejo marino; pero su rostro bronceado por el viento del mar y por el humo del tabaco, permaneció impassible. Entonces, levántase

dome y acercándome a él, repeti mi pregunta con tono perentorio.

Antes de contestarme, el veterano del mar, lanzó con admirable serenidad un salvazo negrozco por encima de la orla del bote; luego, con un tono imposible de describir y en el cual había una mezcla de imprudencia, candidex, finura y burla, me respondió:

—¡Aquel caballero y bien! Aquel era un pasajero para el país de los yankees.

—¡Como! ¡Para el país de los yankees!

—¡Dios mío sí! Y cuando le he preguntado a donde iba, me ha contestado que a Nueva York, para curarse de una afección al pecho.

Yo palidecí de cólera.

Los oficiales de Plymouth quedaron estupefactos; el atrevimiento de Jorge Masters le pareció increíble.

¡He! ¡He!—decía con voz ronca y tono zumbón el viejo marino—. Convenid en que es ese caballero el que buscáis... ¡y bien! No es tan torpe como parece. ¡He! ¡he!—y prorumpió en una segunda carcajada—. Pero ¿no le habeis visto, pues, encaramarse por las cañenas del buque, en el momento en que volvíais a la barca? Parece que al muchacho le gustaba más quedarse con nosotros mientras registrabais el buque, y pasó luego a él, en el momento en que os volvíais con nosotros.

Y coronó la explicación con una tercera carcajada, tan insolente como las dos primeras.

A pesar de mi furor, tuve bastante imperio sobre sí mismo para no contestar a las burlas del viejo marinero.

—Bogad vivamente—dijo uno de los oficiales de Plymouth—y vamos tierra. Un cañonazo puede detener aún el buque.

—Es verdad—dijo el impasible marinero—, es verdad; pero para eso es necesario que tengais la facilidad de llegar hasta el almirante, y yo creo que no llegaremos al muelle antes que haya cerrado la noche. Entonces el buque estará ya en alta mar probablemente.

La respuesta del tunante y la lentitud de nuestro regreso a Plymouth, no me dejaron duda alguna sobre la complicidad del marino y del fugitivo que acababa de escapar a mi persecución. Convencido de que ni órdenes ni ruegos decidirían a nuestro hombre a remar con más viveza, fingi renunciar dar caza al fugitivo y encerré mi cólera en un estóico silencio.

Quando tocamos al muelle, habíamos perdido ya toda esperanza de detener al buque por medio de un cañonazo; el «Columbias» llevaba una hora de delantera, y a menos de accidente o de avería, era imposible que no se encontrase a diez o doce millas en el mar.

Uno de nuestros hombres de policía, que, en su calidad de habitante en un puerto de mar, tenía algunas nociones del tiempo, creyó notar que se formaba una tempestad en el cielo y acercándose a mí me dijo:

—No me extrañaría que el trastorno que se prepara en el mar se tuviese antes de la noche la carrera del buque y le obligase a entrar de nuevo en el puerto.

—Es posible—le dije—; pero para mayor seguridad preguntad a aquel marinero que mira el mar

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

¡Oh aire tan filosófico; evidentemente posee un perfecto conocimiento de sus caprichos.

El oficial acercóse al marinero y tocándole el hombro:

—Camarada— le preguntó —; ¿creéis que el tiempo que se prepara obligue al buque de los emigrados a refugiarse en alguno de los puertos que hay a lo largo de la costa?

El interpelado sacó una larga pipa de sus labios y miró al que le dirigía esta pregunta con un aire tan burlón, que esta expresión de fisonomía, poco lisonjera para aquel que la había motivado, excitó una risa general entre los hombres del puerto.

Luego, sin contestar directamente al oficial:

—¡Hola, Tom Davis!— exclamó el joven marinero, dirigiéndose a un anciano marino que estaba a algunos pasos de nosotros.— Venid a ver un caballero que desea conocer el nombre y la situación del puerto que está a la altura de Land's End. Este caballero presume que el buque que acaba de hacerse a la vela, empujado por un viento noroeste se detendrá esta noche en algún puerto de la costa. ¿Conoceis alguno, Tom Davis, cuya situación esté mas allá de Plymouth? Si sois más instruido que yo y conoceis uno, os ruego que deis la dirección a ese excelente caballero.

La risa de los espectadores irritó de tal modo al oficial que su indignación se manifestó por un gesto amenazador.

—Dejad que esas buenas gentes se diviertan con vuestra ignorancia en Geografía— dijo riendo—

y seguidme; nosotros tenemos cosas de mas importancia que hacer que disputar de topografía con marineros.

Nos alejamos, y al pasar por junto a Tom Davis, que acababa de ser interpelado por su joven compañero, dijo sonriendo al oficial que tanto se habia enojado:

—Jem es un necio, caballero, un verdadero bobo; no conoce absolutamente las señales del tiempo. Creed en la experiencia del viejo Tom Davis; dentro de dos horas tendremos viento sudeste y un famoso viento; ¡vaya! Entences, si el «Columbia» no está en esta mar y no es probable que esté, lo vereis volver aqui para doblar el cabo mas de prisa de lo que se ha marchado.

—¿Creéis realmente—dije yo al viejo marinero— que la tempestad haga volver el «Columbia» a Plymouth?

—Lo creo; pero sin embargo, la cosa es menos cierta que el fin del mundo—contestó filosóficamente.

—Y decidme, buen hombre— insistí yo—, si el buque entra en el puerto, ¿a que hora de la noche podemos esperar su regreso?

—A fe mía, caballero, pedis demasiado—repliqué el anciano marino—; yo no soy una marsopla para deciros a punto fijo a que hora estallará la tempestad; pero lo que puedo aseguraros, es, que dentro de dos horas si os hallais todavía en el sitio que ocupais ahora, el viento os arrancará uno tras otro todos los botones que llevais en vuestra levita. Respecto al «Columbia» lo mejor que puede suceder

es volver tranquilamente al punto de donde ha salido.

La predicción del anciano marino, por mas burlesca que pareciera al principio, me fué confirmada por otras personas competentes y sin perder momento, tomé medidas rigurosas a fin de impedir el desembarque de Jorge Masters, en el caso de que, en efecto, viese el «Columbia» obligado a volver al puerto en busca de un abrigo.

Perfectamente resuelto nuestro plan de conducta, despedí a los dos oficiales y me trasladé solo a la fonda, en donde habia bajado la víspera.

Al entrar en la calle en donde estaba situada la fonda, tropecé casualmente con dos personas que hacian un camino opuesto al mio. Su presencia en Plymouth me causó mas que una viva sorpresa, un violento pesar. Estas dos personas pertenecian a la familia de Jorge Masters; yo habia visto ya a una de ellas, era su mujer y creo haber dicho al principio de esta narración que pertenecia a una de las principales familias de la Cité. Sin duda habia venido a Plymouth con el objeto de proteger la fuga de su esposo; pero, a primera vista al menos, la realización de su proyecto no le daba mucha alegría. Pues su semblante estaba pálido... sus ojos enrojecidos por el llanto.

La señora Masters tenia una fisonomía angelical, y en sus horas de tranquilidad su figura debia ser extraordinariamente hermosa; tenia una semejanza maravillosa con la encantadora creación de la mujer en el cuadro de la «Cuestión importante». Hee esta observación al

gunos años mas tarde, cuando apareció la obra maestra de Frank Siodne; el semblante, interrogador y lleno de ansiedad, lacerado y pálido de la mujer del prisionero, me recordó enteramente el de la señora Masters.

El hombre que acompañaba a la joven era un anciano de aspecto grave, cuyos cabellos blancos y andar rigido imponian un profundo sentimiento de respeto.

La joven se sonrojó al verme pues me conocia tanto como yo a ella, haciendo luego un movimiento para soltar el brazo del anciano y adelantarse hacia mí.

Aunque sumamente contrariado por ese encuentro iba a presentar me el deseo manifestado por el movimiento de la joven, cuando una palabra dicha a su oído, y en voz baja, por su compañero, la hizo cambiar de proposito, de modo que después de dirigirme la joven un simple saludo, prosiguieron los dos su camino.

Desde las nueve de la mañana no habia probado yo bocado; así es que entré en la fonda para comer o mejor dicho para cenar. Pero luego de concluida la vena me volví al puerto, en donde me convencí de la exactitud de las previsiones del anciano marino.

El viento soplabá con fuerza del sud oeste, y era facil adivinar, por la agitación del mar, que no tardaría en estallar una terrible tempestad. Relampagos siniestros que se sucedian unos a otros sin interrupción, iluminaban el horizonte con rayas rojizas. A cada instante la obscuridad era más densa y el mar se presentaba agitado.

—Vamos a tener una noche bien

La novela completa se vende en esta Administración, a 1.50 ejemplar.

triste, caballero—me dijo un oficial del puerto—, y creo que el Columbia volverá a entrar con la marea.

—¿A qué hora esperais su vuelta camarada?—le pregunté.

—A juzgar por el camino que ha bia andado mientras estuve de guardia allá abajo, me parece que empleará tres horas en reaparecer, y no creo que toque la rada antes de las nueve o las diez de la noche: eso en el caso de que le capitán no sea testarudo en querer sostener una lucha contra los elementos, pues sucede a veces que el comandante de un buque prefiere correr las eventualidades de un naufragio, a sufrir el fastidio de desandar camino.

El tiempo estaba tan frío e incómodo que no me sentí con valor para esperar el regreso del buque, que, según toda probabilidad, no debía tener efecto hasta dos horas más tarde. Después de dar las gracias al guarda nocturno, emprendí, pues, la vuelta a la fonda del Jorge Real; pero antes de entrar en ella pasé por el café, en donde esperaban mis ordenes los dos oficiales de policía, para participarles lo que habia sabido.

Entonces convinimos entre todos en que, desde las ocho a las diez, yo vigilaria, la vuelta del «Columbia», y que si el buque se hacia esperar me relevarian ellos, uno después de otro, en el muelle.

Este arreglo fué concertado sin misterio, de modo que las personas que estaban cerca de nosotros pudieron oírlo con todos sus detalles. Esta imprudencia me trajo desgracia.

El fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea de la sala

del Jorge Real; y su dulce y benéfico calor me produjo un bienestar, que a pesar mio sucumbí a la tentación de una hora de sueño. No me habia acostado la noche anterior, y el silbido del viento me habia ensordecido de tal modo y cansado tanto los ojos, que el entorpecimiento de mis miembros nada tenía de extraño. Acostumbrado hasta mucho tiempo a despertarme en el momento fijado por mi voluntad, dormí sin temor, después de mirar en el reloj, cuanto tiempo podia consagrar al descanso.

Olvidaba decir que habia colocado el reloj encima de la mesa, en la cual me apoyaba y que eran apenas las seis y media.

Desperté pronto con la idea confusa de, que, no solamente habia dormido demasiado sino que, durante mi sueño, habia entrado alguien en el aposento. Sin embargo a no dia vi, en la sala de conversacion, y mi reloj, que consulté en seguida con los ojos, no señalaba más que las siete y veinte minutos.

Dejé mi sillón y abrí la ventana para ver que tiempo habia. El temporal era horrible. Parecía completamente inútil exponerme al frío y a la lluvia antes de la hora indicada para la vuelta del «Columbia». En consecuencia, no queriendo entorpecerme otra vez a un sueño que podia ser más largo que el primero, cogí un diario y me puse a leer.

El interés de la lectura no me habia hecho olvidar los objetos que me rodeaban. De repente abrióse la puerta de la sala de conversacion y vi entrar a la señora Masters y a su protector.

La joven saludó sonrojándose, y el anciano tomó asiento a su lado.

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

en el rincón de la chimenea; los dos se excusaron cortésmente de la incomodidad que en mi soledad me ocasionaba su inesperada visita.

Devolví cortesía por cortesía al venerable caballero, y volví a sentar me en mi silla, esperando con una curiosidad llena de tristeza que uno u otro de los importunos, así se designaban ellos mismos, quisiera explicarme la causa de la importunidad.

Los hinchados ojos de la señora Masters estaban inclinados al suelo y toda su persona revelaba un profundo abatimiento.

Yo compadecía con todo mi corazón la suerte fatal de aquella encantadora criatura, y deploraba interiormente no poder hacer nada por una persona tan digna de interés.

Por su parte, el anciano parecía anonadado de tristeza. Sus trémulas manos se agitaban débilmente y sus ojos contemplaban las alegres llamas del hogar con aire casi extrañado.

Iba yo a salir a fin de evitar la penosa conversación que me presagiaba la actitud del anciano, cuando, al movimiento que hice para levantarme alzó hacia mi sus ojos y mirándome con aire grave me dijo:

—Esta guerra de los elementos señor Waters ese salvaje tumulto de la Naturaleza física no es más que una imagen, una debilísimas imágenes de las convulsiones, de las luchas y de los combates que trastornan continuamente al mundo moral.

Asombradísimo por las palabras filosóficas que acababa de oír, hice una señal de dudoso asentimiento, y esperé la continuación de este singular discurso.

Después de un silencio de algunos segundos, mi interlocutor continuó:

—Ya no hay que dudar señor Waters de que el «Columbia» se verá obligado a volver a Plymouth, y en consecuencia el marido de esa desventurada joven caerá en manos de la ley.

Yo le interrumpí con ademán compasivo.

—Hubiera debido participares—prosiguió—, que me llamo Thomson.

A esto contesté con un saludo. —Estad seguro señor Waters—continué—que cuando este desdichado asunto se haya puesto en claro, na die deplorará más dolorosamente que vos la fatalidad, que, de concierto con los elementos, habrá arrojado a la costa la presa que, en mi ternura de padre había creído salvar para siempre.

—En efecto, caballero—contesté—, vuestro nombre me da a conocer que sois el padre de esa joven.

—Sí, caballero, sí—me respondió vivamente—, y al mismo tiempo el suegro del inocente a quien perseguía con una actividad y un celo infatigables. Ahora he conocido que no puede escaparse pero no os vitupero, caballero, pues no hacéis más que lo que creéis vuestro deber. Continúa; las miras de la Providencia son en verdad, impenetrables.

La joven lanzó un grito de dolor, seguido de convulsivos sollozos. Para ella era evidente que su marido no era culpable, y su instinto le decía que merecía todo su amor y toda su estimación.

—Caballero, me veo en la precisión de terminar esta penosa con-

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

— conversación—dije al anciano—; me es sumamente cruel entrar delante de esta señora en discusión sobre la inocencia o la culpabilidad del señor Jorge Masters. La ley le ha juzgado culpable y yo solo debo ver por los ojos de la ley. Si Jorge se dice inocente, os engaña, señora, y vuestra insistencia en continuar esta conversación podría hacerme suponer que queréis abusar de mi credulidad.

—Lejos de mi semejante intención, señor Waters, y creo que el venerable nombre de Thompson, que tengo el honor de llevar, debe ponerme al abrigo de toda desconfianza injusta y deshonrosa.

—Conozco perfectamente vuestra intachable reputación y la de vuestro señor padre— y al pronunciar estas palabras me incliné ante el anciano—. Pero ambos podéis estar involuntariamente en un error creyendo, vos, señora, en la inocencia de vuestro esposo y vos, caballero, en la de vuestro yerno. Aunque las pruebas de su crimen sean tan incontestables como atemoradoras.

—¡Es inocente, caballero— exclamó la joven—, es inocente! Es el mejor de los esposos y el más desgraciado de los hombres.

—Es inútil prolongar esta triste discusión—dije cogiendo mi sombrero—; si Jorge Masters es inocente, estad cierta, señora, que será rehabilitado. Los errores de la justicia no son tan frecuentes como se dice; pero, entre tanto, mi deber es entregarle a esa justicia; y como acaban de dar las ocho, me veo precisado a terminar esta conversación. Os ruego que me di-

simuleis, recibiendo la seguridad de mi aprecio.

La joven me interrumpió arrojándose delante de mí.

—Un instante más, señor Waters—me dijo con voz suplicante.

—Un solo instante—exclamó el señor Thompson—, hablaré con franqueza, caballero—, he venido a pedir os un consejo. ¿Habéis oído hablar del padre de ese joven, de Joel Masters?

—Ciertamente— contesté—. Era un jugador, un hombre de muy mala reputación.

—Habéis pintado perfectamente al indigno padre del pobre Jorge ¿Conocéis la letra de ese perdido?

—Tengo motivos para conocerla, pues acabo de recibir una carta que me ha dirigido con la intención de hacerme perder la pista de su hijo.

—¡Pues bien, señor Waters— exclamó el señor Thompson—. Pues que conocéis la letra de Joel, hacedme el obsequio de leer esta carta, fechada en Liverpool, en donde estaba ayer, con intención de embarcarse para América.

Y después de estas palabras, el anciano me presentó una carta, en cuyos caracteres me fué, efectivamente, imposible de reconocer la letra de Joel Masters.

Empecé a leer; pero a la segunda línea me detuve para mirar al señor Thompson.

—Continuad, caballero, continuad dijo.

En efecto, aquella carta me causaba una extraña sorpresa. Era una confesión entera dirigida por Joel a su hijo, en la que se acusa a él del crimen cuya culpabilidad había caído sobre él, autorizándole

a declarar su culpa, si no lo
a salir de Inglaterra.

—Esta carta—dijo después de
verla leído—es importantísima,
caballero; pero quisiera ver el so-
bre en que iba encerrada.

—¿El sobre?—murmuró el anciano

—Sí, pues debe llevar el sello de
repost y la fecha del día en que
se echada al correo.

El señor Thompson miró su carta
registró todos sus bolsillos, pero
doble operación se verificó sin
resultado alguno; el sobre no estaba
en su cartera ni en sus bolsi-

—Indudablemente—dijo con aire
triste—se me habrá caído en
el cuarto de la fonda donde me he
alojado. Corro a buscarle: ¿queréis
ver la bondad de esperar mi
carta? Deseo vivamente convencer
de la inocencia de éste desventurado
de Jorge. Haced este último favor
a mi hija; mi ausencia no dura
más que algunos segundos.

Después de estas palabras el señor
Thompson se lanzó fuera del
cuarto. Yo hice un movimiento
para detenerle, pero ya había des-
aparecido.

Volviéndome entonces hacia la señora
Masters, que continuaba descon-
certada:

—Señora le dije—, no tengo
tiempo que perder. Aconsejad a
vuestro señor padre que entregue
esta carta de Joel al abogado que se
ocupa de la defensa de Jorge,
quien podrá hacerla eficaz.

—¡Oh! Caballero, caballero.—dijo
volviendo la joven, levantando ha-
cia sus ojos llenos de lágrimas.
—¿Dais fe a mis palabras! ¿Cuan-
do os acordéis?

—Perdonadme señora—contesté,
—pero así como no tengo derecho
para dudar de vuestras palabras,
tampoco tengo poder para infringir
las órdenes que he recibido.

—Decidme francamente, señor Wa-
ters— exclamó la joven—decidme
si la esperanza dada por esa carta,
¿puede ser en realidad una salva-
guardia para mi marido?

Encontrabame muy embarazado
para contestar y la señora Masters
dió una fatal significación á mi si-
lencio. Este silencio según ella con-
denaba a Jorge por lo cual, lanzan-
do algunos gritos convulsivos ataca-
da de un espasmo doloroso, cayó
sin sentido.

Ciertamente hubiera debido ha-
berme dado cuenta para cuidarla e irme a
donde me llamaba mi deber, es
decir, a la rada. Di una mirada mi
reloj y vi que no eran más que las
ocho y media; por consiguiente no
había perdido el tiempo. Me dejó
enternecer y lleno de compasión le
procuré todos los auxilios que re-
quería su estado acabando por vol-
verla a la vida.

Pero cuando hubo recobrado sus
sentidos le dije a mi mirando mis
sentidos le dije a más vez irritado
por la impaciencia:

—Son las nueve menos cuarto,
señora y a pesar de la compasión
que me inspira vuestro estado es
preciso que os deje.

—Idos, pues— respondió la joven
levantándose de repente—, pero yo
os seguiré.

Poco me importaba que la señora
Masters me siguiese, con tal que yo
llegase a tiempo.

Dirigime a la costa y a pesar de
la obscuridad vi perfectamente un
buque que se parecía al «Columbia»

La novela completa se vende en esta Administración a 1.50 ejemplar.

Tenia las velas plegadas y parecía que se habían tomado todas las medidas para que pasase la noche anclado en el puerto.

—¿Que buque es aquel?— pregunté a un marinero.

—Es el «Columbia» caballero— me contestó.

—¿Como el «Columbia»? ¿Y cuando ha llegado?

—Cuando el reloj daba las nueve y media han bajado a tierra el capitán y los pasajeros.

—¿Como las nueve y media!— exclamé.—Si no son aún las nueve.

—¡Oh!—dijo el marinero.—Si no son las nueve en vuestro reloj, caballero, estará atrasado, pues en la ciudad van a dar las diez.

Efectivamente, como si el reloj no hubiese esperado más que las palabras del marinero, dejó oír las diez.

A esta vibración de la campana se mezcló una carcajada femenina, tan alegre, tan burlesca y tan sarcástica que me volví colérico para ver de donde salía.

Entonces distinguí a la señora Masters a la simpática criatura de los ojos de paloma, que había dejado anonadada de pesar en la fonda del Jorge Real; la joven estaba a dos pasos de mí, riendo con todas sus fuerzas y mirándome con un aire de imprudencia insultante.

—Tal vez, señor Waters— me dijo continuando su risa burlesca.—tal vez vuestro reloj señala la hora de Londres; pero sucede algunas veces sobre todo en Plymouth que los relojes duermen una hora como sus propietarios. Adios, señor Waters, ¿entendeis? Adios, y no hasta la vista, pues espero tener la satisfacción de no volveros a ver jamás.

A estas palabras la joven desahució en la obscuridad, sin que siquiera tuviese la idea de echar en cara su hipocresía.

—¿Sois el señor Waters?— me preguntó un oficial de la aduana que andaba por el muelle.

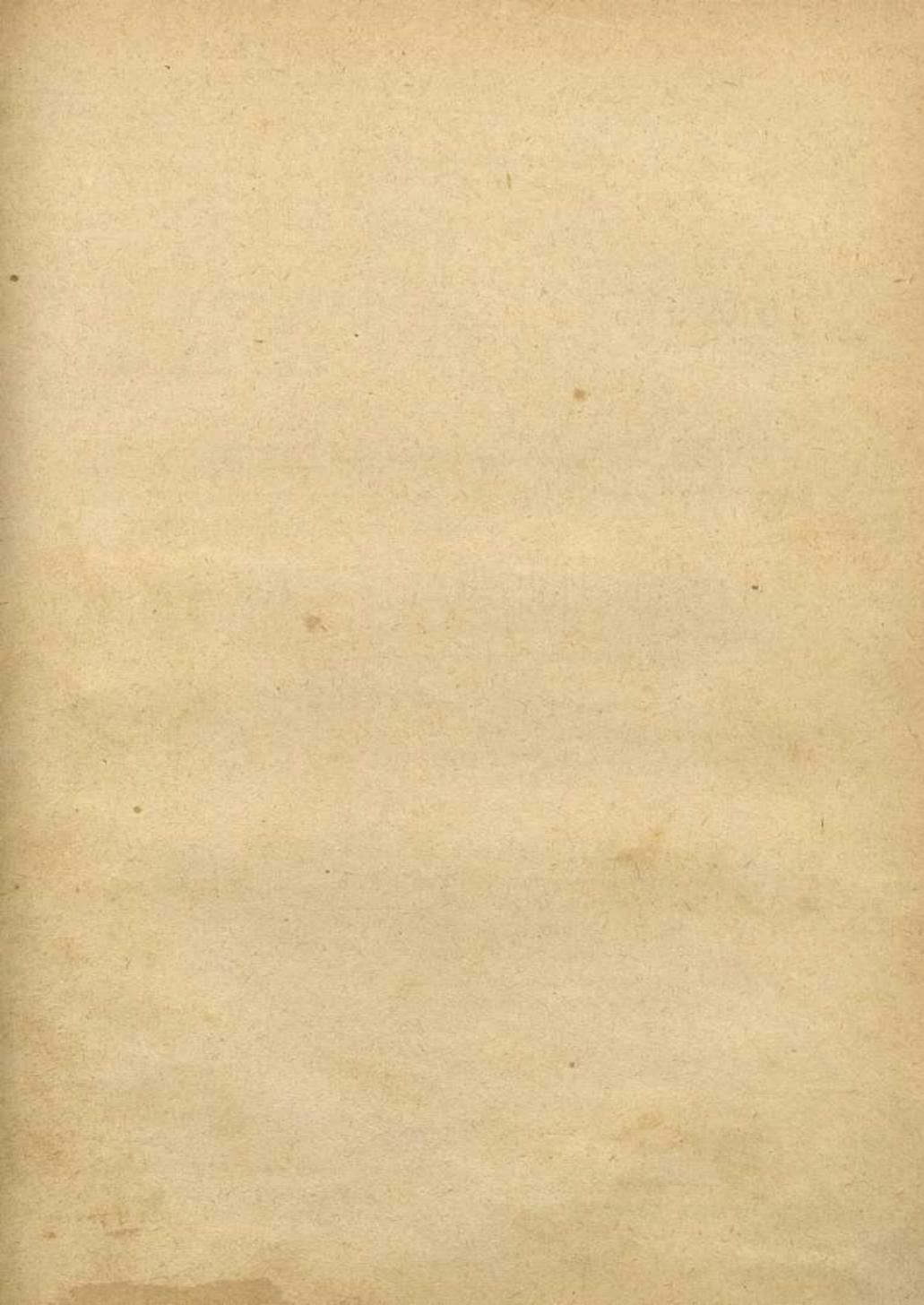
—Si—contesté con un tono de paciencia que no procuré disminuir—¿que me queréis?

—Poca cosa caballero, decir simplemente que Joel Masters que ha pasado con vos el principio de la velada en la fonda del Jorge Real me encarga deciros que siente infinitamente no poderos consagrar las últimas horas de esta noche, por la llegada de su hijo a Plymouth. Ha precisado abandonar la ciudad en seguida; ha añadido que no necesitareis otra explicación, y que comprendereis perfectamente su proceder.

Hubiera dado cien libras estas horas por el placer de arrojar al oficial de la aduana por encima del muelle; pero dominé esta tentación y entré en la fonda del Jorge Real con la rabia en el fondo del corazón.

Joel Masters y su hijo lograron llegar a América y algunos años después supe que el viejo picaro había la recompensa de sus méritos en el establecimiento penitenciario de Sing Sing.

La dulce influencia de la señora Masters, que había atravesado el Océano con su marido, decidió a Jorge a cambiar de conducta. Gracias a su juventud a su inteligencia y a su actividad, empujado por un camino mejor y dirigido a un mejor fin hizo fortuna y llegó a uno de los principales habitantes de Cincinnati. FIN.



05x10 = 050 -
 5 -
 25 -
 5 -
 10 -

 295 -

20.12
 15.12

 4.24
 50.00

 64.24

150 | 4
 37.50
 30
 52.00
 05

 12.50

112.50
 28.12
 84.38
 15.12

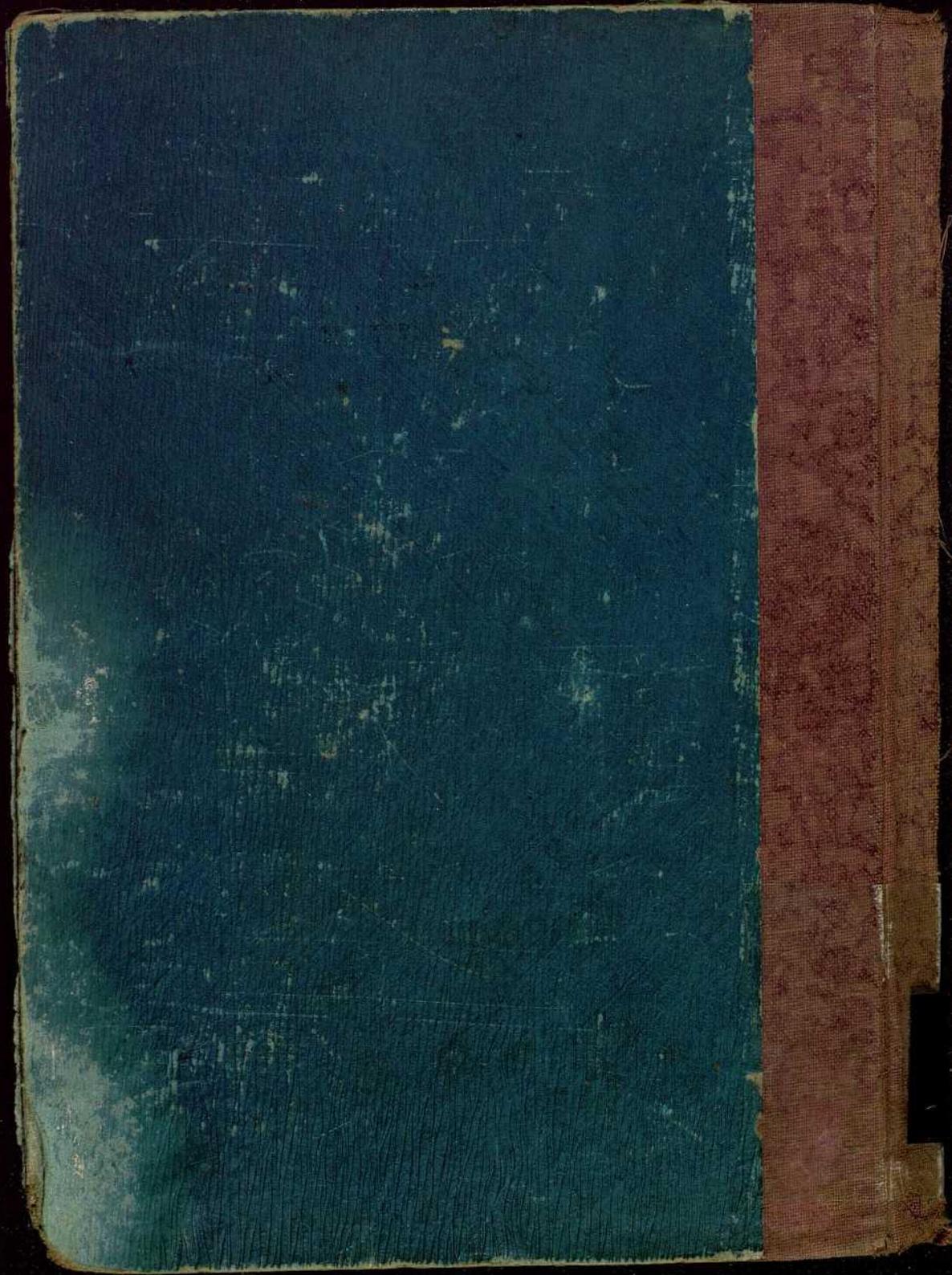
 69.26
 37.50

 106.76

150 -
 37.50

 112.50
 32.50

 80.00



SJ

FAN
XX
1628